

# SEXUALIDAD EN HOMBRES Y MUJERES

DIVERSIDAD DE MIRADAS

FLACSO - Biblioteca

M. CRISTINA BENAVENTE R.  
CLAUDIA VERGARA P.



FLACSO  
CHILE

BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: 28) Nov /2006
Código: _____
Int. No: _____
Aut. No: _____
Ex. No: _____
Ex. No: FLACSO -chile

REG. 18305
CUT. _____
BIBLIOTECA - FLACSO

## SEXUALIDAD EN HOMBRES Y MUJERES. DIVERSIDAD DE MIRADAS

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

612.6 Benavente R., M. Cristina; Vergara P., Claudia.  
B456 Sexualidad en hombres y mujeres. Diversi-  
dad de miradas. Santiago, Chile: FLACSO, 2006.  
131 p. Serie Libros FLACSO-Chile.  
ISBN: 956-205-206-0

SEXUALIDAD ; HOMBRES; MUJERES; CHILE

Inscripción N°150.830, Prohibida su reproducción.

© 2006, Benavente R., M. Cristina; Vergara P., Claudia, FLACSO-Chile

Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.

Teléfonos: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0263

Casilla Electrónica: [flacso@flacso.cl](mailto:flacso@flacso.cl)

FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile.

Diseño de portada y Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile.

Impresión: LOM Ediciones.

# ÍNDICE

Agradecimientos .....	5
Presentación .....	7
Introducción .....	9
I. CONSTRUYENDO LA SEXUALIDAD .....	25
Socialización de género en sexualidad .....	32
La construcción de la sexualidad .....	36
Sexualidad y el cuerpo para sí del hombre .....	40
El cuerpo para otro de las mujeres .....	43
La virginidad .....	45
Discursos socializadores y el cuerpo .....	46
II. LA VIDA SEXUAL .....	51
La Primera relación sexual .....	53
El otro en la PRS: un hombre concreto y La Mujer .....	54
El Deseo, el Placer y el Temor .....	58
Poder y PRS .....	61
Significados asociados a la primera relación sexual .....	67
Género y Poder en la vida sexual actual .....	69
El placer .....	70
Frecuencia .....	84
Iniciativa .....	88
Decisiones Reproductivas .....	94
Decisiones reproductivas en la primera relación sexual .....	94
Decisiones reproductivas prematrimoniales .....	95
Significados asociados a las decisiones reproductivas .....	97
Conocimiento y relación con los métodos anticonceptivos .....	98
Relaciones de poder y decisiones reproductivas .....	103
III. UN LARGO CAMINO POR ANDAR .....	107
IV. BIBLIOGRAFÍA .....	113
Anexo 1. Antecedentes metodológicos .....	115
Anexo 2. Cuadros de antecedentes de los/as entrevistados/as .....	119

# AGRADECIMIENTOS

Este estudio, que permitió profundizar en un material aún no completamente explorado, producto de investigaciones realizadas en el Área de Estudios de Género de FLACSO desde hace varios años, fue posible gracias al apoyo de la Fundación Ford.

Volver a las entrevistas, releer con nuevos ojos historias conocidas no fue sencillo. El apoyo y sobre todo los comentarios y las acertadas críticas de nuestros compañeros y compañeras del Área de Estudios de Género, fue una contribución muy importante en este proceso.

Las sugerencias entregadas por Claudia Dides, quien hizo una detallada lectura del texto original, fueron un impulso fundamental para llegar a esta versión final.

Agradecemos, por sobre todo, la porfiada insistencia de Teresa Valdés, que nunca perdió la esperanza, a pesar del tiempo transcurrido, de que nuestras reflexiones, conversaciones y dudas tendrían un resultado concreto en este libro.

Gracias también a Mirta Monroy, secretaria del Área de Estudios de Género, cuya capacidad, sentido del humor y buena disposición a solucionar problemas de última hora han sido siempre claves en todo lo realizado por el Área.

Finalmente, debemos decir que siempre estaremos en deuda con los hombres y mujeres que tuvieron la generosidad de permitirnos entrar en su intimidad y accedieron a que el material de entrevista, con datos de su vida, fuera utilizado con fines académicos.

# PRESENTACIÓN

Con gran satisfacción presentamos este libro *“La sexualidad en hombres y mujeres. Comparando miradas”* que corresponde a los resultados de un esfuerzo comparativo en torno a lo que varones y mujeres, de diferentes generaciones y sectores sociales, relatan sobre su sexualidad en diversas investigaciones realizadas en el Área de Estudios de Género de FLACSO en los últimos años.

En efecto, a lo largo de varios años se llevaron adelante investigaciones sobre la construcción de identidades en hombres y mujeres y las relaciones de poder en la pareja y la sexualidad, utilizando una misma metodología y pauta de entrevista. Se constituyó así un corpus de relatos de vida y entrevistas en profundidad de gran riqueza que abordaba una amplia gama de temáticas. Se conformó con ellos una base de datos secundaria constituida por 93 relatos y entrevistas de mujeres y hombres de la ciudad de Santiago, de sectores socioeconómicos medio alto y bajo, con hijos y con pareja estable o separación reciente. Sus edades varían, en el caso de las mujeres, entre los 22 y los 56 años, y entre los 25 y los 69 años en el caso de los hombres.

En esta oportunidad, se dio una segunda mirada a este material, cuya riqueza es imposible agotar en un solo estudio. Los relatos fueron analizados enfocando en las vivencias de la sexualidad, y el lugar que el cuerpo, el deseo y el placer ocupan en ellas.

Esta publicación constituye un aporte relevante a los estudios de género dado que son poco frecuentes los estudios que confrontan de modo riguroso las miradas femeninas y masculinas y que se preguntan respecto de las diferencias de unas y otras. Esta nueva mirada puede dar origen, entonces, a nuevas reflexiones e investigaciones.

Tanto las investigaciones que sirvieron de base, el estudio comparativo y la publicación que presentamos han sido posibles gracias al apoyo de la Fundación Ford, a instancias de Bonnie Shepard, una visionaria para el avance de los estudios sobre identidades de género, sexualidad y salud reproductiva.

Con esta publicación culmina un ciclo de investigación y análisis muy fructífero, que dio origen a numerosos libros, tanto sobre mujeres como sobre varones, y que sentó las bases para nuevas líneas investigativas desarrolladas por esta Área académica, entre las que destacan los estudios sobre identidades de género de adolescentes.

*Teresa Valdés*  
Coordinadora  
Área de Estudios de Género  
FLACSO-Chile

# INTRODUCCIÓN

## LA EXPERIENCIA DE LA SEXUALIDAD

Hace cincuenta años, los hombres y mujeres disponían de modelos claros, no solamente de identidad de género, sino también de maneras de construir pareja y de expectativas de realización personal. Así, mientras los hombres sabían que debían ser buenos proveedores de su familia, las mujeres esperaban emparejarse, tener hijos, criarlos y depender de un hombre.

Esta estructura tradicional se ha visto remecida por diversos cambios en la sociedad chilena. Uno de ellos es la incorporación masiva de la mujer al trabajo, que junto a la mayor escolaridad de la población femenina y la creciente participación de las mujeres en la esfera pública se han reflejado en la manera en que las mujeres se construyen como sujetos y consecuentemente en las formas en que se dan las relaciones al interior de la vida familiar.

En la esfera privada, los cambios asociados a las tasas de la fecundidad, las que han sido reducidas en Chile aproximadamente a la mitad de las cifras que presentaban en 1950, expresan un reordenamiento sustantivo de las prácticas reproductivas y de los modelos culturales de familia imperantes en la sociedad.

De este modo, hoy nos encontramos en un mundo que ofrece distintos modelos culturales de identidad femenina, y distintos modelos culturales para construir la pareja y la familia; desde aquellos modelos más tradicionales y jerárquicos, basados en la división sexual del trabajo, hasta los más igualitarios, que conciben a mujeres y hombres como sujetos con iguales derechos. Esto, si bien afecta principalmente a las mujeres, en el sentido que modifica su estar en el mundo, obliga a los hombres a un replanteamiento de sus roles y a un cuestionamiento de una identidad de género hasta entonces monolítica.

En Chile esta diversidad de modelos culturales se ve mediatizada por el factor de clase. En una sociedad fuertemente segmentada como la chilena, la

manera de incorporar los cambios culturales no es la misma en las distintas clases sociales, ya sea por posibilidades reales, por permeabilidad al cambio, u otras causas. La pertenencia a una misma clase social implica compartir una realidad económica y los más relevantes aspectos de la vida.

Por otra parte, las transformaciones vinculadas a los ámbitos privados de las personas –y a la diversidad de modelos de identidad, de conformación de pareja, sexualidad, prácticas reproductivas– han impactado a las personas en distintos momentos de sus ciclos de vida, lo que incide también en las maneras en que estos son incorporados por ellas, si lo son, y en la profundidad del cambio.

Considerando lo expuesto, este libro pretende dar a conocer los aprendizajes de la sexualidad, los significados de esta y su lugar en la vida de las personas entrevistadas. Nos centramos en la experiencia de la sexualidad, como un dispositivo de construcción identitaria y subjetiva. Queremos saber cuáles son los nudos de diferenciación de experiencias que son las mismas. Qué sucede cuando se habla de lo que se piensa del placer, del deseo, del goce. Cómo lo significan y expresan personas con pertenencias de clases distintas, de diferente sexo y edades ¿hay cambio intergeneracional? ¿hay diferencias de clase? ¿Qué sucede con temas como el amor romántico, el lugar de la mujer y del hombre en la sexualidad? ¿cuál es la relación del placer con el poder?

A la luz de estas interrogantes se analizaron las casi cien historias de hombres y mujeres.

Estas historias, recopiladas a lo largo de tres investigaciones –una con mujeres y dos con hombres<sup>1</sup>– hablan de hombres y mujeres de diferentes edades y pertenencias de clase.

Todos residen en Santiago y tienen hijos. Las mujeres conviven con su pareja, mientras que no todos los hombres estaban emparejados al momento de la entrevista.

	MUJERES			HOMBRES		
	Popular	Medio alto	Total	Popular	Medio Alto	Total
Joven	8	11	19	5	5	10
Intermedia	8	18	26	5	5	10
Mayor	8	8	16	6	6	12
<b>TOTAL</b>	<b>24</b>	<b>37</b>	<b>61</b>	<b>16</b>	<b>16</b>	<b>32</b>

<sup>1</sup> Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la Deriva? Poder, Trabajo y Sexo*, Serie Libros FLACSO. Olavarría, José (2001) *Y todos querían ser (buenos) padres: varones de Santiago de Chile en conflicto*, Serie Libros FLACSO. Valdés, Teresa; Benavente, M. Cristina; Gysling, Jacqueline (1999) *El Poder en la Pareja, la Sexualidad y la Reproducción*, Serie Libros FLACSO.



Los tres tramos de edad elegidos corresponden a distintos momentos del ciclo de vida. Por esta razón, las edades de hombres y mujeres no coinciden, considerando que las mujeres inician antes su vida de pareja y reproductiva. Así, entre las mujeres el primer tramo de edad es entre 22 y 30 años, que corresponde a mujeres jóvenes, que en el caso de las mujeres de nivel socioeconómico bajo tienen hijos pequeños, y en el caso de las mujeres de nivel socioeconómico medio alto están, en general, comenzando su vida reproductiva. Un segundo tramo entre 31 a 40 años, de mujeres que se encuentran en una etapa intermedia, con hijos en edad escolar y finalizando su vida reproductiva. Un tercer tramo de mujeres mayores de 41 años, con su vida reproductiva terminada.

En el caso de los hombres, el primer tramo es entre 25 y 34 años, el segundo tramo entre los 35 y los 45, y el tramo mayor corresponde a hombres mayores de 45 años.

El objetivo tras los criterios de corte definidos es explorar las similitudes y diferencias en las experiencias de la pareja y la sexualidad en los y las entrevistados/as. Es en base a estos cortes que analizaremos y compararemos los relatos.

Las diferencias o similitudes entre los grupos de mujeres y de hombres, y entre grupos de distinto nivel socioeconómico y edad está presente en todo el análisis, por lo cual es útil tener las celdillas en mente al leer.

A medida que se avanza en el texto estas variables irán adquiriendo vida y significado en los relatos. En los puntos que siguen se abordan las variables nivel socioeconómico, y vida reproductiva (hijos y pareja) desde los relatos de los hombres y las mujeres.

## **Nivel socioeconómico**

Las diferencias en las vidas de los y las entrevistadas relacionadas con su nivel socioeconómico son sustantivas. No se trata de mayores o menores ingresos, ni de contextos vitales distintos; se trata de mundos radicalmente diferentes en términos de los modos de vida, las expectativas y las oportunidades y herramientas sociales a las cuales se tiene acceso.

Así, por ejemplo, en relación con la educación, la totalidad de las mujeres de nivel socioeconómico medio alto terminó sus estudios secundarios, y la mayoría de ellas continuó estudios superiores. De las mujeres de nivel socioeconómico bajo, solo seis terminaron su enseñanza secundaria; las restantes desertaron en distintas etapas de su educación básica o media, o sencillamente no tuvieron educación formal.

Los hombres de estrato medio alto continuaron todos estudios superiores, la mayoría en carreras tradicionales, mientras que entre los hombres de nivel socioeconómico bajo, ninguno tenía estudios superiores (técnicos o profesionales) terminados.

La deserción escolar de los hombres de estrato popular es una tendencia lógica, por sobre la permanencia en el sistema, debido a la urgencia por comenzar a generar ingresos presionados por las necesidades familiares. Contar con recursos propios, en el contexto de su afirmación identitaria, tiene más peso que terminar la educación secundaria, aunque esto les pese posteriormente en la vida.

Para los y las entrevistados/as de nivel socioeconómico alto, los estudios superiores son una parte fundamental del proyecto, un mínimo que se da por sentado, que se entiende ocurre antes de formar pareja y en el cual los padres y la familia de origen juegan un rol central.

En el caso de los entrevistados de nivel socioeconómico bajo, los proyectos de vida aparecen mucho más desperfilados, tanto desde su propia perspectiva, como desde lo que recuerdan era la opinión de sus padres al respecto. Por lo general, no hay planes desde la familia, lo que es más marcado entre las mujeres.

Estudiar, trabajar, formar pareja son opciones frente a las cuales las mujeres no tienen una definición expresa de qué esperan para sí mismas. Y, al analizar las historias de vida, éstas se ven mucho más condicionadas por las circunstancias que las mujeres de nivel socioeconómico medio-alto; la necesidad opera como motivación, más que la voluntad. La fuerza de la necesidad es tal, que incluso las mujeres que tratan de “torcerle la mano al destino” se ven finalmente frustradas.

*“Sí, yo quería estudiar de hecho Medicina, tenía muy buenas notas, ese era mi ideal. Cuando di la prueba por primera vez no quedé en la universidad, quedé en la carrera pero en Temuco, y no pude viajar, porque no tenía mi papá los medios para la universidad y carrera. Entonces yo le dije, postulo el próximo año. Y ahí conocí a mi marido, y ahí los planes se fueron todos abajo... No se me ocurrió seguir estudiando; después quedé embarazada de mi primer hijo, y ya amarrada total” (Hilda, 32 años, popular).*

Entre los hombres hay algo más de insistencia, siempre desde las madres, para que ellos estudien, pero son la minoría, porque lo que prima es la

ausencia de planes en este sentido. Ellos tampoco tenían una visión de su futuro muy clara, no hacen planes, y al igual que las mujeres de este nivel socioeconómico, no deciden ni planifican los cambios que van ocurriendo en su vida.

Las diferencias educacionales y laborales son un aspecto más de las enormes diferencias que marcan las condiciones de existencia de estas personas, condiciones que inciden en todas las dimensiones de la vida.

Por ejemplo, la falta de espacios diferenciados para la pareja y los hijos al interior de la vivienda, la intromisión de terceros en la vida familiar afectando las relaciones de pareja y con los hijos está siempre presente en los relatos de las mujeres.

Los entrevistados del sector medio alto, por su parte, viven en viviendas cómodas, amplias, con espacios diferenciados para los distintos integrantes del grupo familiar. Esta vivienda que permite una calidad de vida mucho mejor, implica, no obstante, un costo de mantención importante, ya que es común que estos hogares cuenten con una red pagada de apoyo, integrada por empleadas, jardineros, aseadores y otras ayudas adicionales que realizan parte importante de las labores domésticas, y que además aseguran el cuidado de los hijos cuando las madres trabajan.

Los hombres populares, pese a vivir en las mismas condiciones que las mujeres de este estrato, no dan cuenta de esta precaria realidad cotidiana con la misma fuerza que ellas.

Los hombres de este estrato medio alto, por su parte, mencionan las condiciones de vida haciendo énfasis en el esfuerzo económico que implica sostener esta forma de vida. Muchos sienten el agobio de ser los proveedores de un estilo de vida demasiado exigente, sin embargo no lo cuestionan.

El proyecto de vida –entendido como “un modelo ideal sobre lo que el individuo espera o quiere ser y hacer, que toma forma concreta en la disposición real y sus posibilidades internas y externas de lograrlo, definiendo su relación hacia el mundo y hacia sí mismo, su razón de ser como individuo en un contexto y tipo de sociedad determinada”<sup>2</sup>– está actualmente relacionado con las condiciones concretas de vida más que con el sexo. Si entre las generaciones mayores había un proyecto compartido entre las mujeres, independientemente de la pertenencia de clase, hoy está cruzado fuertemente por la condicionante económica.

---

<sup>2</sup> D'Angelo, Ovidio (1994) Modelo integrativo de los proyectos de vida. Provida. La Habana.

## Inserción laboral

Las mujeres entrevistadas de ambos niveles socio económicos que componen la muestra se dividen en forma equivalente entre aquellas que trabajan remuneradamente y aquellas que no trabajan remuneradamente. Por cierto, la vida de ambos grupos de mujeres difiere considerablemente, de hecho unas se dedican de modo exclusivo al hogar, en tanto otras conjugan sus responsabilidades domésticas con otra actividad fuera de la casa. Además se diferencian por contar con ingresos propios y no depender económicamente del todo del marido unas, y carecer de ingresos y depender económicamente del marido otras.

A pesar de la diferencia radical que implica contar con ingresos propios y la autonomía personal que otorga el hecho de autosustentarse, el trabajo remunerado de la mujer no siempre significa alterar el rol fundamentalmente proveedor del hombre. Esto por el tipo de trabajo al que acceden las mujeres, la forma en que organizan su rutina laboral y utilizan sus ingresos. En general, las mujeres acceden a trabajos peor remunerados que los hombres y tienen carreras laborales más lentas. Para compatibilizar con las tareas domésticas acuden a trabajos de jornada parcial que les permiten articular de mejor forma ambas responsabilidades. De modo que, la mayoría las mujeres entrevistadas tienen menos ingresos que sus maridos, constituyéndose en un “apoyo” o “ayuda”, pero no en el núcleo que sustenta el hogar. Además, destinan sus ingresos a gastos menores del hogar, generalmente los del diario vivir, y a sus propios gastos personales (si les alcanza), haciendo que sus ingresos tengan menos visibilidad que los del hombre<sup>3</sup>.

Junto con esta idea de que el trabajo remunerado no siempre implica alterar el rol proveedor del hombre, hay que considerar también que las diferencias entre las mujeres con y sin trabajo remunerado no son polares, porque existe un cierto dinamismo entre la “mujer dueña de casa” y la “mujer que trabaja”. Este dinamismo se da tanto a lo largo de la vida de las mujeres, que en distintos períodos pueden pasar de una situación a otra, como entre mujeres, ya que no todas las mujeres trabajan o no trabajan por las mismas razones. Algunas trabajan por una estricta necesidad económica, pero su aspiración es dejar de trabajar porque consideran que su lugar está en el

<sup>3</sup> Gysling, Jacqueline y Benavente, M. Cristina (1996) *Trabajo, sexualidad y poder. Mujeres de Santiago*. Nueva serie FLACSO, FLACSO, Santiago. Coria, Clara (1991) *El sexo oculto del dinero: Formas de dependencia Femenina*, Paidós, Buenos Aires. Ardaillon, Danielle (1989) *O cotidiano de Mulheres profissionais: o engodo do individualismo*. Dissertação de Mestrado, Universidade de Sao Paulo, Facultad de Filosofía, Letras e Ciências Humanas, Brasil.

hogar, como madres-dueñas de casa. En tanto otras mujeres están en la casa, porque no tienen con quién dejar sus hijos pequeños, por motivos de salud, u otros, pero su aspiración es trabajar en el corto o mediano plazo.

Entonces, para entender la relación de las mujeres con el trabajo remunerado, no basta caracterizar su situación laboral actual, hay que considerar que las mujeres enfrentan el trabajo remunerado de diferentes maneras, y de modo variable de acuerdo a la etapa del ciclo de vida en que se encuentran, ya que este siempre implica una cierta tensión con la vida doméstica<sup>4</sup>. En nuestras sociedades donde la división sexual del trabajo ubica a las mujeres como responsables principales de las tareas cotidianas vinculadas a la reproducción y mantenimiento de los miembros de su familia, el trabajo remunerado siempre exige acomodos de la organización doméstica. En algunos casos estos acomodos implican mayor participación del hombre, en otros casos significa un doble trabajo para la mujer. La participación de la mujer en el mundo laboral implica además un acuerdo tácito o explícito de la pareja al respecto, ya que en nuestra cultura no es completamente obvio que la mujer trabaje remuneradamente, especialmente en la época de crianza de los hijos.

La relación de la mujer con el trabajo es dinámica a lo largo de la vida, así como lo es la manera particular en la que concilia trabajo remunerado y trabajo doméstico. La postura que cada mujer adopta y los arreglos que está dispuesta a hacer para trabajar, pasa por las maneras en que las mujeres se vinculan con el trabajo remunerado, se definen a sí mismas en relación al trabajo, fijan las prioridades para sus propias vidas a partir de esa definición, y negocian sus decisiones al respecto.

Esto está determinado por los significados asociados a su identidad de género, a su capacidad para decidir y a la realidad concreta de cada mujer (de pareja, de posibilidades laborales, de posibilidades de apoyo en la crianza de los hijos.) Las mujeres –y los hombres en relación al trabajo de la mujer– pueden identificarse con posturas que se encuentran en un continuum, donde el polo tradicional describe una mujer que se define fundamentalmente como madre-dueña de casa, donde el matrimonio y la maternidad son el lugar privilegiado de realización personal o, en otros casos, como el rol “natural” que le corresponde a la mujer en la sociedad.

Ellas piensan que su principal responsabilidad es el cuidado de sus hijos, y que nadie puede sustituirlas en esta tarea. Para ellas el trabajo remu-

---

<sup>4</sup> Jelin, Elizabeth y Feijoo, María del Carmen (1980) Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires. CEDES, vol. 3, N° 8/9, Buenos Aires.

nerado se explica por una necesidad económica, o como un pasatiempo, no se vincula con su autonomía, ni con una necesidad de autosustentarse. En el caso de trabajar remuneradamente, consideran que esta actividad no debe obstruir sus labores maternas y de mantención del hogar, e idealmente debe postergarse hasta que los hijos están en edad escolar.

Al respecto Mabel (47 años, media alta) señala:

*“Pienso que las mujeres tienen que trabajar fuera de la casa cuando realmente lo requiere la parte económica. Solamente. Y ojalá con un horario de una sola jornada de la mañana. Y en la tarde estar en su casa y hacer las cosas de su casa y entrar en el tema de la casa porque si trabaja nada más en la mañana y en la tarde se va de shopping tampoco. Tampoco. Porque los resultados con los niños son los terribles. Entonces me parece que una media jornada, de la mañana es buena”.*

Sara (44 años, popular) piensa similar:

*“Yo, de que la mujer trabaje, por ejemplo, de que ya teniendo a su marido, yo no opino bien. Yo encuentro de que cuando tengan... Por ejemplo, alcanzando al marido para mantener a la mujer y sacarla adelante, por ejemplo, de darle lo que la mujer desea de tener, yo creo que es malo de que la mujer trabaje, lo encuentro malo”.*

Las mujeres que se definen como madres dueñas de casa, están al mismo tiempo dando por sentado que el rol del hombre es fundamentalmente de proveedor y entienden que ellas deben trabajar si al marido no le alcanza, como una ayuda o apoyo. Entre las mujeres populares, algunas incluso consideran que es “peligroso” que la mujer trabaje porque el hombre “puede botarse a flojo”.

Las diferencias que se dan en este sentido son generacional; mientras las mujeres mayores coinciden en considerar el rol de madre esposa como parte de una identidad de género, las más jóvenes tienden a pensar que es parte de una opción personal, de una posibilidad entre varias disponible para las mujeres.

En el otro polo del continuo está la postura que señala al trabajo como parte de la vida de las personas, independientemente de si se es hombre o mujer. Las mujeres que están en esta postura, entienden que el trabajo remunerado es imprescindible en sus vidas, que es parte de su definición no sólo de mujer, sino de persona.

Como señala Tatiana (40 años, medio alto):

*“A mí me cuesta un poco concebir al ser humano, y aquí no me voy a referir solamente a la mujer, sin estar incorporados al mundo del trabajo, porque yo creo que la persona es esencialmente productiva. Yo creo que uno tiene una obligación con uno mismo y con la sociedad”.*

Por supuesto que la gama de opciones y arreglos entre los extremos del polo son amplias, y allí se encuentran también muchas mujeres que, si bien consideran necesario trabajar remuneradamente, sienten en distintos momentos de su vida más o menos presiones y dificultades para trabajar fuera del hogar o para dejar de hacerlo.

Un estudio realizado en FLACSO<sup>5</sup> concluye que si bien el discurso de la modernidad ha penetrado y las mujeres valoran el hecho de trabajar, la mayor parte de ellas sigue pensando que el centro de su identidad es ser madres-dueñas de casa. Un número importante ha asumido el trabajo remunerado como una esfera de sus vidas, pero lo entienden como una actividad complementaria a su maternidad. Una minoría pone al centro de su identidad el trabajo remunerado, y todas las que lo hacen –en el estrato medio alto– están trabajando. Esto no es así entre las mujeres populares; muchas que consideran central trabajar no lo hacen, y otras que ven como central el rol de madres y dueñas de casa se ven obligadas a salir de sus casa para trabajar remuneradamente.

Por cierto esto se vincula a la desigualdad de oportunidades, y a estar más expuestas a la necesidad que a su voluntad.

Al respecto, Vania ( 36 años, popular) señala:

*“A mí me gusta trabajar, pero hay una cosa. Por ejemplo aquí en la población las mujeres cuando trabajan, no trabajan por gusto, o sea se trabaja por una necesidad. No eligen tampoco en lo que quieren trabajar, ganan lo que les pagan, por lo general de empleada, ese tipo de cosa. A mí me gusta que la mujer trabaje y todo y elija en lo que quiera trabajar y que se desarrolle y surja y todo, pero el problema es que las mujeres pobladoras no lo vivimos así poh. Pa’ mí el ideal es que las*

<sup>5</sup> Se trata de la investigación realizada en 1995-1996 acerca de las relaciones entre los géneros en la sexualidad y la reproducción, cuyos resultados se exponen en el libro *El poder en la pareja la sexualidad y la reproducción* (1999).

*mujeres se eduquen, tengan su profesión, que la elijan y que se desarrollen, crezcan, pero aquí no, no se puede”.*

Las opiniones de las mujeres en torno al lugar del trabajo en la vida de la mujer son más homogéneas entre las mujeres de estrato medio alto, en el que no se ven tantas diferencias por edad; las mujeres ya no sienten que su rol esté centrado en la maternidad y el hogar, sino que se considera el trabajo como una alternativa de desarrollo personal y una opción que está incorporada en su ser mujer. Estudian para trabajar, independientemente que sus historias laborales no estén exentas de interrupciones causadas por problemas de conciliación. Entre las entrevistadas populares, hay notorias diferencias entre las mujeres mayores, que conservan una posición tradicional y las más jóvenes que tienden a tener una visión más moderna.

Para los hombres, el trabajo es un aspecto constitutivo de su identidad, se hacen hombres a través del trabajo y realizan su masculinidad cumpliendo el mandato de proveer. Los hombres no tienen opción, están obligados a trabajar independientemente de la gratificación que les aporte ese trabajo en concreto.

*“Es una carga dura, cuando no gusta, pero igual hay que hacerlo”*  
(Eugenio, 45 años, medio alto).

Este mandato de la masculinidad, si bien es común a todos los hombres, es enfrentado en la práctica de maneras diversas, determinado sobre todo por el nivel socioeconómico de los entrevistados.

Así, los hombres populares se incorporan muy pronto a la vida laboral, en trabajos que pueden realizar sin mayor adiestramiento y en general muy precarios. Así, el paso de niño a adulto sucede bien pronto no hay muchas opciones, sino básicamente necesidad. Los hombres populares mayores abandonan sus estudios antes de los 14 años, presionados por las condiciones de vida de su familia de origen, para trabajar y nunca más dejan de hacerlo, salvo en los períodos de cesantía, propios de la precariedad de los empleos que consiguen. Entre los jóvenes de este estrato, se produce un cambio respecto de los hombres mayores. Tienen una escolaridad mayor y se integran a la vida laboral más tarde, a una edad que coincide con el término de la enseñanza media (17-18 años). Los trabajos que desempeñan son o más especializados, o de lo contrario son considerados como transitorios; necesarios en la medida que les permiten la subsistencia y continuar con estudios superiores.



En el estrato medio en cambio, hay un curso de vida que se presenta con bastante claridad. La travesía hacia la adultez se prolonga, implica educarse, lo que incluye el paso por la universidad, para asegurar una formación profesional y una inserción laboral satisfactoria. De este modo, el trabajo comienza para la mayoría una vez que han terminado sus carreras universitarias, bien pasados los 20 años.

Independientemente de las circunstancias concretas en que se produce la incorporación de los hombres al trabajo, los sentimientos asociados son similares.

Posteriormente, el tipo trabajo que realizan implica, para los hombres populares habituarse a estar en un espacio de inestabilidad y precariedad; el producto del trabajo es habitualmente insuficiente para la mantención de su familia, y difícilmente pueden aspirar a conseguir algo mejor.

Los hombres de estrato medio alto tienen más frecuentemente trabajos que no solamente les permiten disponer de ingresos suficientes para vivir sino que además son un espacio de realización y crecimiento personal.

Así, mientras unos consiguen apenas subsistir, otros obtienen ganancias adicionales referidas al mandato de la masculinidad: proveer y de este modo adquirir autoridad en la familia y prestigio social<sup>6</sup>.

Desde la perspectiva antes expuesta, la incorporación de la mujer al trabajo no es un cambio que los hombres enfrenten fácilmente.

Las dificultades para subsistir con un sueldo –en el caso de los hombres populares– y las expectativas de una mejor calidad de vida –en todos los hombres– son argumentos de más peso que las demandas de autonomía y realización femenina para aceptar la idea del trabajo de sus mujeres. Solamente entre los entrevistados más jóvenes y de sectores medio altos se presenta un discurso que expresa que, más allá de lo conveniente que puede ser contar con otros ingresos en la familia, hay un espacio de gratificación también para las mujeres en lo laboral.

La incorporación de las mujeres al trabajo al poner en cuestión el rol de único proveedor del hombre, también problematiza el rol de la mujer en el hogar. En este sentido, esto se vislumbra más claramente entre las parejas jóvenes de nivel popular; cuando las mujeres trabajan se produce un reacomodo de los roles y hay una tendencia a compartir las tareas de crianza y domésticas. En el nivel medio alto, si bien el discurso es más moderno, en la práctica, la salida de las mujeres del hogar es en gran medida invisibilizada por la presencia de la empleada, por lo que no surge la necesidad de que los hombres asuman otro rol.

---

<sup>6</sup> Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexualidad*. FLACSO, Santiago.

## VIDA REPRODUCTIVA: HIJOS Y UNIONES

El discurso de la modernidad proclive al control de la fecundidad, a la reducción del número de hijos y a la postergación del primer nacimiento, se expresa de manera desigual en el conjunto de los entrevistados y entrevistadas.

Si bien observando los grupos de mujeres y hombres en su conjunto se constata que todos los grupos en algún momento han incorporado la anticoncepción para regular su fecundidad, el promedio de edad de inicio de su vida reproductiva es superior a los 20 años, y muestran una fecundidad ya reducida de 3 hijos promedio<sup>7</sup>, siendo el promedio general de 2,6 hijos, lo que es muy similar a la tasa de fecundidad nacional.

No obstante, si se mira al grupo de hombres y mujeres mayores, se observa que la penetración de este discurso fue diferente según nivel socioeconómico, teniendo menos presencia en los sectores más pobres. Las mujeres mayores de nivel socioeconómico medio alto, muestran un promedio de edad de inicio de la vida reproductiva mayor que las mujeres de nivel socioeconómico bajo (23 años versus 21), una fecundidad menor (3 hijos promedio versus 3,5), y la presencia más temprana de anticoncepción, incluso antes del primer hijo (en tres casos versus ninguno).

Los hombres de ambos grupos socioeconómicos tiene su primer hijo a un promedio de edad más alto que las mujeres de su mismo segmento. Al interior del grupo masculino, los populares comienzan a tener hijos 4 años antes que los de nivel socioeconómico medio alto (24,7 años y 28,8 años), y, en el tramo mayor, estos últimos tienen un menor número de hijos que los hombres populares.

Junto con estas diferencias de entrada, el discurso de la modernidad ha evolucionado de distinta manera en ambos niveles socioeconómicos, lo que se expresa más fuertemente en las diferencias existentes en las jóvenes. Las jóvenes de nivel socioeconómico medio alto han intensificado la idea de controlar la fecundidad y definir ellas el momento en que tienen sus hijos, incluyendo al primero. Han postergado el inicio de su vida reproductiva, comparado con las mujeres mayores (23 y 24,5 años), pero sin embargo, no han adherido a una imagen de familia más reducida, y al igual que las mujeres mayores de este grupo aspiran a tener tres o más hijos. En efecto, en la actualidad tienen un promedio de 2,5 hijos, y diez de las once jóvenes entrevistadas quieren tener más, alcanzando un número ideal de 3 o más hijos. Los entrevistados de este grupo, en cambio, adhieren a una familia más reducida. Aquellos que desean más hijos, tienen actualmente uno, siendo el número ideal dos.

<sup>7</sup> Reducida con respecto a la tasa de fecundidad nacional, antes de los inicios de los programas estatales de control de la natalidad, la cual era de 5,1 en 1955.

Esta diferencia por sexo en cuanto al número de hijos deseado, se repite entre los jóvenes populares.

Los jóvenes tienen un promedio de 1,8 hijos, es decir la mitad de los hijos que tuvieron las mayores de este grupo, y no desean tener más hijos, lo que contrasta fuertemente con las mujeres de su edad de nivel socioeconómico medio alto, y también con lo planteado con los hombres populares jóvenes, quienes sí desean un número mayor de hijos.

Es importante destacar que las mujeres de nivel socioeconómico bajo tienen sus hijos antes que las de nivel socioeconómico medio alto, a pesar que inician su actividad sexual prácticamente a la misma edad. Lo mismo sucede en el grupo de los hombres.

En el caso de las mujeres, la diferencia entre las de nivel medio alto (que tienen vida sexual durante 4,4 años antes de su primer embarazo) y las populares (que se embarazan en promedio 2 años después de iniciar su actividad sexual) radica en la anticoncepción. Si bien pocas toman medidas anticonceptivas en su primera relación sexual, un número importante de mujeres de nivel socioeconómico medio alto sí lo hace posteriormente, lo que no ocurre en el nivel socioeconómico bajo.

Las mujeres de nivel socioeconómico bajo comienzan a utilizar anticoncepción luego de nacido su primer hijo. Los jóvenes de nivel socioeconómico medio alto acceden a la anticoncepción privada, la cual puede iniciarse antes del primer embarazo y es, además, más variada, lo que se expresa en la diversidad de métodos que usan. Los jóvenes de nivel socioeconómico bajo acceden a la anticoncepción pública, la cual se inicia después del primer nacimiento y consiste fundamentalmente en dispositivos intrauterinos.

Si bien la disponibilidad y el uso de anticonceptivos explican las diferencias de edad al primer parto entre las mujeres de estrato medio alto y las populares, creemos que hay muchos otros aspectos que están en juego en estas diferencias.

A pesar de que la educación es parte del proyecto de todas, la maternidad es una alternativa que en las mujeres populares se fusiona con ese proyecto. Posiblemente entre las mujeres de nivel medio alto también, pero la urgencia es distinta. Éstas últimas tienen una amplia gama de posibilidades antes de realizar el proyecto de la maternidad; las mujeres populares casi ninguna.

El abandono escolar de las mujeres puede interpretarse desde esta óptica. Si bien todas reconocen la importancia de la educación, no son consecuentes con este reconocimiento. Y, entre las mujeres entrevistadas de nivel socioeconómico bajo, la deserción no fue consecuencia de embarazos. La se-

cuencia es el abandono del sistema escolar y luego el embarazo. La maternidad encarna el proyecto de vida de las mujeres y sobre todo un proyecto posible. Las posibilidades que pueden abrirse por medio de la educación están presentes, pero son, a la larga, solo sueños.

Si se considera el aspecto del proyecto de las mujeres, se constata que para todas la educación es un elemento central. Esto no quiere decir que todas estén dispuestas o tengan como meta seguir estudios superiores para salir al mundo laboral en mejores condiciones. Sin embargo, todas tienen claro que la educación es una condición necesaria para optar a mejores trabajos y a una mejor calidad de vida. Esto se ve especialmente cuando hablan de lo que esperan de sus hijos y de los sacrificios que están dispuestas a hacer para que ellos tengan mejores oportunidades.

Hay una tendencia a ver una relación causal entre embarazo y escolaridad. En el caso de las entrevistadas populares no hay datos que indiquen esta relación, y, como se señala antes, las mujeres abandonan sus estudios antes de embarazarse, e incluso muchas de ellas antes de iniciar la vida sexual.

Entre las mujeres de estrato medio alto, el promedio de edad al primer parto es de 25 años, lo que coincide con la edad de término de estudios superiores.

Los hombres, en tanto, se inician antes que las mujeres y tienen su primer hijo más tarde. En promedio transcurren más de nueve años entre el inicio de su actividad sexual y el primer embarazo. Por otra parte, los hombres no usan anticoncepción a la primera relación sexual, ni tampoco en el período antes de establecer uniones.

Esto indica que posiblemente no sabían que sus parejas sí usaban alguna forma de anticoncepción, y por otro lado confirma la total distancia de los hombres con el tema de la prevención de embarazos.

En relación al tema de la pareja, puede decirse que el grupo de nivel socioeconómico medio alto muestra homogéneamente un patrón de vida en pareja tradicional. En tanto, en el nivel socioeconómico bajo si bien se reproduce o se ha intentado reproducir este modelo, su realización es heterogénea, y sin la misma capacidad de cumplimiento de la regla social.

Al vincular situación conyugal y nacimiento de los hijos se refuerza en el sector medio alto la imagen de "modelo de pareja tradicional", y se ahonda la heterogeneidad en el nivel socioeconómico bajo.

En el nivel socioeconómico medio alto todos los hijos (hay un solo caso de un entrevistado que tuvo más hijos después de separado) nacen en el contexto de una relación de pareja estable. Si bien en algunos casos, el embarazo precipitó el matrimonio, lo más frecuente es que la decisión del matrimonio preceda a la del embarazo. En el nivel socioeconómico bajo se confunde el

inicio de la vida de pareja con los embarazos, ya que si bien hay parejas que se forman sin la presión de un embarazo, los hijos no se hacen esperar.

Hay además más casos de hijos nacidos fuera del matrimonio, de uniones previas o posteriores a la relación actual.

Los hombres y mujeres entrevistados, en general se casan con personas con las cuales han mantenido una relación de pololeo. En el único grupo donde esta relación de pololeo es casi inexistente es en el de nivel socioeconómico bajo mayores de 40 años. En el nivel medio alto, se pololea durante más tiempo antes de casarse, lo que sucede a una edad más tardía que en el de los de estrato popular. Demás está decir que todos se emparejan siempre con personas de su mismo estrato socioeconómico.

Al mirar el conjunto de antecedentes descritos relativos a la vida reproductiva de los hombres y mujeres entrevistadas se evidencian las diferencias por nivel socioeconómico en todos los aspectos de la vida. Hacer proyectos, estudiar, pololear, establecer relaciones de pareja estable al margen de eventuales embarazos, decidir el momento en que se tienen –o no– los hijos, es una realidad que está mucho más cerca de los y las entrevistadas de estrato medio alto y si bien se presenta como una posibilidad deseable para hombres y mujeres de estrato popular, su realización resulta muy dificultosa.

# I. CONSTRUYENDO LA SEXUALIDAD

Este trabajo, tal como los que lo antecedieron<sup>1</sup>, concibe conceptualmente la sexualidad como un constructo social, es decir, la entendemos “menos como producto de nuestra naturaleza biológica, que de sistemas sociales y culturales que dan forma no sólo a nuestra experiencia sexual, sino además a las vías por las que interpretamos y entendemos esas experiencias<sup>2</sup>”.

En esta línea, la sexualidad es un concepto comprensivo que incluye tanto la capacidad física para la excitación sexual y el placer, como los significados personales y socialmente compartidos relacionados con el comportamiento y con la formación de las identidades sexuales y de género. La sexualidad es una representación e interpretación cultural de funciones naturales ordenadas en relaciones sociales jerárquicas<sup>3</sup>.

En el ámbito sexual se puede distinguir entre sexualidad y comportamiento sexual. “El comportamiento sexual consiste en acciones que son empíricamente observables (al menos en principio): lo que la gente hace sexualmente con otros o con ellos mismos, cómo se presentan sexualmente, cómo hablan y actúan”, mientras que la sexualidad, es “un concepto más comprensivo que abarca la capacidad física para la excitación y el placer (libido) tanto como los significados personalizados y sociales ligados tanto al comportamiento sexual como a la formación de identidades sexuales y de género. Como un concepto biológico transportado por la cultura, la sexualidad se vuelve un producto social, es decir, una representación e interpretación de funciones naturales en relaciones sociales jerárquicas<sup>4</sup>”.

---

<sup>1</sup> Olavarria, José (2001) *¿Hombres a la Deriva? Poder, Trabajo y Sexo*, Serie Libros FLACSO. Olavarria, José (2001) *Y todos querían ser (buenos) padres: varones de Santiago de Chile en conflicto*, Serie Libros FLACSO. Valdés, Teresa; Benavente, M. Cristina; Gysling, Jacqueline (1999) *El Poder en la Pareja, la Sexualidad y la Reproducción*, Serie Libros FLACSO.

<sup>2</sup> Parker, R. (1994) “Sexual cultures, HIV transmission, and AIDS prevention”. En: AIDS, N° 8 (suppl 1). Brasil.

<sup>3</sup> Dixon-Mueller, R. (1993) “The sexuality connection in reproductive health”. En: Studies in Family Planning, Vol. 24, N° 5 (269-282).

<sup>4</sup> Dixon-Mueller, R.; “The sexuality connection in reproductive health”, Op. cit. (la traducción es nuestra).

La sexualidad es así una representación social compleja y se expresa en forma de discursos que denominan, marcan posiciones, generan expectativas, crean y prohíben. En síntesis, construyen y legitiman una verdad sobre uno mismo y sobre la realidad. Estos discursos operan a nivel subjetivo determinando posibilidades de interpretación y acción. Así, las representaciones sobre sexualidad orientan las prácticas y les dan sentido; sin embargo, las prácticas sexuales no son un mero reflejo de las representaciones, sino que son resultado de la interacción de sujetos en el mundo. En esta distinción seguimos a Amuchástegui, quien sostiene que los significados sexuales, como interpretaciones posibles de los deseos, sentimientos y prácticas sexuales, se construyen por la interacción de cuatro elementos: los discursos sociales, los discursos locales, el significado construido mediante el diálogo y la experiencia subjetiva del cuerpo<sup>5</sup>, siendo estos dos últimos, la cara de la experiencia –y la resistencia– en la sexualidad.

Los grandes discursos culturales sobre la sexualidad y las versiones locales de ellos, aparecen como una verdad legítima, que se impone como un poder que construye realidad y permite interpretarla. Sin embargo, tal como Foucault<sup>6</sup> señala, el poder nunca es total, siempre hay resistencia a él y son aquellas resistencias las que lo hacen visible. Las representaciones hegemónicas respecto de la sexualidad se enfrentan a lo impredecible y dinámico de la experiencia, son necesariamente un mapa y no el territorio. Por ello, la relación entre los discursos y la experiencia es un asunto dialéctico, donde ambos aspectos interactúan y se influyen y donde queda espacio para nuevas interpretaciones y sentidos. La vivencia del cuerpo, como dato subjetivo primario es uno de los puntos donde se observa con claridad este juego, se construye cuerpo desde los discursos, pero éste, como fuente permanente de tensiones, requiere de nuevos esfuerzos de sentido.

En la construcción y experiencia subjetiva de la sexualidad intervienen complejos mecanismos psíquicos, que hacen que los deseos, comportamientos y decisiones que se le relacionan se alejen bastante de lo racional/consciente. Sin embargo, excede los límites de este trabajo profundizar en los aportes que el Psicoanálisis y la Psicología pueden entregar en este tema. Por ello, no abordaremos en nuestra investigación las dimensiones inconscientes de la sexualidad. Sin embargo, es necesario expresar que la relación entre lo real del cuerpo y la cultura, que lo psicoanalítico hace uno de sus problemas

<sup>5</sup> Amuchástegui, Ana; "Virginidad e Iniciación Sexual en México: Experiencias y Significados", op cit; p.119.

<sup>6</sup> Cfr. Foucault, M. (1992) *Microfísica del Poder*, Las Ediciones de la Piqueta, Tercera Edición.

centrales, está a la base de cualquier desarrollo que aborde la sexualidad. No sólo eso, sino que la pregunta por la sexualidad lleva aparejada la pregunta por la subjetividad, siendo el psicoanálisis la teoría que ha explorado más profundamente dicho vínculo.

La relación entre sexualidad y subjetividad, que ha sido uno de los paradigmas de la modernidad, y que se ha ido legitimado como una relación autoevidente, experimentó en los últimos 30 años, una revisión desde una perspectiva histórica, que la ha resituado como una construcción y un dispositivo de poder. La definición del sujeto como alguien “sujetado” por la sexualidad, trae consecuencias relevantes, entre ellas, la centralidad de la identidad sexual y genérica como espacios de sentido individual.

Tradicionalmente se entiende por identidad el sistema unitario de representaciones de sí elaboradas a lo largo de la vida de las personas a través de las cuales se reconocen a sí mismas y son reconocidas por los demás, como individuos particulares y como miembros de categorías sociales distintivas. La identidad es el principio a través del cual el sujeto define lo que es y lo que es para otros. Así, la identidad, es esa imagen estable, a través de la cual el sujeto se autorepresenta y se instala en el mundo.

Sin embargo, esta aparente estabilidad ha sido cuestionada desde diferentes enfoques. Se sabe que en la constitución de la identidad, el lugar de los otros es central. Más que una característica inmanente, la identidad es una construcción que depende de aquellos reflejos, de las imágenes que nos llegan desde el mundo para encubrir una indeterminación y fragmentación basada en la experiencia del cuerpo (inicio de la construcción de un individuo). La identidad encubre, tranquiliza, permite establecer un terreno seguro desde donde conectarse con el mundo.

Desde esta perspectiva, uno de los efectos que nos encontramos es que eso que parecía una característica inmanente, tiene un carácter dinámico, cambia y se enriquece dependiendo de los reflejos que vayamos recibiendo, de quienes estén disponibles y qué nos digan. Por lo tanto, hay estabilidad, pero no cierre.

Lo que queremos esbozar –porque entrar en profundidad en el tema de la identidad requiere otro espacio– es que la identidad, que es una categoría de gran relevancia en los estudios sobre sexualidad, es una entidad bastante menos clara y bastante más dinámica de lo que suele plantearse. La identidad se debe intentar comprender, ya que es uno de los mecanismos que constituyen subjetividad, pero no se debe reificar.



La identidad, al estar en el terreno de la imagen, aterriza los discursos dominantes a las relaciones cercanas, al cara a cara de la vida cotidiana. Es en ese ámbito donde se reciben las confirmaciones y mandatos que nos darán esa estabilidad y continuidad personal y respecto de los otros. Es lo que nos dicen, pero, por sobre todo, lo que vemos en nuestras relaciones relevantes lo que nos entrega parámetros identificatorios. Sin embargo, la identidad logra su estabilidad a través del ejercicio y capacidad de recuperar lo que somos a través de un relato que otorga continuidad. Por ello, la clave histórica permite simbolizar nuestras diversas autoimágenes. Como sostiene Fuller “Para entender la identidad es necesario explorar las diferentes posiciones que los sujetos han ocupado a lo largo de su vida, establecer quiénes han sido los otros en esas interacciones y cuáles fueron las definiciones y normas relativas al contexto que circularon entre los actores”<sup>7</sup>.

Pero si la identidad incluye, por una parte, la idea de una construcción representacional a través de imágenes devueltas en la distintas experiencias y relaciones, por otra, la identidad se ancla y desarrolla desde la construcción del cuerpo. Es a través de esta experiencia de recuperación y significación que el aparataje identitario se irá desarrollando.

Si bien la identidad está ligada al trabajo subjetivo de construcción de continuidad histórica y de aquellas cosas propias que nos distinguen del resto, no es menos cierto que hay elementos estructurales que preparan el camino e inciden en la cristalización de sus particularidades. El sexo corporal, la clase social, el tramo etéreo, todos son posiciones sociales de mayor estabilidad a las que se asocian sentidos que constituyen referentes de identificación. Estos últimos se irían modificando de acuerdo a la experiencia y vivencias del sujeto, que a su vez son determinadas por estos sentidos. Es por ello que las hemos elegido como cortes que nos permiten comparar la información, ya que estimamos que estas categorizaciones sociales tienen un impacto en la identidad e interpretaciones que los sujetos hacen desde ella.

Una de las dimensiones clasificatorias principales de la identidad es el género. Muy temprano en el desarrollo de la identidad personal los sujetos se piensan en tanto mujeres u hombres. De hecho, antes de tomar cuenta de la diferencia sexual y de orientar su deseo hacia algún tipo de objeto, los niños/as experimentan una sensación de pertenencia a un determinado género, que los lleva a percibir el mundo y a guiar sus acciones a través de

<sup>7</sup> Fuller, Norma (1997) *Identidades Masculinas*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima. p.17.

ese tamiz. La identidad genérica suele coincidir con la asignación de género que hacen los padres y con las características de la atribución genérica propias de su entorno familiar y social inmediato.

Se puede definir identidad de género como “la elaboración simbólica que cada cultura construye a partir de la categorización de las personas en diferentes sexos. Dicha codificación implica que nuestro conocimiento sobre el sexo no corresponde exclusivamente a las características anatómicas. Más bien, género es el saber que asigna significados a las diferencias corporales<sup>8</sup>”.

Estos significados culturales llegan en una etapa crítica, la infancia temprana, a través de un tipo de relación afectiva basada en la idealización y la dependencia, que permite que se instalen como la única verdad posible, como lo natural. De esa manera, la identidad de género es uno de los aspectos de la identidad de más temprana conformación y más estables.

Fuera de esto, la identidad genérica se actúa, requiere de ser actualizada en lo cotidiano a través de acciones y sentimientos, que la hacen “real”. Lo relevante es que dichas acciones no son libremente escogidas por cada sujeto, sino que derivan de guiones culturales que definen como se debe ver, oír, sentir, mover un hombre o una mujer. Por ello, existe una definición emocional y sobre el comportamiento para cada género, que instala límites más allá de los cuales está el vértigo y el vacío. La transgresión de esos límites, pone al sujeto en la posición de lo “abyecto”, posición que requiere la sanción social y el rechazo que presiona para que se resitúe en relación a la normativa cultural. Los conceptos de actuación y repudio, que Fuller<sup>9</sup> toma de Butler, hacen referencia a estos procesos.

Por lo mismo, los cambios posibles dentro de lo que implica sentirse y actuar como hombre y como mujer implican procesos lentos y profundos.

Dentro de las categorías que permiten identidades sociales (etnia, clase, profesión, edad) el género es una de las más estables, puesto que se haya anclada fuertemente al cuerpo. Siguiendo a Fuller, su inicio e instalación corporal, lo precoz de esa instalación y la intensidad de las relaciones en las que se define, hacen del género un elemento central en nuestra autopercepción y las relaciones que entablamos.

Durante mucho tiempo, el género se relacionó con los estudios de la condición y luego de la posición de la mujer en la sociedad y la cultura a partir de los significados asociados a lo femenino. El feminismo había logrado poner en el tapete el hecho de que en las distintas culturas y sociedades, la construc-

<sup>8</sup> Fuller, Norma (1993) *Dilemas de la Femenidad. Mujeres de Clase Media en Perú*, P. Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, p.17.

<sup>9</sup> Fuller, Op cit 1997, p.19.

ción de lo femenino transformaba la diferencia sexual en desigualdad, quedando la mujer en un lugar de menores libertades, recursos y derechos.

Sin embargo, en la década de los setenta, particularmente en el mundo anglosajón, la palabra género comenzó a ser aplicada, más allá de lo descriptivo, a las características y particularidades del ser hombre. Desde distintas disciplinas e intereses había comenzado a generarse un movimiento de revisión y cuestionamiento de los aspectos constitutivos y definitorios de lo masculino. Al igual que en los estudios de género femeninos, en los estudios de masculinidad se intenta recuperar el proceso de construcción social y subjetivación de la identidad genérica masculina, entendiéndola como un proceso simbólico y no natural.

La incorporación de los estudios de masculinidad ha respondido al desafío de mirar relacionamente lo relativo al género, complementando los conocimientos que se han establecido en los estudios sobre la mujer, pero haciendo visible el lugar de lo masculino y sus malestares.

Siendo el género una construcción cultural sobre la base de la diferencia sexual anatómica, el sentimiento de pertenecer a la categoría "hombres" no es algo innato, sino que un desarrollo que se establece como un logro cultural. Los aspectos simbólicos e imaginarios del proceso están marcados por los discursos generales y locales respecto a lo masculino, que marcan al individuo en la interacción con sus relaciones primarias.

Existe una tensión presente a nivel de la identidad masculina. Por una parte, nos encontramos con un mandato, un modelo general que se ajusta localmente, pero que mantiene una base común, denominado masculinidad hegemónica. Esta representación de lo masculino define expectativas, valores y conductas esperables en un hombre, definiendo los límites de la identidad. En América Latina, distintos investigadores/as han intentado recuperar a través del discurso de los hombres, los mandatos del modelo hegemónico. Entre ellos, Fuller<sup>10</sup> que sostiene que la masculinidad estaría compuesta por dos conceptos centrales: la virilidad y la hombría.

La virilidad se asociaría al nivel "natural" de la masculinidad, lo que, para los hombres, viene dado innatamente y que constituye el núcleo de la identidad. En este nivel lo que está en juego es la potencia sexual, la capacidad penetrativa y la posibilidad de acceder a distintas mujeres, es decir, la sexualidad activa, y también la fuerza física. Por otro lado, la hombría, no sería innata, sino que un logro cultural, algo que se obtiene tras un trabajo personal. Éste se desarrollaría en dos esferas: la doméstica y la externa, siendo su valor característico el desarrollo de la responsabilidad por sí y por otros que dependen de él.

<sup>10</sup> Fuller, Norma; Op Cit; 1997; p.173-175.

La esfera doméstica es el ámbito de los afectos para los hombres y está marcado por los valores de amor, protección y responsabilidad. Si bien en ella se juega la paternidad como el lado nutricional de la masculinidad y como momento en que los hombres confirman su calidad de tales, lo doméstico es un espacio femenino, por lo que deben tener una conducta que genere el respeto de sus esposas.

En el mundo externo, propiamente masculino, es posible distinguir dos espacios: la calle y lo público. En la calle, la competencia en fuerza, inteligencia y seducción marca ordenamientos jerárquicos por los que hay que luchar: es la "selva". Lo público, es el locus del logro, siendo lo central la generación de una imagen de eficiencia y honradez.

Olavarría<sup>11</sup>, por su parte, propuso tres mandatos que marcarían el "referente de la masculinidad" a través de los discursos de hombres chilenos. Ellos serían:

1. Los hombres son sexualmente activos y heterosexuales.
2. Los hombres se deben al trabajo, deben trabajar remuneradamente.
3. Los hombres son padres y jefes de hogar.

Esto nos lleva nuevamente a ver como lo masculino requiere de pruebas que demuestren para ellos y para los otros (tanto hombres como mujeres) que se está en el lugar y de la manera en que se debe estar siendo hombre. Entre ellas, la importancia de lo sexual en términos de potencia y capacidad penetrativa marca una impronta frente a la que los hombres se posicionan con mayor o menor cercanía y tranquilidad. Para efectos de este trabajo, lo "natural" del mandato de sexualidad activa para los hombres deberá ser contrastado con las experiencias individuales y cruzado con otros elementos estructurales para explorar su expresión concreta y los ajustes internos que los varones realizan al respecto. Por otra parte, el lugar del cuerpo en la identidad masculina, que también cae en el ámbito de lo natural e instintivo, deberá ser contrastado con las vivencias socializadoras que cristalizan la percepción corporal en la adolescencia.

Esto nos lleva de vuelta a la tensión mencionada. Las condiciones estructurales y personales de cada individuo determinan que su identidad masculina se ajuste con mayor o menor cercanía al parámetro hegemónico, generándose así múltiples maneras de ser varón. No es equivalente ser hombre Mapuche y rural, que hijo de inmigrantes europeos urbano y profesional. No sólo son identidades diferentes, sino que, por la hegemonía de un modelo, una identidad se subordina a otra<sup>12</sup>. Por ello, luego de algún tiempo de trabajo en el tema, en un intento por

---

<sup>11</sup> Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la Deriva?*; FLACSO Chile, p.18.

<sup>12</sup> Cf. Kimmel (1998) "El Desarrollo (de género) del Subdesarrollo (de género)". En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (1998) *Masculinidades y quietud de Género*, FLACSO Chile.

rescatar la diversidad de experiencias y validar aquellas que se alejan del modelo dominante, la denominación de la problemática como identidad masculina en singular, ha sido reemplazada por la palabra “masculinidades”, aludiendo a dicha experiencia múltiple.

## SOCIALIZACIÓN DE GÉNERO EN SEXUALIDAD

La cultura es internalizada por los individuos mediante la socialización primaria. En este período los contenidos culturales son interiorizados como la única posibilidad existente y concebible, son naturalizados.

En este proceso de aprender a entender el mundo y ser parte de él, se hacen propias las definiciones del grupo en el que se está inmerso; no hay cuestionamiento ya que no hay distancia entre el individuo y los contenidos que internaliza: es la realidad.

Las representaciones de identidad son internalizadas muy tempranamente y conforman un patrón, que al ser visualizado como una verdad sin alternativa determina fuertemente a los individuos, obligándolos a moverse dentro de unos límites que no deben ser transgredidos sin sufrir consecuencias.

Si bien este proceso de construcción de identidad no termina en la infancia, y continúa a lo largo de la vida, las representaciones internalizadas en la niñez tienen una estabilidad y persistencia mayor, precisamente porque al momento de ser adquiridos, tenían el peso de constituir el único mundo concebible, el primer mundo del sujeto.

La constitución de una identidad de género ocurre en las fases más tempranas del proceso de construcción de la identidad, lo que significa que muy precozmente en la vida, los individuos han internalizado las características culturalmente asignadas a su sexo, ha aprendido “a ser hombre o mujer, a asumir los roles y actitudes que le son propios y a interpretarse a sí mismo según dichos parámetros<sup>13</sup>”.

La socialización de género, eje de la construcción de género de las personas, aparece como una consecuencia natural de las diferencias sexuales. Sin embargo, en tanto cultural, está determinada histórica y socialmente. Si bien la preponderancia de los contenidos tradicionales sigue vigente, se han producido transformaciones. Desde mandatos que apuntaban a definir roles, actividades y patrones muy estrictos, la socialización femenina y masculina ha ido flexibilizándose, desde sus contenidos y también desde los pa-

<sup>13</sup> Fuller, Norma (1993) *Dilemas de la femineidad. Mujeres de clase media en el Perú*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

trones con los cuales identificarse. Las relaciones entre padres e hijos, el cambio en la realidad laboral de las mujeres, la relativización, en consecuencia, del rol de único proveedor de los hombres, por nombrar solo algunos aspectos, debieran haber traído cambios en la socialización, en la construcción de género.

En este sentido, se debe considerar que, si bien es indudable que hay una penetración del discurso moderno a nivel global, éste no se expresa de manera homogénea. Como sostiene Amuchástegui, se produce, desde el nivel cultural más local, una apropiación, pero también una resistencia de esos discursos generales, resultando versiones locales de la narrativa general<sup>14</sup>.

Así, los significados transmitidos a través de la socialización si bien incluyen los contenidos más generales, deberían expresar discursos más locales, propios del grupo concreto en el que el individuo creció.

La socialización de género asegura la reproducción de los significados asociados a la diferencia sexual de las personas, y además entrega el marco a partir del cuál la existencia de esas diferencias marca una situación de opuestos complementarios. De este modo las características atribuidas a los hombres están automáticamente ausentes de la significación de lo femenino y viceversa, características que además tienen una valoración asociada en la medida que son expresión de desigualdad.

Lo femenino y lo masculino involucra naturalizar atributos humanos como propios de un sexo y no de otro. Así, la socialización de género implica un aprendizaje de presencia/ausencia de esas cualidades y de los mandatos asociados. Implica que se aprende que por ser hombre o mujer, hay posiciones sociales determinadas que ocupar, roles que cumplir, objetos sexuales preestablecidos (heterosexualidad) y consecuencias para quienes no respetan esos mandatos.

En el plano de la sexualidad, es interesante considerar lo planteado por Kathleen Gough<sup>15</sup> quien sostiene que el poder de los hombres sobre las mujeres se ha caracterizado históricamente por negarle a las mujeres su sexualidad e imponerles la sexualidad masculina. La negación de la sexualidad de las mujeres y la imposición de la sexualidad masculina, significa, entre otras consecuencias, la negación del placer femenino y “la socialización de las mujeres para que sientan que el *impulso* sexual masculino viene a ser un

<sup>14</sup> Amuchástegui, Ana (2001) *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*. Ed. Edamex y Population Council, México.

<sup>15</sup> Citada en: Rich, Adrienne (1999) “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”. En: Navarro, M. y Stimpson, C. (Compiladoras) *Sexualidad, Género y Roles Sexuales*. Fondo de Cultura Económica.

derecho<sup>16</sup>". Esto es un eje importante de los significados que se socializan en esta etapa y constituye un núcleo duro de una socialización de género tradicional en sexualidad.

Siguiendo la lógica anterior, de la dualidad presencia/ausencia, en el terreno de la sexualidad los significados socializados construyen unas identidades masculina y femenina hechas para complementarse, complementación que implica componentes "internos", psicológicos y externos, más *corporalizados*.

Así como los discursos sociales establecen una naturalización de las características de género y define culturalmente la sexualidad, también hay una significación del cuerpo que no deriva totalmente de las características anatómicas, sino que se construyen en la interacción del individuo con su cultura<sup>17</sup>. Lo que mejor define genéricamente un cuerpo es la presencia de características que en el cuerpo opuesto están ausentes y a esa presencia/ausencia se le adjudica valor. Así, el cuerpo de los hombres puede aparecer más valioso, al poseer algo que el cuerpo de las mujeres no tienen. Fuller sostiene, a partir de sus estudios de masculinidad en Perú, que las diferencias entre los cuerpos de mujeres y hombres radica en la presencia/ausencia de pene y de fuerza, constituyendo esta última el elemento diferenciador central, ya que si bien el pene tiene una jerarquía mayor, las mujeres carecen de pene pero no de órganos sexuales. Hombres y mujeres se distinguen por sus diferencias sexuales, pero esta diferencia no es suficiente para jerarquizar. La fuerza –en un sentido amplio, que abarca no solo la fuerza física o la potencia sexual sino también la intelectual y moral– es la cualidad que diferencia a hombres y mujeres, introduce jerarquías de género, marcando la desigualdad e "inclina la balanza del poder hacia los varones<sup>18</sup>".

Desde esta perspectiva, los cuerpos (fuertes) de los hombres tienen una relación de complementación con los cuerpos (débiles) de las mujeres, imponiéndose sobre ellos.

Fuller plantea además que "los cuerpos no solo son la materia prima donde se inscribe el orden social, al disciplinarlos y modificarlos, sino una de las instancias que lo fijan, expresan y reproducen<sup>19</sup>", y en este sentido, la adjudicación de ciertas cualidades morales (asociadas a la fuerza, como la

<sup>16</sup> Rich, Adrienne, op. cit. (p. 173).

<sup>17</sup> Amuchástegui, Ana (2001), p. 171.

<sup>18</sup> Fuller, Norma (2001) "Identidad masculina en el Perú urbano". En: Viveros, M, Olavarría, José y Fuller Norma, *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, CES, Universidad Nacional, Colombia.

<sup>19</sup> Fuller, Norma (2001a), p. 57.

valentía, la autoridad, la firmeza) al cuerpo masculino dan legitimidad al predominio masculino y son el sustento de la permanencia del orden de género<sup>20</sup>. Las cualidades asociadas a los cuerpo femeninos y masculinos son percibidas como naturales, dadas por lo biológico, y desde esta perspectiva, esenciales y no transformables.

La construcción social de un cuerpo sexuado, es producto de una socialización que se da en un contexto de condiciones estructurales y culturales concretas. Así, las representaciones corporales no solamente varían de cultura a cultura, sino que, en sociedades complejas, las diferencias de clase inciden en los significados, usos y consumos de los cuerpos.

Concretamente, en los discursos de la socialización, debería expresarse por un lado el cambio cultural que implican los procesos de modernización, y por otro, el impacto diferenciado que éste ha tenido entre distintos grupos de la sociedad chilena. Desde el momento en que las transformaciones de la modernidad –y, de transformaciones culturales en general– abarcan de manera no homogénea los distintos grupos de la sociedad, los discursos de la sexualidad deberían expresar esta heterogeneidad y manifestarse en diferencias generacionales, de clase y sexo en los contenidos de la socialización de género.

En lo relacionado con la sexualidad, los significados internalizados en la infancia y adolescencia son contrastados con la experiencia, modificados y reemplazados por otros, reforzando la socialización primaria, en la que los padres, profesores y los grupos de pares son fundamentales. Esta socialización primaria es un primer ordenamiento del mundo, a través de ella se recibe el grueso de lo que implica formar parte de esa familia, de esa clase social, de esa época.

El discurso de la sexualidad, como todo discurso social es también una estrategia de poder en su intento de producir una verdad que construya la sexualidad.

Por otro lado, la experiencia de los individuos, la manera particular en que cada uno se acomoda en ese contexto discursivo, no ciñéndose exactamente a él, pero funcionando dentro de sus límites, construye una sexualidad que no corresponde exactamente al discurso dominante, pero que se enmarca en él.

El nexo entre discurso y experiencia es básico porque de esa manera accedemos a lo individual y sobre todo a lo cultural; distintos grupos sociales se apropian e internalizan de manera distinta el discurso dominante.

En este sentido, en las entrevistas, los relatos acerca de lo que recuerdan como enseñado y sobre todo de lo que incorporaron a partir de lo que escuchaban, expresan las diversas maneras en que los recursos de poder son

---

<sup>20</sup> Fuller, Norma (2001b), p. 63.



aceptados, enfrentados, desafiados. Además entrega pistas acerca de los agentes de socialización y sobre los discursos sexuales más específicos; de género, de clase, generacional.

Si bien el modelo identidad de género ya no es más uno único, sigue primando el modelo tradicional de identidad de género. Reconociendo este contexto es interesante ver en los relatos los procesos a través de los cuales, hombres y mujeres fueron construyendo un sentido de la sexualidad.

Este aprendizaje se da en condiciones concretas distintas. La pertenencia a una clase, determina un acceso diferencial a la educación, a los avances tecnológicos y a la información en general, también los cursos de vida de las personas, las posibilidades de desarrollo laboral y las expectativas personales, y en suma la identidad de las personas. Esto se refleja en los testimonios recogidos, que expresan diferencias en cuanto a los significados, a las limitaciones y posibilidades en el ámbito de la sexualidad, a los riesgos y los recursos para enfrentarlos.

Por otra parte, es indispensable indagar en el impacto de las transformaciones sociales y culturales, mediante la comparación entre personas que fueron socializadas en épocas distintas. La generación de mujeres que creció antes de la llegada de la píldora y de los grandes programas de control de la natalidad en la década del sesenta no es la misma que las que lo hicieron justamente en ese período. Ambas generaciones son también distintas a las jóvenes que eran niñas y adolescentes durante los años del régimen militar.

## LA CONSTRUCCIÓN DE LA SEXUALIDAD

De acuerdo a los testimonios de hombres y mujeres, los padres no enseñan de sexualidad, al menos explícitamente, a sus hijos. La mayoría de los entrevistados y entrevistadas, independientemente de la edad y de la condición socioeconómica, señalan que lo dicho por los padres es escaso.

Ahora bien, aun cuando no son los padres quienes responden a las dudas acerca del sexo, sí son quienes los internan en el mundo simbólico de la sexualidad (valores, deber ser), situación que es válida tanto para hombres como para mujeres.

En lo concreto, una primera cuestión significativa es que no son “los padres” en general los que hablan –o no– de sexo con sus hijos. Si algún padre habla de sexo este es, por lo general, la madre. Esto es así para hombres y mujeres.

Por otra parte, cuando se relata que no hubo información desde el hogar, las mujeres siempre señalan que “la madre no les dijo nada”, mientras que los hombres dicen que “los padres” o “en su casa” no les dijeron nada, salvo que “se cuidaran”, sin especificar en que debería consistir ese cuidado.

En este sentido, para las mujeres, el padre no tiene aparentemente un rol asociado a la enseñanza de la sexualidad, y para los hombres, el padre es visto como parte de un conjunto (con la madre). En el único caso en que un hombre habló de la necesidad de un padre más presente se trataba de un entrevistado huérfano de padre desde muy pequeño.

En los relatos de los entrevistados, el discurso desde las madres cuando les hablaban de sexualidad, estaba centrado en el tema de la responsabilidad y sobre todo de los riesgos morales y físicos de relacionarse con cualquier mujer. Lo que estaba detrás, sin embargo, es que si bien era una actividad que implicaba ciertos peligros, era inevitable. No hay detalles, pero así y todo, es más de lo que llegan a saber las mujeres. El discurso hacia los hombres está más directamente asociado a una sexualidad concreta y vinculada con el cuerpo: se menciona las ETS, la relaciones sexuales con prostitutas. El grupo de pares, los amigos, la calle como agentes de socialización junto a los padres, están presentes en los testimonios de los hombres, pero es muy vago en los relatos de las mujeres.

En los entrevistados hombres, la falta de comunicación con los padres es mayor que entre las mujeres. Las diferencias en este punto no se dan por clase social, pero sí por rango de edad; entre los hombres mayores de ambos estratos no hay ningún testimonio de conversaciones con los padres acerca de sexualidad.

En los pocos casos en los que se dijo que había cierta información desde los padres –todos de edad intermedia y jóvenes– esto no significó que fuera algo estable o fácil. Por lo general son conversaciones aisladas y poco claras, que se dan en un contexto más bien tenso. De los padres, tal como sucede entre las entrevistadas mujeres, son las mamás las que enfrentan el tema. Los padres son los grandes ausentes, aunque en algunos casos de hombres populares incentivan en sus hijos el rol de seductor. Se ve así, que las “conversaciones de hombre a hombre” entre padre e hijo, presente en el imaginario, en la práctica no se dan. A veces algunos padres intentan un acercamiento, que resulta forzado y además tardío.

*“Yo me acuerdo que era chico y mi papá sacó la Life, sobre la reproducción, y nos hizo toda una charla, con términos muy académicos, yo leía esto y me acordaba de todas las groserías que había atrás de esto y me daba mucha risa esta cuestión. Y en el colegio era lo mismo, una vez nos hicieron una clase y nos reíamos a carcajadas...”* (Wally, 40 años, nivel socioeconómico alto).

En definitiva, los padres no son, en lo que denominamos la información explícita, los actores principales. Lo explícito está presente en el grupo

de amigos, en la información que obtienen fuera de la casa. Esto lleva a un contenido implícito importante. El sexo no es algo de lo que un hombre deba conversar en un contexto afectivo, en este caso la familia; es parte de lo que se considera adecuado entre hombres, en el contexto de lo público, en la calle. Es algo para mostrar y demostrar ante otros que se es hombre.

En los hombres la socialización, la información que reciben acerca de la sexualidad es más concreta y al mismo tiempo no lo es, en el sentido de que lo que circula está más cerca de los mitos que de la realidad. El aprendizaje en sexualidad implica un momento de gran tensión en la historia de los hombres por la contradicción entre no saber y no poder admitir desconocimiento o inocencia por miedo a la descalificación por parte de sus pares. Es por esta razón que muchos, evaluando retrospectivamente la información y conversaciones en el grupo de pares, lo describen como un juego de apariencias, que más que informar, confundía.

Entre las mujeres entrevistadas, la mitad no recibió ninguna información de sus padres, lo que en este caso, a diferencia de los hombres, significa que no recibieron información en absoluto ya que las mujeres no tienen alternativas a la familia; ni las amigas ni el colegio se presentan como posibles fuentes de información.

Las mujeres que sí recibieron alguna información, esta fue entregada por la mamá. Sin embargo, la información recibida se limitó a cambios biológicos y la menstruación. Se enfatiza el tema reproductivo y en este contexto, la menarquia es asociada a un cambio de etapa de vida y de lugar social, y donde adquiere mucha fuerza la necesidad del control asociada a una idea de riesgo. La sensación de que lo sexual se “les viene encima”, con la posibilidad de ser madres es muy nítido sobre todo en las mujeres de estrato popular, pero está presente en todas. El temor que esto genera es un producto más de la socialización: la idea de que la responsabilidad de un embarazo es exclusivamente de la mujer, de que no está en la naturaleza de los hombres controlar su impulso y que por lo tanto los límites en lo sexual los debe establecer la mujer, es un contenido implícito en la información que los padres –la madre– entrega a sus hijas.

De acuerdo a lo relatado por las mujeres entrevistadas y según sus propias palabras, la mayoría señala que “no se les dijo nada”, que en su casa “no se hablaba de sexo”, y que por lo tanto, sus conocimientos fueron adquiriéndolos en el curso de su vida. Esto es así independientemente del nivel socioeconómico y si bien no hay muchas diferencias por clase, sí las hay por edad. Entre las mujeres de nivel socioeconómico bajo, las más informadas son las jóvenes, mientras que entre las de nivel socioeconómico medio alto son las entrevistadas de edad intermedia, lo que solamente quiere decir que

ellas recibieron más explicaciones sobre aspectos vinculados a lo sexual, y en eso son diferentes de las mujeres que no contaron con ninguna información, pero no lo son en cuanto a los significados asociados a la sexualidad que todas las mujeres internalizan en el curso de sus vidas, los que son bastante homogéneos. La información “sistemática” es la parte visible, lo más concreto de la socialización en sexualidad y cuyo análisis aporta los contenidos centrales, tanto explícitos como los implícitos, de este proceso.

Otro aspecto importante en relación con los padres, es su “neutralidad sexual”. De acuerdo a los relatos de los entrevistados y entrevistadas de nivel socioeconómico medio alto, no había evidencia de la vida sexual de los padres: ni abrazos o besos delante de los hijos.

*“Yo diría que más bien, neutra, si se puede usar el término, o sea no había un rechazo... no era una cosa victoriana, pero tampoco era una cosa tan evidente, así tan... No era una cosa tan así, de verse muy abrazados, o cariñosos ¿ah? No, neutros” (Juan Pablo, 38 años, nivel socioeconómico alto).*

En el estrato popular, las mismas condiciones de vida dificultan la privacidad, lo que puede incidir en una mayor visibilidad de la vida sexual de los padres. Sin embargo, no es algo que esté muy presente en los relatos; la relación de los padres se hace más visible en lo conflictivo, en los problemas producto de la infidelidad, el alcoholismo o la violencia.

*“Nunca, nunca, ellos eran muy... Bueno yo creo que es un fenómeno cultural de la sociedad antigua, de mucho recato con respecto a eso, mucho cuidado, que no se viera, que no se sintiera, que no se escuchara digamos” (Negro, 33 años, nivel socioeconómico popular).*

Solamente una mujer de nivel socioeconómico bajo señaló la notoriedad de la vida sexual de los padres, y lo hizo como explicación a sus problemas sexuales actuales.

El silencio de los padres y su “neutralidad sexual” son factores potentes en la configuración de los mandatos culturales implícitos en esa socialización.

## SEXUALIDAD Y EL CUERPO PARA SÍ DEL HOMBRE

Si bien los modelos de hombre en la sexualidad no es uno único y las alternativas se mueven en un rango que va desde el macho agresivo, con varias mujeres y sin muchos compromisos al hombre que privilegia relaciones en las que el afecto está involucrado, hay una masculinidad hegemónica que está más cerca de un hombre muy activo sexualmente, que toma la iniciativa y puede tener a la mujer o las mujeres que desea.

Entre los hombres de estrato popular es más abierto el mandato de ejercer la sexualidad como una manera de reafirmar la hombría. En este grupo es habitual que las únicas referencias aludan a un ejercicio sexual temprano, intensivo y evidente.

Tras esto está la idea de la sexualidad masculina sin control, desbordada, lo que no es algo que sea problematizado, sino que se internaliza como parte constitutiva de la identidad de género de los hombres.

*“Mi papá lo único que hablaba era decir: ya si ustedes conocen una mina, vayan y se acuestan, para él era eso ¿no?. Acostarse, y hacerle críos por último y al tiro. Yo le preguntaba a mi mami, y mi mami decía: lo que pasa es que tu papá lo único que piensa es en la cochiná...”* (Negro, 33 años, nivel socioeconómico popular).

En este discurso no hay más que la idea de que los hombres deben salir a buscar una mujer que les permita satisfacer esos instintos irrefrenables que les son propios. Pero, ¿qué mujer?. Debe ser una que acepte esa relación, lo que significa que no puede ser como la madre, para quien el sexo es una “cochinada”.

Si a las mujeres se les pide que se reserven sexualmente, a los hombres se les sugiere que adquieran experiencia, pero con el cuidado suficiente como para distinguir entre las mujeres buenas y las malas. Así, el tema del cuidado, también presente en el caso de los entrevistados y referido al riesgo de los embarazos y a los peligros del contagio de ETS, no es una limitante.

*“Yo creo que en una oportunidad habló algo relacionado con el sexo, de los cuidados con las enfermedades venéreas. Tenía quince años, más o menos. Eso fue muy al pasar me acuerdo. No fue ni diez minutos, ni media hora, ni una hora, no, fue más bien puntual”* (Eugenio, 46 años, nivel socioeconómico alto).

*“‘Tienes que tener cuidado si alguna vez tú tienes una polola’, me decía mi mamá, ‘porque a veces las pololas se embarazan’. Me decía que*

*tuviera cuidado con quien fuera a elegir como polola y que hay enfermedades sexuales, siempre me hablaba de eso, así, tal cual” (Fernando, 33 años nivel socioeconómico bajo).*

Estas experiencias ligadas a la socialización son comunes para los hombres de ambos niveles socioeconómicos e involucran conversaciones con los amigos en las que se habla de experiencias reales y fantaseadas, mujeres, lecturas, chistes, acceso a material pornográfico (especialmente revistas). Todo esto configura una idea de la sexualidad en la que el cuerpo de las mujeres es objeto central sobre el que interviene el cuerpo del hombre. Las primeras ideas de los jóvenes en torno a la sexualidad está ligada al cuerpo. La excitación física como algo natural, homologable a lo que sucede en la naturaleza, los roles de los cuerpos –femenino y masculino– en el ejercicio de la sexualidad son parte de la conversación entre hombres y algo que aprenden tempranamente.

*“Primero era una cosa de la cual no se hablaba mucho, la iglesia ve como divino todo, no se tocaba el tema. Y de repente tú empiezas a escuchar a cabros que hablan de otras cosas, o empiezan a contar un chiste y nombran a una mujer, y que se lo meten, o sea yo creo que esas son iniciaciones en los temas, fueron como cuentos e historias, o chistes, yo creo que hay mucho ahí de contar un chiste, ahí había metido eso. Lo otro los animales, ahí se hablaba de sexo. Y juntemos, soltemos a este toro con estas vacas, a ver que pasa. Había lo lúdico con lo sexual muy metido en eso. Y ahí uno iba haciendo la asociación lógica digamos, con las mujeres. En el grupo había grandes, medianos y chicos, entonces uno empezaba a escuchar lo que empezaban a hablar los grandes, creo que esa es otra manera de entrar a lo erótico. Escuchar una historia, de que me llevé una mina, y contaban, y uno no sabe si es cierto o eran fantasías entre ellos, pero había bastante de eso” (David, 43 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Está permitido hablar de sexo, fantasear acerca de las mujeres, y explorar el propio cuerpo. Si bien muchos reconocen que gran parte de lo que se hablaba era invento, lo cierto es que hay un acercamiento a la práctica de la sexualidad. Las conversaciones sobre sexo con los pares, inexistentes en los relatos de las mujeres, aluden directamente a lo sexual, se nombra los genitales de hombres y mujeres y el acto sexual es descrito con crudeza.

*“Con los amigos nos contábamos las películas que cada uno se pasaba. Hablábamos de la morbosidad... del hecho de imaginarse a una mujer con tres gallos, cuatro gallos altiro. Cosas que se han visto en las*

*películas, y no sé, tantas cosas que se le pasan a uno por la mente en ese momento que... más que nada yo cacho que de morbosidad. Porque hablar realmente de lo que es el sexo, no. Casi siempre lo hablábamos en forma de talla, en serio no” (Yayo, 25 años, nivel socioeconómico popular).*

No todos participan activamente de estas conversaciones, pero escuchan y perciben que no basta con ser hombre, también hay que demostrárselo a los otros. No es importante si las “hazañas” han sido realmente vividas, lo central es que a partir de estos relatos los hombres pueden estructurarse una idea muy concreta de la sexualidad propia, con otro, del lugar del placer en sus vidas, todas cuestiones que las mujeres no llegan nunca a hablar.

El cuerpo del hombre tiene que estar presente y diferenciarse del de la mujer, y el ejercicio de la sexualidad es la prueba de que posee el cuerpo de un hombre hecho y derecho. Los temores asociados a la transgresión de lo masculino, a la amenaza en la identidad masculina de lo abyecto –representado por lo femenino<sup>21</sup>– obligan a estar atento al propio cuerpo en función de su capacidad sexual respecto de un cuerpo femenino. Esta capacidad sexual, penetrativa, implica asegurarse de contar con el implemento adecuado. Lo peneano cobra así relevancia en todos los discursos socializadores.

*“A propósito de eso, tuve muchos problemas con mi viejo porque yo tenía un problema de... que es mucho cuero en el pico. Pero el mismo cuero impedía el crecimiento, estoy hablando de los diez años. Entonces yo tenía un pico que era más chico que el resto. Para mi papá eso era sinónimo de homosexualidad. Entonces me hueveaba y me hueveaba. Y con la huevá de que yo no fuera maricón, y que yo no hiciera esto, que yo no hiciera lo otro” (Mauricio, 32 años nivel socioeconómico alto).*

La socialización de los hombres, es explícita, pero donde la sexualidad aprendida por las mujeres es hacia otro, –otro cuerpo, otro placer– en los hombres está centrado en el propio cuerpo y el propio placer y además en el reflejo de sí mismo en los otros hombres.

Esto ciertamente no es homogéneo. La ausencia de la mujeres es muy marcada en la socialización de los hombres mayores, Mientras que los más jóvenes si bien parten con un discurso aprendido en ese sentido, deben enfrentar, en el curso de la adolescencia y especialmente cuando establecen relaciones afectivas con mujeres, situaciones que los obligan a cuestionarse lo aprendido.

---

<sup>21</sup> Fuller, Norma (2001).

Los mandatos culturales que para los hombres son positivos, en el sentido de que la sexualidad afirma la masculinidad, los hace hombres, se tornan negativos para las mujeres. La socialización está teñida por las restricciones asociadas al control del cuerpo de la mujer y al riesgo de embarazos.

## EL CUERPO PARA OTRO DE LAS MUJERES

La sexualidad de las mujeres, entendida desde la perspectiva del riesgo para el cuerpo de la mujeres se refleja entre otras cosas, en un discurso centrado en la menstruación y la importancia, más que del cuerpo en sí mismo, de su cuidado, lo que incluye desde normas de higiene hasta la necesaria distancia física que deben mantener con los hombres.

La menstruación puede ser considerada un tema fundamental, el más básico en el discurso socializador. Si la madre no ha hablado de esto, significa que no habló de nada; muchas mujeres al referirse a la falta de confianza con los padres en temas sexuales, se quejaban diciendo que ni siquiera les habían advertido de la menstruación.

Entre las mujeres de estrato popular esto es así sin excepción. Asociado a la menstruación está siempre el tema del cuidado, referido por una parte a la enseñanza de ciertas normas de higiene, y sobre todo al cuidado frente los hombres. Ambas cosas pueden estar directamente vinculadas. La higiene no es un fin en sí mismo, en este caso oculta, deja en secreto el sangramiento mensual que da cuenta de la fertilidad de esa mujer, porque el principal riesgo es finalmente, el embarazo.

Sin embargo, en este discurso no hay necesariamente una alusión directa a los sexual, muchas veces el mensaje es que basta la presencia de un hombre para que surja el peligro.

*“Claro porque, son cosas, son tonteras que a uno le dicen, yo digo yo, le decían cada cosa que uno le tenía como miedo a los hombres, en ese sentido, porque no ve que a uno le dicen, ¡ah no, que no te tope, que no te dé un beso porque si te da un beso vas a quedar embarazada!. Y uno cree, claro que cree, ¡si yo vine a saber, cuando yo me casé, te lo digo sinceramente!”* (Margarita, 49 años nivel socioeconómico bajo).

En las mujeres mayores de este estrato, las menos informadas de todas las entrevistadas, la mayoría tuvo su menarquia sin saber qué le estaba pasando. Con una escolaridad de pocos años, infancias en poblaciones marginales o en el campo, separación temprana de la familia de origen para incorporarse al trabajo, no tienen ninguna posibilidad de información, salvo la propia ex-



perencia. Esta manera de acceder al conocimiento de su cuerpo y de la sexualidad es vivido sobre todo por este grupo de mujeres de manera traumática, no saben lo que les está pasando, muchas cuentan que estaban asustadas y avergonzadas y no lo comentan con nadie, lo que hace aún más difícil la vivencia. El conocimiento lo van adquiriendo en cierta medida a golpes, desde sus experiencias individuales.

*“Cuando yo me enfermé, yo vi que me salía sangre y me asusté, andaba asustada porque dije ¿que me pasó?, me ponía trapos, andaba asustada, me empezaron a salir los pechos, yo me los apretaba para que no se me notaran, y me daba vergüenza que se me notara” (Tita, 50 años nivel socioeconómico bajo).*

Si bien las mujeres de nivel socioeconómico medio alto recibieron algo más de información, ésta era bien limitada: estaba restringida a temas de la menstruación o donde lo “sexual” se restringía a lo biológico-científico y siempre con un trasfondo en el que lo restrictivo se imponía. Se debe tener en cuenta que la desinformación que lamentan estas mujeres no es la misma que la de las entrevistadas de estrato popular, porque los recursos culturales son totalmente distintos. Así y todo, la falta total de elementos a los que asirse para siquiera poder imaginar de qué se trataban los cambios que vivían, significa para todas ellas un enfrentamiento con la realidad muy conflictivo. La menstruación es recibida con miedo y posteriormente la vida sexual en pareja se vive como un proceso complicado.

La primera menstruación que podría ser un momento importante de nexo con el cuerpo, con el cambio concreto de éste, en lugar de abrir posibilidades, limita y reafirma la distancia con el propio cuerpo respecto de la sexualidad. El cambio se centra en lo reproductivo pero también en la limpieza que asegure que este nuevo estado de la mujer –dejó de ser niña– no quede en evidencia. El resultado es que, sin saber claramente porqué, muchas entrevistadas recordaron que el sentimiento dominante al momento de su primera menstruación, fue el temor –las que no estaban muy informadas de qué estaba pasándoles– y la vergüenza.

*“No hubo tanto cambio cuando me enfermé, sabes que yo jugaba igual. Yo me acuerdo que en ese tiempo nosotros jugábamos, a las naciones, yo jugaba igual. Claro cambié un poco, porque me sentía, distinta a mis amigas, que eran más o menos de mi edad pero a ninguna le llegaba todavía... Distinta, de repente me daba vergüenza que un hombre me fuera a ver, que fuera a saber que, yo andaba con eso” (Lionor, 33 años, nivel socioeconómico popular).*

Esta vergüenza de la menstruación no sería vergüenza hacia las funciones reproductivas sino a la noción de un cuerpo sexuado. No es algo de lo que se pueda hablar; lo prudente es disimular la menstruación, esconderla, pero lo que se debe esconder en definitiva es el propio cuerpo, que es vivido como sucio en tanto potencial fuente de placer y deseo. Esta noción de que hay algo sucio en el cuerpo de la mujer es común a muchas entrevistadas.

*“Mira, yo tuve mucha dificultad para expresar lo femenino. Una cosa que me acordé, en realidad fue primordial. Yo me encerraba en la pieza de mi mamá. Mi mamá tenía un sostén de esos con armado, de esos que debe haber sido para un vestido de fiesta. Y siempre lo tenía guardado y nunca se lo vi como en uso. Y yo me lo ponía y me miraba al espejo, pero eso siempre lo hacía como a escondidas. Te estoy hablando a los seis, siete años. Y yo me acuerdo que una vez llegó a mi pieza, no me acuerdo si mi mamá, que subía a su dormitorio, o mi abuela, o la nana. Mi abuela, no creo que la nana. La cosa es que yo me encerré. Me pillaron con el sostén. Me encerré en el closet. Mi abuela me decía que saliera, que no entendía por qué, hasta que yo me saqué esto y lo escondí por ahí. Pero sentí una cosa terrible de que ella supiera que yo me había puesto esto. Y esa cosa, entonces yo no me atrevía a mostrarme mujer con ella. Nunca. Me costó mucho”* (Ester, 38 años, nivel socioeconómico medio alto).

## LA VIRGINIDAD

La valoración de esta “exclusividad sexual” expresada por las mujeres pasa necesariamente por el significado que ella tiene para los hombres, cuestión que, siendo más explícita en el estrato popular, está presente en todas. Tener sexo en un contexto de compromiso (matrimonio, noviazgo, pareja exclusiva) es un contenido central en la socialización relatada por las mujeres. Esto no significa que la norma sea respetada, muchas la transgreden, pero en esos casos, el problema no es consigo mismas, sino con la reacción de la pareja. No hay cuestionamiento de este resultado de la socialización: tienen un cuerpo que no les pertenece completamente.

La trasgresión es relatada como resultado de la presión, pero ¿qué pasa con el deseo propio?. Muchas tenían ganas. Ahora bien, algunas se lamentan de haber perdido la virginidad, pero no lo hacen desde su propio sentir, por haber perdido algo que era bueno para ellas, sino por haber perdido algo que le pertenece al que será el hombre de su vida.

*“(Cuando pololeaba) no aceptaba nada, ni tocarme la pechuga, entonces tenía ene problemas. Él terminó mucho por eso, porque yo no quería, me negaba rotundamente, que no, que no, que no. Hasta que en una de las vueltas dije sí, como a los 17, 18 años... Y ahí fue peor porque ya perdí mi virginidad, igual terminé el pololeo después y cuando terminé fue atroz. Con P., el pololo que tuve después me demoré para tener relaciones. Yo sabía que mi próxima relación larga iba a tener que tener relaciones. Me demoré 6 meses y le discutía así, no puedo, no puedo, no puedo, porque yo no quiero tener relaciones con todos los pololos que tenga de aquí en adelante, esa era mi tranca, no quiero acostarme con cada gallo que conozca; eso es lo que pasa, a mucha gente le pasa eso, entonces me costó mucho” (Elisa, 28 años, nivel socioeconómico medio alto).*

## DISCURSOS SOCIALIZADORES Y EL CUERPO

Un elemento que se desprende de este temor al cuerpo, propio y del otro, y de la vinculación sexualidad/maternidad es la necesidad de guardarse sexualmente. La mujer no puede dar rienda suelta a sus instintos si los tuviera, porque debe reservarse para el amor y la maternidad.

*“Mi mamá me metió mucho en la cabeza esta cuestión, que sería muy largo de explicar, como de un tipo de mujer, que es así como... ¡ay, como se podría decir!. Decirlo así es burdo, ah?. No es que sea así, pero o un tipo te busca sexualmente o un tipo te busca para el amor, digamos. Entonces hay una separación, porqué te busca un tipo, si es para tener una relación sexual, o para enamorarse de ti. Y eso mi mamá me lo marcó muy fuerte yo creo. Sí, yo creo que deriva de ella. En términos burdos, porque ella jamás diría una cosa así. Eh, jamás tampoco asumiría que ella me marcó eso, jamás. Pero en los actos cotidianos sirve eso, como esa separación. Mirando ahora pa’ atrás, pienso, qué tonta, por qué no me relajé más. Estaba muy consciente... como siempre en el marco de lo que es la responsabilidad, y de repente me habría gustado una cosa como más libre. Vivir la vida más libre. De repente yo creo que a la mujer le meten más peso en eso, de lo que es la responsabilidad...” (Carla, 34 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Esta visión polarizada de ser mujer –amada o requerida sexualmente– está fuertemente incorporada entre las entrevistadas de ambos niveles socioeconómicos. Como dice la entrevistada citada más arriba, no se expresa

de una manera así de burda, pero finalmente, las entrevistadas optaron por ser amadas.

Esta opción, que en las mujeres mayores se expresaba en el mandato de llegar vírgenes al matrimonio, reservarse para el que sería el padre de sus hijos, en las generaciones más jóvenes se ha resignificado; ya no se trata de esperar hasta el matrimonio, pero sí se le asigna mucho valor a no tener sexo con cualquiera, y/o haber tenido relaciones sexuales solo con una pareja por amor. Así, la experiencia de la sexualidad queda inscrita como efecto del afecto y no como una búsqueda de placer ni de realización del deseo. Un cuerpo femenino que exprese su deseo sin escudarse en otras motivaciones es una amenaza especialmente si hay consecuencias que hagan visible la transgresión.

*“Mis hermanas se casaron todas bien, por ley y sin quedarse esperando ni nada. No iba a ser yo la que fuera a deshonorar la familia. Como todo un peso, que me sirvió porque nunca me traumé, ni fui muy, así que oh, Dios mío, pero igual me cuidaba mucho más, tenía como la responsabilidad”* (Ana María, 27 años, nivel socioeconómico medio alto).

Las mujeres cuando “se cuidan” no lo hacen pensando en sí mismas. Están pensando en otros o en otros. Esto es así en tanto la deshonra, que se produce en cuerpo de la mujer, afecta el cuerpo colectivo de la familia. La sensación de que “cuidarse” no es un acto autoreferido y lo que está detrás es toda la familia es común en los relatos de muchas mujeres. En este sentido, como sostiene Norma Fuller, las mujeres son las portadoras del valor moral de la familia y por lo tanto la sexualidad femenina es una amenaza que debe estar bajo control. La socialización de género en sexualidad apunta a que las mujeres no se excedan, pero además a que sean finalmente los hombres quienes deben vigilar y cuidar que esos desbordes no se produzcan.

La noción de riesgo surgida a partir de la primera regla es especialmente nítida entre las mujeres de estrato popular, cuyos testimonios dan cuenta de un entorno amenazante, frente al cual ellas debe estar siempre alertas.

Esta realidad amerita ampliar la información pero solamente respondiendo a la necesidad de entregar a las hijas información de los peligros y de dónde pueden venir estos; se tocan aspectos que van más allá de lo reproductivo, pero siempre en el sentido del cuidado, de poder prevenir el riesgo que implica la cercanía de cualquier hombre, conocido o desconocido.

Este discurso, presente sobre todo en las entrevistadas de nivel socioeconómico bajo, pone en el foco dos cuestiones siempre presentes en el imaginario de lo que es la sexualidad masculina y femenina. En primer lugar el que dice relación con lo que sería el descontrol natural de los hombres cuando se trata de sexo. En este sentido se marca una diferencia importante con las

mujeres, las que, naturalmente también, no deberían siquiera acercarse al desborde propio de los hombres, marcando así un funcionamiento de opuestos complementarios, en el que las mujeres son las que guardan la compostura y establecen lo racional por sobre lo pasional.

Vinculado a esta incapacidad de los hombres de controlar sus impulsos se llega al peligro del incesto, cuestión que es explícita entre las mujeres de estrato popular.

*“Mi mamá fue siempre así. Cuando ya crecimos un poco como que empezó a contarnos más cosas. Por ejemplo ya de la menstruación. Por ejemplo de las violaciones, que si mi papá un día...”* (Nuria, 28 años nivel socioeconómico bajo).

Entre las mujeres de estrato medio alto, si bien no surgieron relatos que dieran cuenta de experiencias en este sentido, sí estuvo siempre presente, tanto desde el discurso o el control silencioso de los padres.

*“Con mi mamá era una relación rica pero no profunda. Era de salir juntas, de compras, cosas así, pero por ejemplo nunca me habló de sexo, jamás. Yo creo que confiaba mucho en que la formación del colegio iba a hacer esa parte del asunto. Y de verdad es que yo lo tenía metidísimo, que no se podía hacer nada. Yo me casé virgen y aunque mis papás nunca me dijeron nada, nunca, yo lo tenía absolutamente sabido... (que debía llegar virgen)”* (Julia, 50 años nivel socioeconómico medio alto).

Lo planteado por esta mujer lleva a los contenidos implícitos en la “no información” entregada.

Cuando a las mujeres se les insiste al momento de la menarquia en los riesgos de embarazo se está haciendo la diferencia entre hombres y mujeres en relación a la responsabilidad frente a lo sexual. Las mujeres deben cuidarse de los hombres que embarazan, lo que significa que el instinto del hombre es un riesgo que la mujer debe saber enfrentar; ella es la que pone los límites en lo sexual porque no está en la naturaleza del hombre hacerlo. Así se construye una mujer obligada a defender unos límites que no consideran el deseo ni la búsqueda de placer propio.

*“Cuando empezamos a pololear ya más formalmente, nos decía: cuidense, yo no quiero que queden embarazadas. La carne es débil, yo entiendo que el pololo se aburre de pololear al año y de tomarse la mano, yo entiendo, pero la verdad es que imagínate tú qué hacer con*

*una guagua a los 18 años. Yo te la cuido, o sea, primero te cacheteo pero después al final me quedo yo con la guagua y qué haces de tu vida, me decía” (Leonor, 28 años nivel socioeconómico medio alto).*

El mensaje apunta a que, por un lado la “carne débil” y a fin de cuentas, el deseo sin freno es masculino y por otro, que lo único que puede obtener una mujer con el ejercicio de la sexualidad son hijos, de los que deberá responsabilizarse. Mientras para los hombres el discurso de la sexualidad se realiza desde el placer, incluso antes de comenzar a ejercerla, para las mujeres hay siempre una amenaza.

No se trata de que la socialización niegue la sexualidad, pero lo que sí intenta es ignorar el cuerpo femenino.

No es solamente la falta de datos o de información lo que está en juego cuando se habla de socialización en sexualidad. Lo central es que los significados asociados a la información que se entrega transmite una manera de ser mujer que enfatiza el ser para otro. No hay espacio para el placer propio ni la capacidad para negociar porque no hay noción de qué es lo que se quiere.

Las consecuencias de esta forma de encarar la sexualidad se manifiesta de múltiples maneras en las experiencias sexuales de las mujeres. Un sentimiento generalizado es la culpa y el miedo, y, como se describía antes, también la vergüenza. Estos sentimientos son, como es de suponer, un factor importante en las dificultades que tienen las mujeres para incorporar el placer a la vivencia de su sexualidad, que las hace vivir la experiencia sexual con sentimientos encontrados, con deseo, pero también con temor. Este desconocimiento, o falta de familiaridad con el tema también las hace más vulnerables a la voluntad, deseos y presiones de los hombres, y a dejar fuera los deseos y las necesidades propias.

De esta manera, el discurso socializador naturaliza significados y prácticas de la sexualidad para hombres y mujeres, que en apariencia dejan a algunos libres y a otras sometidas. Este discurso es restrictivo en el sentido que presenta unos límites que no pueden ser transgredidos sin caer en lo abyecto: en los hombres feminizarse, en el caso de las mujeres ser puta.

En este sentido, lo que se transmite son normas que constituyen verdaderos mandatos culturales que aseguran un cierto orden. Los sentidos apuntan al control del cuerpo, pero no de todos los cuerpos, sino del cuerpo de la mujer. El orden de la sexualidad es orden social y se realiza desde las mujeres.

Por ello, el eje diferenciador de la socialización en sexualidad está centrado en la construcción y uso del propio cuerpo, y la construcción social de cuerpo está cruzada por la idea de la polaridad entre lo femenino y lo masculino en tanto complementarios; el hombre activo /la mujer pasiva, el cuerpo del hombre dominante/el cuerpo de la mujer dominado, el cuerpo del hom-

bre penetrativo/el cuerpo femenino receptivo, el cuerpo evidente del hombre, el cuerpo oculto de la mujer. La construcción diferenciada de hombres y mujeres construye una relación entre los géneros cruzada por el componente del poder, lo que se expresa también en la sexualidad.

Los contenidos transmitidos involucran ciertas posiciones de poder que finalmente implican un orden jerárquico entre los géneros. Lo masculino como sujeto de placer, representa lo activo, frente a lo femenino como objeto de placer. Las diferencias que se pueden constatar en este sentido están más relacionadas con la edad de los entrevistados que con la pertenencia de clase.

## II. LA VIDA SEXUAL

En el dominio de la sexualidad, el poder es una fuerza que se expresa como una verdad que pretende controlar el cuerpo. Tradicionalmente en la teoría feminista, esto ha sido una manera de explicar la desigualdad entre los géneros, ya que el poder operaría controlando el cuerpo femenino. Si bien esto es cierto, el poder como discurso colonizador opera sobre ambos cuerpos, femenino y masculino, imponiéndoles verdades y mandatos diferenciales a cada uno. Cómo esta producción de verdad genérica entra en relación es nuestro campo de interés. Así, desde la mujer puede haber resistencia, incluso puede haber poder sobre ciertas áreas. Por otra parte, el poder no sólo se impone, sino que produce verdad, en otros términos produce una cierta manera de ver el mundo, que hace que se produzca y se reproduzca una determinada relación de poder.

Complementando la conceptualización de poder de Foucault, hay dos nociones de A. Giddens respecto del poder que nos resultan relevantes. Se trata de la noción de significados como recurso de poder, y de la noción de dependencia/autonomía<sup>1</sup>.

Para Giddens, poder y acción están íntimamente relacionados y se dan de manera regular y rutinaria. El poder no es un tipo de acto y no es un recurso, sino que los recursos son los medios a través de los cuales se ejerce el poder y se reproducen las estructuras de dominación.

Según el autor, es en la utilización de determinados recursos donde el poder se pone en juego, tanto si se entiende el poder como una capacidad transformadora (es decir, como la capacidad de los actores para determinar los cursos de acción), como si se le entiende como una forma de dominación (es decir, como una cualidad estructural)<sup>2</sup>. Estos recursos incluyen los significados a través de los cuales el contenido normativo y significativo de la interacción se

---

<sup>1</sup> Giddens, Anthony (1983) *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.

<sup>2</sup> Giddens, A. op. cit: 91.



actualiza. Es decir, los mismos significados subjetivos pueden entenderse como un recurso de poder.

Si “una relación de poder es un modo de acción que no actúa de manera directa e inmediata sobre los otros, sino que actúa sobre sus acciones”<sup>3</sup>, tener poder en una relación implica ser capaz de conseguir que ciertos resultados se realicen, cuando estos dependen de la acción de otros. La desigualdad en la relación entre ciertos actores depende de la movilización de recursos (simbólicos) que los instalan en posiciones desiguales.

Esta relación puede ser entendida como una relación de autonomía/dependencia, siendo ambos términos válidos para cada actor implicado. Así, las relaciones de poder, señala Giddens, siempre son de doble sentido, incluso el agente más autónomo es en algún grado dependiente, y el más dependiente es en algún grado autónomo.

Esta noción de autonomía/dependencia nos parece relevante especialmente desde una perspectiva de género; podría sugerirse en este terreno que la equidad entre los géneros pretende alcanzar un equilibrio en una relación de autonomía/dependencia, donde un actor (el hombre) es más autónomo que dependiente, y el otro actor (la mujer) ha sido más dependiente que autónomo.

La transformación de la relación autonomía/dependencia está al centro de los aportes feministas al tema del poder entre los géneros. La noción clave aquí es la de “empoderamiento”.

El concepto de empoderamiento, tiene distintas lecturas, incluso se ha planteado que en la literatura feminista existe una tensión entre la noción de empoderamiento como una asertividad individual o elecciones individuales, y una noción más colectiva de empoderamiento que constituiría un desafío a la masculinidad<sup>4</sup>. Ambas nociones conviven en el discurso feminista y pensamos que en distintos niveles ambas son válidas. En nuestro trabajo y considerando nuestro objeto de estudio, estamos usando la noción de empoderamiento enfatizando la perspectiva de los agentes, lo que no quiere decir, como veremos más adelante, que este empoderamiento individual no esté determinado socialmente, o que su realización no sea eminentemente relacional.

Remarcando la visión desde los agentes, conviene recordar que la palabra poder deriva de la raíz latina posee, ser capaz. En la perspectiva de género este “ser capaz”, no tiene, sin embargo, las mismas connotaciones para hombres y mujeres. Cuando, desde una perspectiva de género, se habla del poder de los hombres, se está haciendo mención a su capacidad para

<sup>3</sup> Foucault, Michel (1988) La cuestión del sujeto ¿Porqué investigo el poder?. En: *Derecho y Sociedad*, Revista de Ciencias Sociales, Nº 1, Mayo-Junio de 1988, Santiago, Chile (p. 10).

<sup>4</sup> Sobre el concepto de poder y empoderamiento en la perspectiva feminista. Ver: Sen, G; Germain, A. y Chen, L. (eds) *Population policies reconsidered: Health, Empowerment, and rights*, Harvard University Press: IWHC/HSPH, Boston, 1994.

controlar a las mujeres; cuando se habla de poder de las mujeres, se hace referencia a su capacidad para autodeterminarse y tomar decisiones. No se espera que ellas dominen a los hombres.

Pensar la problemática de género en términos de posición más que de condición de la mujer nos remite a una lógica relacional, lo que implica promover el cambio en las relaciones de poder/subordinación entre los géneros, la transformación de las jerarquías entre los géneros, hacia posiciones de igualdad, no invertir el orden actual.

### **LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL (PRS)**

El primer encuentro sexual genital marca un momento relevante en la historia de vida y sexual de toda persona. Si bien hay experiencias sexuales (en un sentido amplio del término) y goces asociados a distintas zonas corporales desde muy temprano en la vida, el encuentro de dos cuerpos y dos sexos implica un momento cargado de implicancias subjetivas y sociales.

No sorprende entonces corroborar que a lo largo de la historia y a través de las culturas, han sido creados dispositivos simbólicos (ritos, ceremonias de iniciación y desfloramiento) para normar y significar su acontecimiento.

Pese a que en nuestra sociedad no hay ritos de iniciación explícitos, sí nos encontramos con ciertas normativas culturales, que entregan directivas con relación a cómo, cuándo y con quién este evento debe ocurrir, y que marcan modelos de identificación y lugares sociales diferentes para ambos sexos.

De esta manera, si pensamos en los mandatos del imaginario tradicional de nuestra cultura con respecto a la iniciación sexual, nos encontramos con dos modelos de identidad polares: la mujer que guarda su virginidad para la noche de bodas y el hombre joven que se inicia con una prostituta. A nivel relacional, esto se expresaría en hombres que buscan obtener los "favores" de una mujer de su interés con la paradoja de que esa dama, si los concede, deja de serlo; y mujeres que deben resistir los requerimientos de los hombres hasta tener garantizado un compromiso formal.

Estas construcciones son mandatos que expresan con nitidez diferencias en la posibilidad de experiencia y significado para hombres y mujeres. El deseo, la iniciativa, el control en dicha situación no serían equivalentes para ambos sexos, y, de manera más exacta, dicha diferencia implicaría una posición de notable menor autonomía para las mujeres. Estos discursos sobre la sexualidad se producen, reproducen y circulan en el marco de las diferentes relaciones sociales en las que nos encontramos en la vida cotidiana, espacio en el que, pensamos, la experiencia individual concreta se cuele, y permite producir fisuras en los modelos discursivos predominantes.

Como veremos a continuación, las experiencias relatadas por hombres y mujeres respecto a su iniciación sexual, no se ajustan exactamente a estas grandes construcciones discursivas, pero las incluyen, de la primera relación sexual y hacen una situación privilegiada respecto a como interactúan los mandatos y la experiencia de cada individuo.

## El otro en la PRS: un hombre concreto y La Mujer

Para las mujeres en general, la primera relación sexual se inscribe en un contexto de pareja.

La gran mayoría de ellas tiene su primer encuentro con un “pololo”<sup>5</sup>, novio o ya casadas. Sólo una, del total de entrevistadas mujeres, se inicia sexualmente con una pareja ocasional, mostrando cómo en las mujeres, la vinculación romántica y el afecto son pre-condiciones para plantearse la posibilidad de un inicio sexual. Así, la virginidad, si bien mantiene un valor en el discurso de las entrevistadas, es algo que están dispuestas a perder en un contexto romántico, independientemente del matrimonio.

La formalidad y calidad del compromiso de la relación en la que tienen su PRS es algo que marca diferencias entre clases y tramos etéreos. Tanto las mujeres jóvenes como las mayores de clase media alta, comparten el hecho de iniciarse en su mayoría con hombres que van a ser o ya son sus maridos. Así, no sólo la relación de pareja es un requisito, sino que además, el hecho de que esta unión tenga un carácter socialmente aceptado y con proyección en el tiempo, se vuelve fundamental. En ese sentido, en ellas el mandato tradicional sigue fuertemente presente.

*“El pololeo fue re’ poco y nos casamos, entonces él esperaba a que yo reaccionara de la manera que él esperaba y yo de la forma que él esperaba, entonces eso es como rico pa’ nosotros. Yo quería, claro, aparte que dentro de unas semanas le otorgaba todo, insisto. Yo decía, bueno, es el hombre que yo quiero y es el hombre con quien me voy a casar, es el hombre con el que yo quiero estar. Lo pasé bien poh, yo te digo que era como lo que yo esperaba, que nadie me presionara y que fuera con la libertad que tenía y todo, yo nunca tuve relaciones antes con ninguna persona que no haya sido mi marido. Y las tuve un mes antes de casarme” (Leonor 30 años, nivel socioeconómico medio alto).*

<sup>5</sup> Pololo: pareja amorosa pública y formal, pero sin compromiso de matrimonio.

Esto contrasta con lo expresado por las mujeres de edad intermedia de dicho nivel socioeconómico, quienes, muestran un inicio sexual de carácter más liberal. Un número importante de ellas se inicia con una pareja con la que no contrajeron matrimonio posteriormente y sólo dos de las dieciocho tienen su primera relación sexual ya casadas. Sin embargo, en ellas la variable "pareja" es una precondition del inicio sexual y una relación de afecto es un requisito sin el cual la relación sexual no es pensable.

*"Porque esta pareja que yo tenía, anduvimos como un año antes, así sin que nadie supiera que éramos pareja. Yo estaba enamoradísima de él en ese tiempo, y yo pensaba que era tiempo, además que siempre me ha gustado experimentar cosas nuevas. Yo dije porqué no con él, si lo quiero. Fue una decisión libre, espontánea y con mucho gusto. Después me sentía grande, me creía la muerte, al día siguiente (porque estábamos veraneando juntos) conversábamos, y para los dos fue la primera vez, así que fue muy especial. Fue una experiencia súper bonita. Creo que es una de las que recuerdo con más gusto. Porque no me he olvidado ni de la fecha en que fue, el lugar y como, y no fue para nada traumático, todo muy fluido. Además fue con una persona a la que yo le tenía mucha confianza, una persona muy buena, que yo la quería como pareja además"* (Paloma 35 años, nivel socioeconómico medio alto).

En el caso de las mujeres populares, la tendencia es similar a lo recién expuesto, pero con leves diferencias. Ellas por lo general tienen su primera relación sexual dentro de una relación afectiva (pololeo). Muy pocas se inician ya casadas (sin que haya diferencias entre tramos edad) y sólo entre las mayores se dan casos de un inicio sexual en el contexto de abuso. Comparativamente con las mujeres de clase media alta, el inicio sexual en este grupo se da con mayor frecuencia fuera del matrimonio.

Cabe señalar que a diferencia de lo que sucede entre las mujeres de clase media alta, en un número altísimo de casos, la relación con el compañero sexual con que se inician, deriva después en convivencia o matrimonio debido a un embarazo no planificado, pero dicho desenlace no es presentado directamente ni problematizado en el discurso de las mujeres, sino que es algo que hay que extrapolar de datos sueltos. Así, el inicio sexual está rápidamente marcado por consecuencias que impactan en el proyecto de vida.

*"Después, después de 3 años, eh... empezamos a tener relaciones, pero uno dice, uno espera tanto, o sea, yo no esperaba que me pasara pero, uno después de tanto tiempo, uno dice no yo nunca lo voy a hacer, pero después lo hace igual, porque, yo sabía que él tenía*

*compromiso, no tenía porque haber... Pero después de eso estuvimos, como 7 meses, 8 meses teniendo relaciones y yo no quedaba embarazada. Claro, porque después se empezó a alejar de mí, y después yo quedé embarazada y mm... Tenía a ver, tenía 18 cuando, no, tenía 19 años cuando quedé embarazada” (Marina 32 años, nivel socioeconómico bajo).*

Para las mujeres, entonces, el contexto de pareja y el afecto que rodea su iniciación sexual, marca un tipo de relación y una percepción del compañero que se define por la cercanía y la especificidad. No se inician con cualquiera, sino que con hombres frente a los cuales sienten un vínculo especial. Son hombres que tienen un nombre y una historia, un hombre concreto con el que las liga afecto, cercanía y en ocasiones, un compromiso.

Esto contrasta con la experiencia narrada por los hombres. La mitad de ellos –en igual proporción entre varones populares y de clase media alta– se inician en el contexto de relaciones ocasionales, pagadas o no. El afecto y la condición de estar en pareja no son requisitos mencionados en su discurso, sino más bien, el deseo de tener relaciones y la atracción.

*“Fue con una niña que estaba de allegada en mi casa... o sea, ella llegó a la casa y a mí me gustaba, y yo la llamaba y ahí una vez que quedamos solos en la casa lo hicimos, pero fue, digamos, de acuerdo los dos, no fue una relación forzada” (Charly 48 años, nivel socioeconómico medio alto).*

*“Y después de eso. Fue ya más grande, como en segundo medio, a ver a los 14 años más menos, a los 14 años digamos y con una, con una nana de mis sobrinos que era como de la casa digamos y yo siempre intentaba digamos sacar estas fantasías digamos sexuales que tenía hasta que una vez pasó poh, pero una de tantas dijo ya, así como ya, pero fue raro poh, raro, fue una cosa muy especial, muy, muy como, como con cuidado por todas, por todas las circunstancias que lo rodean, o sea fue en un camarote y estaba mi sobrino durmiendo al lado, entonces una cosa como muy, muy rara” (Jonás 33 años, nivel socioeconómico medio alto).*

*“La tuve a los 18, con una niña en el campo. Una compañera que me presentó mi prima. Fue por iniciativa de los dos, pero yo siempre tuve esa idea; de a los 18 hacerme hombre, como se dice” (Yayo nivel socioeconómico bajo, 25 años).*

Es interesante observar como en las citas, el artículo “una” se repite para denominar a la pareja sexual. Uno es lo indefinido e intercambiable y así son vividas estas mujeres. En la relación, no hay definición, sino que son “mujeres”, sin nombre y sin que sus expectativas o deseos aparezcan reflejados. Esto refuerza la idea que en los hombres, es el deseo propio y el factor oportunidad lo que comanda el primer encuentro sexual. Para los hombres, en su mayoría, tener relaciones por primera vez es algo que implica aprovechar una instancia, haciéndolo apenas se da la oportunidad, ya sea en el marco de una relación estable o en una ocasional. Sólo unos pocos entrevistados –populares y de clase media alta–, que comparten entre sí haber estado expuestos a un contexto influido por la religión, expresaron dudas respecto a involucrarse sexualmente con alguien con quien no iban a tener una relación definitiva.

Fuera de esto, en las citas se logra percibir las diferencias de poder entre los compañeros sexuales, la pareja sexual es una nana, una allegada, una niña del campo, y en el caso de los mayores de clase media y algunos hombres populares, una prostituta, quienes claramente se aproximan en un contexto de menor libertad y autonomía en la decisión. Sin embargo, esto no es problematizado por los varones, ya que el foco está puesto en lo que ellos requieren y esperan del encuentro.

Pensamos que la cualidad del otro en el primer encuentro sexual se liga con la función ritual que recién describíamos, en el siguiente sentido. Para los hombres, la PRS marca la entrada a la actividad sexual concreta, que implica una validación de su carácter de hombres. Siendo sexualmente activos los varones dejan de ser niños y pasan a ocupar un lugar distinto subjetiva y socialmente. Teniendo “una mujer”, ya son capaces de tener a “las mujeres”. Más que un encuentro vincular con otro, lo que los hombres buscan en su primera relación sexual es obtener un saber respecto a las mujeres y al placer y ser validados como hombres por otros hombres. Es un paso en la confirmación de su identidad masculina. Es por ello que la mujer es otro genérico; entrega un lugar y un conocimiento al hombre, frente al cuál ella es intercambiable, no es la mujer concreta lo que importa sino eso para lo cual ella es umbral.

*“Una satisfacción en términos de, como quien dice, deber cumplido, o sea, pasé una etapa, digamos, ¿ah? Una satisfacción en ese sentido, de poder decir: “ya, lo hice”, me saqué el pillo, digamos, de poder decir: “ya sé como es la cuestión y para qué sirve, y como se hace” y poder decir: ya, soy hombre o soy grande en ese sentido, sí, una satisfacción”* (Juan Pablo 38 años, clase media alta).

*“Sí, me sentía como más hombre, más capaz de... atraer a las mujeres, de gustarle, de atraerle, de hacerlas sentir bien, de sentirme bien” (Yayo 25 años, nivel socioeconómico bajo).*

*“No, no tanto, poh. Claro que en el sentido que ya yo podía entrar al círculo de los cacheros, como le decían, ya, ahí ya entraba al círculo, que era más que los otros que no lo habían hecho” (Carlos, 56 años, nivel socioeconómico bajo).*

Para las mujeres, en cambio, la primera relación sexual al estar marcada por el afecto, no puede sino referirse a un hombre concreto. Puesto que en la PRS femenina lo que tradicionalmente ha rondado es la idea de una entrega, de perder algo a cambio de otra cosa que no se tiene, se vuelve necesaria la presencia concreta de otro que sirva de soporte a ese deseo al cual la mujer se ajusta. Sin embargo, algunos discursos logran instalar la idea de un cambio paulatino, en el que no sólo el afecto dirige la decisión, sino que también se une a la idea de deseo y de cuerpo, ideas que revisaremos más adelante.

## **El Deseo, el Placer y el Temor**

Pensar en lo que el deseo significa, implica acercarse a ese espacio de la experiencia humana que, para muchos, es lo que le es más propio y la define. Pensar a los sujetos como deseantes implica partir de la premisa que hay aspectos de la realidad y de nosotros mismos que se nos escapan y que hay espacios en que no somos capaces de autosatisfacernos. El deseo como concepto se liga con lo sexual pero es más amplio. El deseo es lo que nos hace orientarnos en una dirección, hablar, movernos, aprender. Enfocado en lo sexual, el deseo se relaciona con la búsqueda de un objeto, otro, siempre elusivo y nunca totalmente satisfactorio, que nos permita soñar la fantasía de una pequeña completud. Esa pequeña completud, que se inscribe en el cuerpo es lo que se denomina goce.

Los matices y expresiones que encuentra ese objeto que cumple el deseo son diferentes en hombres y mujeres y es algo que puede observarse en lo expuesto en las entrevistas.

En los hombres, el deseo asociado a la iniciación de la vida sexual tiene una doble cara. Por una parte, como lo veíamos, se relaciona con la posibilidad de instalarse en un lugar social y subjetivo que les otorga nuevos saberes, poderes y posibilidades. Por ello, el objeto es impersonal y lo que realmente cumple el deseo es la imagen que le devuelven los otros que él valida respecto de su calidad masculina. Pero además, observa una mayor

claridad y un carácter más directo de dicho deseo en los discursos masculinos. En su discurso es visible el interés por acercarse a la experiencia y una actitud activa en torno a ella. Si bien en muchas de las entrevistas nos encontramos con el modelo tradicional del joven iniciado por una mujer mayor y con experiencia, no se observan en los hombres ambivalencias con respecto a esa actitud “pasiva”, ya que lo que se da de fondo es un deseo de “pasar por eso”. Esto no implica que la alusión al deseo sexual en la primera relación sexual esté ausente en las entrevistas masculinas, sino que éste no es la causa única y fundamental de la experiencia.

Entre las mujeres en cambio, lo que explicitan como la motivación que las lleva a iniciarse sexualmente, es un deseo de sentirse amadas, de encontrar una concreción de la relación de afecto en la que están involucradas y en esto, sus discursos al igual que los masculinos, no instalan el deseo sexual como el impulsor central de la experiencia. En ellas, está más bien la idea de un paso adelante en una relación que ellas valoran. Sin embargo, frente a este discurso, que podría denominarse tradicional, en el sentido del mandato femenino de vinculación entre afecto y sexualidad, muchas de las entrevistadas, en especial las mujeres de edad intermedia de clase media alta y algunas populares, logran dejar ver que el deseo sexual por la pareja juega un papel importante y que es algo de lo que se puede hablar. Podría pensarse que una de las maneras en que lo moderno ha ido entrando en la experiencia y evaluación cotidiana de las mujeres es a través de la “presentabilidad” del deseo sexual, de tal manera que puede ser expuesto como tal y no es necesario elaborarlo en términos afectivos. Como sabemos esto no es generalizado, pero ya logra esbozarse como un cambio en los sentidos.

*“La tuve a los veintiuno. Pololeé ocho meses, fue pololeo, pero la verdad es que yo creo que... fue un poco más entre curiosidad y como que ya definitivamente sentía que tenía que, yo sentí que ya era como lo natural y lo lógico que tuviéramos relaciones sexuales, porque, yo siempre había tenido encuentros sexuales pero no relaciones propiamente tal, entonces... eh, además que tenía ganas, entonces era una cuestión como que para mí era una consecuencia natural de las ganas que yo tenía no más mhh... Lo encontré medio fome<sup>6</sup> (risas) esa es la verdad, no lo pasé muy bien, o sea, no lo pasé mal, en ningún caso lo pasé mal, no fue, jamás algo fregado, ni terrible ni mucho menos, pero yo creo que yo asumí una posición muy pasiva y evidentemente eso no me hizo pasarlo muy bien” (Alejandra 33 años, nivel socioeconómico medio alto).*

<sup>6</sup> Fome: Aburrido, sin gracia.



*“Nosotros lo habíamos conversado de que alguna vez íbamos a tener relaciones pero este fue de un momento porque nos quedamos solos en una casa que fuimos cuidar y pasó. Fue el momento, no lo, no lo pensamos antes fue en el momento lo decidió todo. Yo tenía ganas, porque como yo a él lo quiero, entonces yo dije bueno este va a ser el hombre de mi vida y que sé yo y me voy a entregar a él. Pero igual tenía un poco de susto”* (Mirta, 27 años nivel socioeconómico bajo).

En lo que se refiere al placer, es llamativo ver que de todos los entrevistados, sólo las mujeres intermedias de clase media lo mencionan en relación a la primera relación sexual, sin embargo críticamente, lo hacen quejándose de no haberlo obtenido.

Para el resto de los entrevistados, hombres y mujeres, el placer y la primera relación sexual, no son temas directamente relacionados. Como hemos visto, los beneficios obtenidos de la primera relación sexual por los varones son de otro tipo y tienen que ver más con su identidad y con un saber, que con experimentar placer. Si existe placer en el primer encuentro, más que placer sexual, es un placer secundario, producto de haber “pasado la prueba” y de “saber de qué se trata”.

Para las otras mujeres entrevistadas, la situación de iniciarse sexualmente está guiada por motivaciones diferentes de la búsqueda de placer, que como hemos visto, se acercan más a la expresión de cariño, la entrega, el temor al abandono, como parte de un contrato nupcial, entre otros. Tanto es así, que entre las mujeres populares, la idea de que la primera relación sexual es un evento doloroso es algo que se repite en los relatos, por lo que no sólo la expectativa de placer está lejos de sus mentes, sino que además deben vencer temores corporales más importantes.

*“No, es que siempre lo había intentado, lo intentaba, pero yo como que me retraía porque me daba miedo, porque siempre decían que duele, que te va a doler, que, yo tenía amigas que contaban, o sea chiquillas siempre hablan poh, entonces yo me retraía poh, no lo hacía, me daba miedo, pero después cuando lo hice, claro me dolió, pero, eh, como que no fue como yo esperaba, como que yo esperaba algo mejor”* (Marina, 32 años, nivel socioeconómico bajo).

En lo que se refiere al temor asociado a la primera relación sexual sólo las mujeres lo explicitan así. Los hombres hablan de esta experiencia como algo esperado, ansiado. Sólo algunos jóvenes de clase media alta dejan traslucir ambivalencias o nerviosismos, pero la gran mayoría describe su ocurrencia con alegría y orgullo.

Las mujeres en cambio, no logran hablar del tema sin dejar traslucir la idea de estar entrando en un terreno prohibido, donde pueden haber aspectos riesgosos y amenazantes. Los temores centrales expresados por las mujeres son, el temor al embarazo, la pérdida de la virginidad, el temor a ser descubiertas por los padres a la reacción de estos y al dolor físico.

La intensidad de estos temores entrega la impresión de que hubiera una expectativa de sanción frente al inicio sexual, que se concretaría en los riesgos. Esto, porque siendo el temor al embarazo la principal razón de postergación, la toma de medidas al respecto por lo general se da ya iniciada la vida sexual. Pareciera que la posibilidad de anticipar la ocurrencia entra en contradicción con los aprendizajes femeninos y la amenaza de la transgresión quedaría expresada en el dolor, el embarazo no deseado, la sanción familiar.

*“No, sabía que: No pero tampoco teníamos una relación muy constante porque yo en realidad tan así que soy y no me quería meter en problemas. Yo sé que una semana antes de la menstruación y una después son días más o menos seguros. O sea, yo me iba al día seguro. Los días que yo sabía estaba lejos de la ovulación, había libertad pero los otros días ni soñarlo, no. Sí, era la cosa más de no embarazarme que nada. Fíjate que al principio, bueno yo igual me demoré hartito, podría haber empezado mucho antes pero he descubierto con los años que las cosas que yo hago tengo que estar yo tranquila. Al principio veo hasta donde veo las cosas, cuando estoy en una situación complicada, digamos, o que a mí me complican”*  
(Antonia 30 años, nivel socioeconómico medio alto).

## **Poder y PRS**

La disposición a tener sexo por primera vez y la capacidad de definir cuándo, cómo y con quién se lo tiene son algunos elementos que marcan la presencia y uso del poder en el inicio sexual.

Un primer elemento que cabe considerar es el interés, las ganas de tener relaciones sexuales por primera vez. En este punto en las mujeres hay experiencias disímiles, que van desde aquellas en las que toman la iniciativa y argumentan que hubo intención y deseo de la relación por parte de ellas, hasta aquellas en las que tienen su primera relación en el contexto de una violación. Entre esos dos extremos se ordenan diferentes vivencias.

Las mujeres jóvenes y mayores de clase media alta muestran consistencias en su primera relación sexual. Para ellas es una decisión que toman voluntariamente una vez que se dan ciertas garantías; principalmente que los hombres con los que se están iniciando son sus maridos o están prontos a

serlo. Evidentemente, entre quienes se casan y tienen su primera relación sexual en ese contexto, no se observan contradicciones ni dificultades, siendo para ellas un paso evidente dentro del matrimonio. Esto no significa que no hubiera, en las mayores, temores respecto de la experiencia, sin embargo, esta es vista como legítima, lo que permite abordarla con mayor tranquilidad.

Entre quienes deciden iniciarse antes del matrimonio, la garantía de que ya hay un compromiso que cubrirá eventuales riesgos, les permite hacerlo con más libertad. Recordemos que estos dos grupos son mujeres para las cuales la virginidad como valor y la idea de que existe riesgo y prohibición en relación al sexo, propios de la mirada tradicional a la mujer y la sexualidad, son centrales en su evaluación del lugar de la sexualidad. Así, pese a que estas mujeres expresan capacidad de negociar y de no ceder ante las presiones, esto se apoya en mandatos culturales que implican un control para la sexualidad de las mujeres. Así, en ellas, pese a haber un deseo, no es lo que comanda la decisión, sino la seguridad. Hay algo más allá que determina un control sobre sus cuerpos, que no depende estrictamente de su voluntad y su deseo.

*“Yo creo que debo haber querido poh, si no me violaron. No, o sea... era, yo estaba segura que era con la persona que me iba a casar, entonces no me importó que haya sido antes de haberme casado. Ahora si yo te dijera hoy día que yo me hubiera acostado con este otro pololo que tuve me hubiera cargado, o que me hubiera acostado con Ignacio y no me hubiera casado con él, o sea en ese sentido no me hubiera gustado. Pero ya sabía que nos íbamos a casar y todo, no me importó que hubiera sido ese día o el día de matrimonio” (Francisca 28 años, clase media alta).*

Las mujeres de edad intermedia de este grupo social son quienes muestran mayor libertad y decisión personal para tener relaciones, ya que son pocas las que se inician con su pareja definitiva y lo que las mueve es la expectativa de placer (que en muchas no se cumple) y el afecto por su compañero.

Las mujeres populares en general dejan ver en su discurso una fuerte ambivalencia respecto de su primer encuentro sexual. Si bien expresan su deseo de tener relaciones y su atracción por el compañero sexual, dicho deseo está permeado por diferentes miedos: al embarazo, al dolor, a los mismos hombres, a los padres. Esto las hace dudar frente a la experiencia. En la gran mayoría, el factor que finalmente determina la decisión es la iniciativa, expectativas y fundamentalmente la presión por parte de sus parejas, cruzando esto todos los niveles de edad.

*“Claro él me dijo, él me dijo que porque no íbamos a un hotel, que aquí que allá, a las finales yo me quedé, pensando, le dije no sé. Yo pensaba que si yo no le daba lo que él quería, él iba a pensar que yo no estaba virgen, pero si le daba lo que él quería iba a quedar tranquilo, a las finales le dije ya, si encontrái de aquí a 5 minutos, claro él ya tenía ubicado donde era po’, así que claro, estaba listo ya. Me costó porque me dolía, pero después según él, cuando veníamos en la micro me dijo que yo todavía estaba virgen, después me salía con que no estaba virgen, yo no lo entendía; después andaba preguntándole a un amigo que cuando uno tenía relaciones por primera vez acaso la mujer sangraba, que aquí que allá, y el cabro le dijo que sí y no sé, como yo sangré poco él creyó que yo no estaba virgen, o sea se guiaba por los demás; eso le dije na’ que ver, que tu tenías que guiarte por lo tuyo, no por la gente de afuera le dije yo.(...)No, no, no, no me daban, no me daban, no me daban ganas como es que le dijera de tener relaciones, cuando estaba pololeando no me tiraba hasta cuando él me dijo, yo no quería dársela al principio, yo no quería, porque me daba miedo. Verdad, me daba miedo con mi mami y con mi papi, o sea con el problema que le podía dar, después ya fue mayor, si ya después quedé embarazada y ahí quedó la escoba” (Marina, 32 años, nivel socioeconómico bajo).*

Los únicos casos de violación en la primera relación sexual corresponden a 2 mujeres populares mayores, quienes manifiestan con claridad la total ausencia de voluntad en el inicio sexual.

*“(A mis hermanas) Las mayores, entonces yo empecé, de empleadita de ellas, empecé ayudarles a criar los niños, que se yo y de ahí mi vida ha sido como una cosa muy esto. Porque no gocé mi vida como debía de haberla gozado. Entonces ahí un cuñado mío abusó de mí, fue mi primer hombre, un cuñado. (P: Y ¿A la fuerza?). A la fuerza. Mi mamita en ese tiempo estaba enferma, estaba pobre, entonces ese tiempo cuando yo lo acusé a ella, ella me dijo de que eran mentiras mías. ¿Sabe qué? Me pegó, al final mi madre me pegó y me dijo de que eran puras calumnias porque me dijo de que mi cuñado nunca le iba a hacer eso. Ya entonces me volvió a mandar otra vez para donde mi hermana. Llegué a donde mi hermana y le puse a mi hermana delante de él y él se negó y mi hermana me dijo a mí también, me dijo una grosería mi hermana y nadie, ninguna de las dos partes me creyeron. Así que entonces ahí yo tuve que hacer lo que él quería hacer conmigo, fue mi primer hombre, fue mi cuñado (llanto). Soporté hasta cuando tuve dos hijos con él, señorita” (Sara, 44 años, nivel socioeconómico bajo).*

Los hombres como ya hemos visto, relatan la experiencia dejando traslucir que en ellos hay un deseo previo por tener la experiencia, una disposición favorable anterior, más que un deseo concentrado en esa experiencia y situación particular. Esto significa que su primera relación sexual estaría enmarcada en un deseo de pasar por eso y que las actitudes que toman frente a ese deseo son las que varían. Por lo tanto, están las ganas.

Para unos, la primera relación es producto de un acto voluntario en el que ellos son quienes toman la iniciativa y producen la situación. Esto es especialmente así para los hombres de clase popular, ya que ellos son más reacios a mencionar posibles temores o ambivalencia frente a la situación, a diferencia de lo que sucede entre los hombres de clase media alta, en especial los jóvenes. Entre los populares, la iniciativa es tan fuerte, que llega al punto de que mienten respecto de su edad o experiencia o que fuerzan a su compañera sexual.

*“Primero me preguntó que edad tenía. Yo le dije que tenía 17 años, dos años más, ¿cachai?<sup>7</sup>. Segundo, me preguntó que hacía yo, en fin, preguntas típicas. Y bueno, estábamos en el dormitorio, ya obviamente se daba por hecho lo que iba a pasar y todavía no pasaba. Estábamos conversando los dos en la cama y empezamos hablar de la vida sexual y ella me preguntaba: “y tú de cuando que no haces el amor”, yo le dije que hacía como cuatro meses (ríe). Ella en ningún momento creía que yo era virgen poh huevón, que no había tenido jamás una experiencia, y actué como que ya tenía, o sea, fíjate que para nada me cohibí, eran tan grandes las ganas que, o sea, en algún momento tomé hasta la iniciativa por decirte algo, cachai, los dos tomamos la iniciativa, o sea, ambos” (Fernando, 33 años nivel socioeconómico bajo).*

*“Ella era un poquito mayor que yo, debe haber tenido unos 16. Era maceteada, era media niña sí, yo todavía la veo, ahora que soy casado, ella me mira pero no se acuerda. Y qué es lo que pasa, que la invité para la casa yo, y con los cabros siempre conversábamos que la mina y que esto, que lo otro, que una relación y ah, y resulta que ella entra para la casa y yo le alargó las manos porque yo sabía ya que la cabra quería tirar conmigo. La meto para adentro así, y yo estaba solo, cierro la puerta y me le tiro la tiro al tiro arriba de la cama pues y me le monto encima (risas). Le bajé los calzoncitos y tuvimos una relación pero, diabla relación. Como, por ejemplo, cuando uno tiene experiencia, sino*

---

<sup>7</sup> Cachai: Entiendes.

*que yo estaba asustado, medio con poca experiencia le bajé los calzoncitos y me le monté arriba y en breve yo terminé pues. Terminé al tiro y bueno, ya después medio asustado, medio sorprendido, yo no sé, no le pregunté nunca qué había pasado con ella, nada, nada, sino que queriendo hacer lo que yo quería nada más ¿me entiendes? Así que después que yo quedé satisfecho la fui a dejar al tiro y después que yo salí de esa, todo cortado, le conté a todos mis amigos y después creo que la molestaban, la molestaban a ella. Y ahí me mandé manso condoro<sup>8</sup> porque ella me acusó con mi hermana y resulta que mi hermana salió con una escoba cuando supo todo eso, porque ya después, como a los dos o tres días, mi hermana me salió persiguiendo con una escoba porque había hecho eso. Así que esa fue una de las primeras experiencias que tuve” (Cano, 36 años, nivel socioeconómico bajo).*

Como se observa, desde el discurso de este entrevistado, no aparece una problematización respecto de su inicio sexual, ni tampoco de la falta de consentimiento de la joven implicada. Si lo que hubo fue una violación, esta queda encubierta por la fuerza legitimada del deseo masculino. La evaluación de la experiencia está tan centrada en la propia persona, en los discursos masculinos, que el entrevistado está hasta dispuesto a creer que la joven ha olvidado ese encuentro sexual.

Otros hombres relatan haberse encontrado con la experiencia casi por sorpresa, pero una vez ahí, le dan la bienvenida.

*“Y un día, en el living de la casa esta mina empieza a agarrarme. Y la verdad es que, estaba súper nervioso, pero igual súper rico. Encontraba extraordinario estar con una mina más vieja; que estuviera pasando lo que estaba pasando, lo encontraba extraordinario, exquisito, maravilloso. Yo estaba muy nervioso por el hecho de no haber tenido experiencia previa, notaba que esta mujer era altamente experimentada. Yo tenía 14 o 15 años y fue un cambio absoluto en mi vida. Concretamente no fue tan buena, en realidad pésima, eyaculé veinticinco minutos antes de lo que correspondía, entiendes, fue un desastre, pero yo estaba feliz” (Mauricio, 32 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Quienes, dan cuenta de una situación de pasividad frente al inicio sexual son quienes relatan haber tenido su primera relación con una prostituta. Por

---

<sup>8</sup> Condoro: Error, equivocación, chascarro.

lo general son llevados por otros hombres de mayor experiencia y sienten la presión de dichos “iniciadores” por hacer algo de lo que no están totalmente convencidos. La evaluación por lo general es negativa, siendo lo más recurrente la sensación de pasividad y falta de control de la situación.

*“Y después, uno a los quince años, uno se cree agrandado y uno de los amigos que teníamos también ahí dijo que tenía un brillo, que tenía varias minas, entonces quería que hiciéramos un brillo con estas minas y juntáramos plata y fuéramos, pero nosotros no sabíamos que clase de minas eran. Total que nos entusiasmamos, el otro cabro estaba más entusiasmado que yo, nos entusiasmamos y fuimos los tres y prácticamente fuimos a, como se dice, a una casa de prostitutas. Y de ahí, uno a los quince años se da cuenta que es grande así, me acuerdo yo porque, y después de hablar, conversar, ver el trato, cuanto salía todo, ahí yo creo que tuve la primera experiencia sexual. La tipa que me tocó a mí me ayudó así que no fue tan difícil, pero yo estaba medio asustado porque ella tenía su edad ya”* (Hermano, 39 años, nivel socioeconómico bajo).

Ligado con lo anterior, encontramos relatos respecto al comportamiento de la pareja en la primera relación sexual.

Entre las mujeres, las experiencias son diversas y oscilan desde compañeros de iniciación que las consultan, conversan con ellas y las consideran, hasta hombres que se permiten abusar de mujeres menores que tienen algún vínculo con ellos.

A este respecto, una primera gran distinción en las entrevistadas mujeres, es la que se puede realizar entre grupos socioeconómicos: el comportamiento de los hombres con los que se inician las mujeres populares es diferente que el de aquellos con los que se inician las mujeres de clase media alta.

Entre las mujeres populares, pese a iniciarse con alguien con quien las liga una relación, expresan haber sido objeto de presiones, amenazas y cuestionamientos para conseguir que ellas se decidieran a tener una relación sexual. Como ya revisamos, muchas mujeres populares expresan fuertes ambivalencias ante el inicio sexual y en sus relatos, la decisión de comenzar a tener sexo es apoyada en el interés manifiesto de sus compañeros sexuales por tener dicha experiencia, más que en un deseo personal por iniciar la vida sexual. Dicha presión puede llegar al punto del abuso sexual.

Las mujeres de clase media alta, independiente del tramo de edad, expresan mayor capacidad de decisión con respecto a su sexualidad. Quienes la postergaban (mujeres mayores y jóvenes) eran capaces de negociar con sus parejas dicha postergación y no ceder ante presiones. De hecho, muchas expresan que sus parejas coincidían con ellas en tal decisión. Las mujeres de

edad intermedia, que como comentamos, tienen un inicio más libre, relatan haber contado con compañeros preocupados y cariñosos, con los que se sentían cercanas, pese a no haber tenido un compromiso a largo plazo.

### **Significados asociados a la primera relación sexual**

A modo de síntesis, tanto para hombres como para mujeres, retrospectivamente, la primera relación sexual es un momento relevante, que redefine sus identidades y que marca una separación entre un antes y un después, pero las formas en que llegan a este momento –como lo observamos en la socialización en sexualidad– y los significados que le son otorgados, son bastante diferentes en ambos sexos. A su vez, dichos significados y valoraciones muestran diferencias dependiendo de tramo de edad y el nivel socioeconómico de los hombres y mujeres entrevistados.

En el caso de las mujeres podríamos postular que la PRS implica una pérdida, algo se entrega. Para los hombres, en cambio, dicha vivencia implica un riesgo, pero también una ganancia.

Para las mujeres, la primera relación sexual es algo a lo que entran no sin resistencias. Más allá de que la homologuen o no con el dejar de ser vírgenes y con perder un bien de intercambio, en la primera relación sexual las mujeres entregan algo, se entregan, lo que implica, de partida, que el acento está puesto en el otro más que en ellas. Esta sensación de pérdida puede ir desde un arrepentimiento por haber tomado la decisión, hasta una entrega gustosa debido al afecto.

*“A nadie, ni a mi mamá ni a mi hermana, a nadie, ni una amiga, nadie lo sabía, si yo que, además que sabían que era virgen, entonces era muy complicado, como a los 18 no me acuerdo bien, pero creo que fue en la playa y que yo buaah! me puse a llorar y fuerte, ya la cuestión estaba consumada, yo no quería que fuera, no quería, estaba súper enamorada, todo el rollo de la cuestión de la virginidad. Y de ahí ponte no tuve nunca relaciones, ponte una vez al mes, cada tres meses, no era una cuestión así. No, no, era una vez al mes y nunca tuve orgasmo”* (Elisa, 28 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Eh, en lo físico, molestia, dolor porque en realidad no estaba, no estaba preparada poh, no tenía ninguna preparación eh, en así como en lo emocional yo lo quería poh, claro lo quería eh yo supongo que quería tener relaciones con él por el hecho de que él quería, le gustaría tener relaciones porque él quería tener relaciones conmigo además que como para*



*satisfacerlo yo creo una cosa así pero emocionalmente claro o sea yo lo quería, él estaba mal en el sentido en una que era me sentía mal en el sentido que podía quedar embarazá de que lo que significaba tener relaciones sin estar casada todas esas cosas, pero no, no me sentí para nada bien, culpable, montón, molesta, no era nada de lo que me habían dicho” (Vania, 36 años, nivel socioeconómico bajo).*

*“Mi primera relación, sentir como algún cambio lo único que yo pensaba de él en esos momentos esa que ya yo había dejado de ser virgen pero cambio así de madurez, no nada. Quedé igual solamente poh, o sea igual, pero con un hoyito como decía yo” (Ema , 22 años, nivel socioeconómico bajo).*

Más que la idea de comenzar un camino sexual, de experimentar placer o de obtener experiencia, lo que prima es la expresión del afecto a través de un gesto. Las únicas que se apartan levemente de este modelo son la mujeres de edad intermedia de clase media alta, pero incluso en ellas, la primera relación sexual aparece como una profundización en la relación de intimidad con una pareja.

Para los hombres, en cambio, es un momento en el que se contrasta lo aprendido con la realidad. Para los entrevistados de ambos estratos marca un cambio de etapa, es un rito de pasaje: por una parte obtienen un saber (de las mujeres, del placer), y por otra se hacen hombres. Sin embargo, los de clase media alta están dispuestos a aceptar mayor nivel de ambivalencia o temor frente a la situación que los populares. Para ellos, la PRS un momento en el que no se podía ocultar la inexperiencia, mientras que para los hombres populares, era una situación en que pese a no saber, tenían que hacer como que sí sabían.

*“Cuando hice el amor, por primera vez no me creyeron que era primera vez. ¿Por qué?, porque ya tenía conocimiento de como tener una mujer, como hacerle el amor, entonces como te digo, la primera vez que lo hice ella no pensó que era mi primera vez. Y me sentí como hombre. O sea ya yo me sentí hombre, del solo hecho de hacer el amor con una mujer y eyacular así como lo hice en ese momento, sentir lo que yo sentí en ese momento, ya para mi fue una experiencia, en ese momento fue la experiencia más grande que tuve en mi vida. Estás pasando esa etapa, ya puedes tener hartas mujeres más, ese es el pensamiento de uno en ese momento. Bueno ahí significó hacerme hombre” (Chucho, 27 años, nivel socioeconómico bajo).*

Si la primera relación sexual es para los hombres un rito en el que refuerzan su hombría, expresada en la potencia sexual, para las mujeres entrevistadas es la confirmación de que pueden ser amadas.

## **GÉNERO Y PODER EN LA VIDA SEXUAL ACTUAL**

Como se ve a lo largo de los capítulos anteriores, la vivencia y significación de la sexualidad propia y la que se vive en pareja, está fuertemente marcada por mandatos culturales genéricos. El juego entre los modelos tradicionales y los modernos respecto a la sexualidad, las identidades de género y el manejo del poder, produce una aproximación fragmentaria a la experiencia cotidiana de la vida sexual personal y de pareja, donde la prevalencia de uno u otro modelo varía dependiendo del género, la edad y el entorno económico del individuo.

Estas prescripciones construyen identidad, inscriben una corporalidad y entregan expectativas y parámetros para evaluar las características de la experiencia sexual, todos aspectos en los que, ya hemos visto, es posible encontrar notorias diferencias entre hombres y mujeres, quienes, al encontrarse en una relación, actualizan dinámicas de poder.

Al hacer hombres y mujeres una evaluación de su vida sexual actual, hicieron visibles los significados y las eventuales prácticas desde sus discursos. Dieron luces no solamente acerca del grado de satisfacción en este ámbito, de los elementos que consideran como parte de esa sexualidad, del lugar que ésta ocupa en el contexto de su vida cotidiana y los parámetros relevantes para su evaluación, sino que además, todo esto permite observar cómo operan los mecanismos del poder en el contexto de la vida sexual y de pareja.

Tres elementos surgieron de manera espontánea en los discursos de los entrevistados, los que resultaron un acceso interesante a las relaciones de poder en la sexualidad. Ellos son: el placer, la frecuencia y la iniciativa.

Por placer, estamos haciendo referencia a una idea de disfrute asociado al cuerpo y la experiencia sexual. Más que una concepción amplia, lo que queríamos evaluar era la capacidad de disfrute directo en relación a la sexualidad y cómo hombres y mujeres se disponían frente a él.

Respecto a la frecuencia, nos referimos a la distribución temporal de los encuentros sexuales en una pareja, tomando como referencia un cierto lapso (una semana, un mes).

Con la iniciativa, quisimos indagar cómo en una pareja se expresaba la actitud "activa" respecto de un encuentro sexual, quién se hacía cargo o cómo se distribuía ese papel en la vida sexual.

## El placer

Los hombres populares jóvenes relatan una vida sexual bastante satisfactoria, en la que el parámetro de evaluación es el placer que ellos y sus parejas obtienen en el sexo. La tendencia es a sentir que la sexualidad es algo compartido y que sus mujeres los acompañan en sus deseos. Conversan y sólo hacen lo que ambos quieren. Un punto relevante es que lo afectivo, el cariño que sienten por sus parejas, está mucho más presente en su discurso que lo que ocurre entre los hombres populares mayores, como veremos más adelante. No se dan conflictos, ni negociaciones ni cosas que los perturben. Cuando hay problemas, es porque toda la relación está en dificultades. Los jóvenes viven la sexualidad cotidianamente, no hay mucha reflexión. No hay dificultades que les hagan tomar distancia y observar.

*“Porque si tú tienes confianza con tu pareja, pueden hacer cualquier cosa, lo que quieras, solamente con tu pareja, lo mismo que puedes hacer con una amante, pero siempre tu señora tiene la confianza y todas esas cosas son conversables, cada cosa tú la conversas con ella, y si estás de acuerdo la haces si no, no. Los hijos no han traído ninguna consecuencia en cuanto a la sexualidad, a hacer el amor con mi señora. Cuando ella esperaba una fecha, ya se dijo no se puede hacer más, no hubo ningún problema, yo espere tranquilamente, claro que por ahí no faltaba, pero, según ella, yo no”* (Chucho 27 años, nivel socioeconómico bajo).

Las mujeres de este grupo de edad confirman la visión de los hombres. Ellas tienen un alto nivel de satisfacción con su vida sexual, que tiene que ver con la posibilidad de experimentar placer en ella y con observar que sus parejas se preocupan de que ellas disfruten.

*“Con el Jota no, porque siempre he sentido placer y él igual, siempre acabamos los dos igual. ¿Y si tú de repente no tienes orgasmo ¿Tú le dices a él? ¿El se da cuenta? No, si se da cuenta. No, lo conversamos, me dice. Si él ha acabado antes y yo no, se preocupa de que yo acabe, que termine y acabe también”* (Palmenia, 28 años, nivel socioeconómico bajo).

Para los jóvenes populares de ambos sexos, el placer es el eje central al momento de evaluar la vida sexual. Al momento de reflexionar en torno a cómo lo pasan, no parece estar influyendo en su sexualidad otros aspectos de la vida de pareja. Estos aparecen en otros momentos de la entrevista, puede incluso tratarse de aspectos conflictivos de la relación, pero que no impactan

directamente en la vida sexual. La importancia del sexo en el comienzo de la vida de pareja parece cubrir todo lo que es menos placentero y aislarlo. Los relatos de este grupo dan cuenta de una vida de pareja en la que lo sexual tiene mucha importancia.

Entre los jóvenes de nivel socioeconómico medio alto, el placer no ocupa el mismo espacio.

Estos hombres jóvenes dan cuenta de una vida en la que el trabajo les ocupa, tanto a ellos como a sus parejas, una gran cantidad de energía. El cansancio y su aceptación como una característica de su cotidiano es algo que llama la atención en varios de estos hombres y que los hace diferenciarse de los jóvenes populares, quienes, pese a realizar tareas de esfuerzo físico, no señalan estar tan cansados.

Por otro lado, la vivencia de la sexualidad asociada al placer está clara. Si bien sienten que algo ha cambiado en la relación en el transcurso del tiempo, cuando señalan disfrutar de su sexualidad expresan esta sensación vinculándola con un placer propio.

*“Si no es óptima es por las limitaciones que te señalaba antes, o sea de repente llegas en la noche cansado, es un problema y la guagua está enferma y no es lo mismo que cuando estábamos recién casados, pero en la relaciones en sí, lo paso bien”* (Juan 32 años, nivel socioeconómico medio alto).

Las mujeres de este grupo muestran mayor ambivalencia en este ámbito. Disfrutan de la sexualidad, pero ésta está interferida por lo cotidiano, como la presencia de los hijos, la rutina, el cansancio, todas situaciones que relativizan el nivel de satisfacción. La etapa de vida en la que están, plena crianza, marca cualitativa y cuantitativamente su vida sexual, que se percibe como no ocupando en el discurso el lugar central que ocupa entre las mujeres populares.

La significación de la sexualidad está cruzada por los beneficios para la relación de pareja en términos de comunicación, intimidad y conocimiento, por sobre el placer concreto obtenido. Pese a todo, ellas evalúan positivamente su vida sexual y coinciden, al contrario de los hombres, en que ésta es mejor, en términos de calidad, que al comienzo de la vida de pareja.

*“Es todo, es todo. Empezar del principio hasta el fin bien, y no llegar al orgasmo no es que fue malo. No fue tan bueno”* (Ana María 27 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Es importante pasarlo bien, pero si alguna vez no resulta, si es algo que no es tan importante, no se lo digo, para qué ¿para preocuparlo? Si no tiene tanta importancia. Los hijos... yo creo que influyen. Sí de todas maneras, o sea ponte de repente yo estoy cansada, sencillamente estoy cansada y pa’ mi no hay otra cosa en la cabeza, o sea yo lo único que quiero es acostarme, pero acostarme a dormir, no quiero nada, o sea nada ah. y yo creo que eso es más negativo esa parte puede ir influyendo la relación; porque si hasta cierto momento había sido importante, cuando empieza yo creo que, esa parte hay que manejarla, yo creo que uno no puede hacerse la loca tampoco...”* (Isabel 30 años, nivel socioeconómico medio alto).

Entre los hombres de edad intermedia los relatos están más matizados y se señalan aspectos positivos como negativos. La mayoría a sufrido algunas crisis de pareja, algunos se han separado y vuelto a emparejar y su visión de la sexualidad ha variado. Entre los entrevistados populares de este rango de edad, hay una evaluación positiva de su vida sexual y sobre todo de la evolución que ésta ha experimentado a través de los años. No hay ya entre estos hombres un discurso tan marcado centrado en el propio placer y sí una apertura a la opinión de la pareja. Aparece, al hablar de su sexualidad, el otro, cuestión que en el caso de los jóvenes no era tan clara.

Reconocen una disminución de su capacidad sexual respecto de cuando eran más jóvenes, pero no es algo que sea problemático para la relación de pareja, ya que han descubierto otras cosas que la enriquecen además del sexo. La vida de pareja se hace más visible en estos entrevistados, y a través de su discurso se transmite una imagen de la pareja que va más allá de lo sexual.

*“Cuando estábamos recién casados yo llegaba a veces de la pega y me montaba al tiro, era una cuestión de dele y dele. En ese entonces mi señora a lo mejor no gozaba porque resulta que uno llegaba y paf. Pero ya después con el tiempo uno va analizando, va viendo, entonces el hombre se tranquiliza y lo va haciendo en forma más ordenada y preocupándose también de su pareja pues. Porque de repente eso no lo complementa bien uno, porque yo no recibí ninguna enseñanza, todo lo fui aprendiendo con el tiempo, conforme a la experiencia. Ella tiene 34, yo tengo 36, y todos estos años han sido así ¿ve? aprendiendo, aprendiendo. A lo mejor en una primera instancia ella no era tan feliz, yo a lo mejor acababa al tiro en esos tiempos, pero ya por ejemplo, ahora me preocupo de que ella se excite, que termine, y le pregunto”* (Cano 36 años, nivel socioeconómico bajo).

Así como en su evaluación incluyen lo que creen les pasa a sus parejas, también se hacen evidentes los problemas y el papel de la mujer en ellos. La crítica principal es a la diferencia de deseo. Son ellos quienes siempre quieren más y las mujeres se muestran reticentes, poco dispuestas. Es el aspecto que todos desearían cambiar si tuvieran la posibilidad, aunque nunca es tan grave como para pensar en un quiebre.

*“En este último tiempo, he estado... No sé, como que se me hubiera acabado un poco la pasión. Le digo muchas cosas cariñosas en el acto mismo, o sea yo trato que quede bien toda la cuestión, pero no le digo te quiero como antes. Hay un distanciamiento de mi parte en ese sentido, es una cuestión re penca, pero no es culpa mía. A mi me gusta hacer de todo y a mi señora no le gusta hacer nada. Siempre ha sido súper recatada para sus actividades, siempre, y yo todo lo contrario. Nos complementamos súper bien, pero ella no tiene la misma energía que tengo yo. Me gustaría que dejara los tabúes que ella tiene, que fuera tan desinhibida como yo no más. Mi vida sexual es uniforme. Lo afectivo compensa”* (Jano 35 años, nivel socioeconómico bajo).

El menor interés sexual de las mujeres puede ser visto desde dos perspectivas. Por una parte como algo negativo, que impide que el hombre de rienda suelta a su sexualidad. Pero los hombres entrevistados no parecen tan molestos con sus parejas. Otra posibilidad entonces es que el desinterés de las mujeres alivia a los hombres; si sus parejas fueran más exigentes ellos deberían enfrentar la disminución de la actividad sexual. En el caso de las mujeres de este grupo, ellas tienen más reparos frente a su vida sexual. Una primera mirada indica que lo pasan bien. Sin embargo, hay menos homogeneidad, algunas están con problemas, y por otra parte hay más elementos disruptivos involucrados; lo sexual ya no es un espacio aislado de los temas de la pareja en general.

La mayoría declara pasarlo bien cuando tiene sexo con su pareja. Sienten que en los años de convivencia su vida sexual ha mejorado, pero también mencionan nuevos aspectos que inciden negativamente en su sexualidad.

Los problemas de salud reproductiva comienzan a aparecer en los relatos como trabas para una vida sexual plena. Los dispositivos intrauterinos mal controlados y que provocan dolor es un tema que no aparece entre las más jóvenes y que entre las mujeres mayores, es muy común.

Comienzan a intervenir también otros “impedimentos”, como malestares físicos, enfermedades o características personales, que hacen difícil tener una vida sexual totalmente satisfactoria. Esto es importante, porque tanto las mujeres, como los hombres consideran estos factores como una justificación razonable para que la mujer se niegue a tener relaciones sexuales y además

es algo que aparece en esta etapa y se incrementa entre las mujeres entrevistadas mayores.

*“Encuentro que en lo sexual es más o menos. Bueno, yo quedo bien, satisfecha, él también, pero hay cosas que nos faltan, por ejemplo muchas cosas que dentro del matrimonio está permitido, pero que yo al menos no dejo. No dejo, ya sea por dolor, sea porque no encuentro que sea bueno, porque no sé, va contra mí hacer ese tipo de cosas. Si pudiera cambiar algo, yo cambiaría el ser tan estrecha de interior, porque así daría más facilidades de hacer más juegos sexuales. Porque el hecho de que yo tengo una sola postura de relación, porque de otra manera es muy doloroso para mí... Entonces eso es lo que yo cambiaría, mi interior”* (Leonor 33 años, nivel socioeconómico bajo).

Las entrevistadas de este grupo etéreo relatan más episodios de falta de deseo y de estar obligadas a estar siempre disponibles. No relatan episodios de presión directa por parte de sus parejas, pero ninguna de las entrevistadas que dice tener sexo sin deseo siente que exista la opción decir que no, sin enfrentar consecuencias.

*“Sí, si siento placer, pero hay muchas veces que he llegado a no sentirlo. Es que de repente me desconcentro hasta pensando en que voy a hacer de almuerzo al otro día. Mis relaciones son buenas pero... pero por mi de repente que pasara harto tiempo que no hiciera el amor. Lo hago porque en el fondo como le digo yo, puchas si no lo hago va a buscar otra mujer, más viva. Como están las mujeres me lo van a quitar. Me preocupa harto, o sea yo siempre pienso harto en él, viendo que él disfrute y hasta hay extremos de que muchas veces yo no he querido, o he estado cansada o no me he sentido bien anímicamente pero, igual lo he hecho para que él esté bien y no salga a buscar nadie por fuera”* (Hilda 32 años, nivel socioeconómico bajo).

Un último aspecto mencionado por las entrevistadas, y que en los hombres es casi siempre invisible es el tema de las condiciones de vida y como éstas influyen en la vida sexual. La precariedad de los espacios y la presencia de los niños son temas problematizados por las mujeres como trabas a su sexualidad; aún cuando ésta sea evaluada positivamente, sienten que podría ser más placentera.

Entre los hombres de clase media de edad intermedia, al igual que entre los entrevistados populares de este grupo de edad, la descripción de la vida sexual hace visible la vida de pareja más general. La evaluación de la

sexualidad se tiñe continuamente con lo cotidiano de la pareja, lo afectivo, cosa que era mucho menos clara en los jóvenes. En este sentido, los relatos de una buena vida sexual se dan en un contexto de una vida de pareja gratificante, donde lo sexual puede incluso estar supeditado al clima general.

*“Nuestras crisis han sido de peleas, por enojos, de molestias, han sido más neuróticas que otra cosa. Las crisis desde el plano de nuestra relación como pareja, de peleas, enojos y molestias han afectado lo sexual, y no al revés, que ésta haya influenciado en la otra. El no estar bien en otras cosas puede significar que de repente no mantengamos relaciones sexuales”* (David 43 años, nivel socioeconómico medio alto).

Esta nueva manera de significar lo sexual, más literalmente vinculado a lo afectivo se va alejando de la imagen de una sexualidad descontextualizada proyectada por los más jóvenes y se acerca a una visión más parecida a la expresada por las mujeres.

Este grupo de entrevistados describe una vida sexual en general satisfactoria, con altibajos y conflictos más o menos resueltos. La pareja es parte de la evaluación, tal como en los jóvenes, pero a diferencia de ellos, que enfatizaban en problemas, como las diferencias de deseo con las mujeres, los hombres del grupo etareo intermedio describen unas mujeres con las que –en la mayoría de los casos– se llevan bien, que los entienden y no los presionan, pero que son un misterio en lo sexual.

La comunicación que dicen tener con sus parejas y que les permite una buena vida sexual, no es al parecer suficiente para afirmar con seguridad que sus parejas están tan satisfechos como ellos.

*“Mi vida sexual con mi pareja... yo la calificaría de buena, pero no sé como lo calificaría ella. Creo que ella la calificaría de buena, pero insuficiente”* (Juan Pablo 38 años, nivel socioeconómico medio alto).

Si bien estos hombres logran abarcar en su discurso sobre sexualidad la vida de pareja, los sentimientos de sus mujeres permanecen en la sombra. Pueden sospechar que no están totalmente satisfechas, pero no es algo que los involucre activamente, algo en lo que ellos pudieran intervenir.

Para las mujeres de este mismo nivel socioeconómico socio económico y edad, su sexualidad es evaluada en general como un proceso que va de menos a más. La mayoría está satisfecha con la vida sexual actual, y sienten que sus parejas piensan igual que ellas. La sexualidad vinculada al placer como un aprendizaje que se da en el contexto de la pareja es muy nítido entre las entrevistadas de este segmento.



Por una parte algunas dicen haberlo pasado mal al comienzo de la relación, por ignorancia de lo que se suponía debía ser el rol de ellas y sus parejas en una relación placentera. Esto puede durar meses o incluso años en los que el problema se vive sin compartirlo. El cambio surge como una necesidad de la mujer, que problematiza en algún momento su vida sexual, le informa al marido, quien, la mayor parte de las veces, se muestra sorprendido, y resuelven el conflicto en el contexto de pareja.

*“Ahora si no lo paso mejor lo hablo. Si por “a”, “b” o “c” no se llega a un orgasmo lo digo y punto. No se poh, hay otros métodos por último. Ahora me siento libre pa’ decirlo, pa’ hablarlo y pa’ todo. Antes yo fingía que lo pasaba bien. Fueron años, hartos años así. En montones de ocasiones pasaba que yo no llegaba no más y nunca lo comenté, fingía que estaba bien, que estaba siendo todo fantástico. Y lo pasaba pésimo”* (Marta 35 años, nivel socioeconómico medio alto).

Las crisis vividas en el ámbito de la son pensadas desde ellas mismas, pero en un contexto de pareja, lo que las diferencia de los hombres de este grupo. Es decir cuando las mujeres están satisfechas, están dando cuenta de una relación de pareja donde lo sexual es satisfactorio para ambos. No tienen dudas al respecto. Nunca dicen “yo lo paso bien, pero no sé si mi marido está satisfecho”. Esto apunta a que las mujeres no se sienten satisfechas si no están seguras de que la relación funciona.

Discursivamente, el placer está siempre cerca de las ganancias emocionales de la vida en pareja y del amor.

*“Tengo relaciones porque lo quiero y me encanta tener relaciones con M. Aparte del placer físico y tener orgasmo y de sentir que eso en sí es placentero, es una cosa de compenetración... lo hago por el placer que me provoca, eso es innegable, yo lo paso bien en la cama, pero tan junto con eso hay una sensación de entrega mutua en que él me entrega algo que yo no tengo y que me hace sentir bien”* (Mariana 34 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Es muy buena, o sea, a mí me deja satisfecha. Yo creo que no podría esperar más de una vida sexual, no de una relación sexual única, sino que de una vida sexual, con todos sus altibajos. Yo creo que la sensación del sexo es finalmente una sensación de unión, de comunión digamos, de estar donde mismo”* (Mariela 31 años, nivel socioeconómico medio alto).

La idea de la sexualidad como un aprendizaje es particularmente nítida entre este grupo de mujeres, las que no sienten que el placer sea algo dado naturalmente, sino que fruto de un proceso de la pareja. El placer entre estas entrevistadas es siempre significado desde la relación de amor. En este sentido es algo que de alguna manera no les pertenece completamente.

Los hombres mayores de nivel medio alto expresan que la vida les ha enseñado la importancia de conversar, de preguntar. También a poner la sexualidad y el placer en un lugar menos dramático que en la época de juventud. La evaluación contempla el placer, pero también incorpora de manera importante la relación de pareja en general.

No se sabe si la falta de centralidad de la sexualidad y el placer en esta etapa es parte del asumir que ya comienza a disminuir su capacidad sexual (necesidad de afirmar su masculinidad en otros aspectos) o de un real proceso de negociación y conocimiento con sus parejas.

*“Sí, ha mejorado bastante. Si tú a los veinticinco años, treinta años, no tienes una erección te mueres de culpa, si a los cincuenta, a los cuarenta y cinco te pasa eso... sabes que el mundo no se viene abajo y a los diez minutos vas a estar funcionando bien de nuevo. Pero igual, si no hay vida sexual no hay relación de pareja. Si empiezan a pasar los días sin relaciones sexuales, empieza a desmejorar la calidez, la comunicación, la cercanía. Y si tú prolongas esta situación terminas absolutamente alejado de tu pareja. Puedes tener una relación cordial, como la puedes con un compañero de oficina” (Alberto 46 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Las mujeres de este grupo también evalúan desde una mirada histórica la vida sexual. Da la impresión de que para muchas, la vida sexual ha sido vivida como un desafío, en términos de que han debido trascender las prohibiciones iniciales externas e internalizadas y la falta de conocimiento, para poder lograr tener algo bueno. La visión es bastante realista: ya saben lo que es y ya saben qué esperar y no fantasean con algo mágico. En muchas está la idea de que todavía hay cosas que mejorar, sobretudo en términos de la capacidad de seducción propia y de los maridos; pero que hay avances respecto de lo que tenían al comienzo. Para algunas, la vida sexual ha significado un trabajo de superarse a sí mismas, ya que había temores y dificultades psicológicas involucradas, pero que la principal razón para hacerlo ha sido el afecto hacia su marido.

*“Yo como que todo lo hacía porque sí, no más. Porque había que hacerlo. No impuesto, pero porque había que hacerlo. Pero no con tanto cariño como que había que sentir algo, algo de piel, como algo rico,*

*como olores ricos, como cosas ricas, no. Era como un deber de verdad. Y después de estos cursos empecé a notar que no era que yo estuviera mal si no me vino ningún complejo de culpa ni nada. Y fue rico aprender a disfrutar del contacto, del cariño. Pero si yo antes no tenía la inquietud porque no sabía que a través de eso podía llegar a otra cosa”* (Mabel 47 años, nivel socioeconómico medio alto).

En el caso de los hombres mayores populares, la sexualidad no es un tema que se toque en profundidad ni con facilidad. Evitan entrar en detalles, e incluso se niegan directamente a responder ciertas preguntas. La evaluación de la vida sexual se hace en términos de un placer propio. No pueden dar cuenta de qué les pasa a sus mujeres en esa esfera y se limitan a suponer que ellas están satisfechas porque no se han quejado y siguen con ellos. La tendencia es a considerar su vida sexual como “normal”, queriendo decir con ello que sigue un curso que va desde un interés –en la juventud– en satisfacerse ellos sin considerar lo que les pasa a sus parejas, a estar “más calmados”, más preocupados de ellas. Los momentos difíciles se relacionan con los hijos y las enfermedades de las mujeres, que, de paso, son las únicas causas tolerables para negarse a tener sexo.

*“Creo que ella debe estar satisfecha, porque jamás me ha dado quejas. Cambia en la frecuencia, cambia en lo maduro que va siendo uno, en la calidad, cambia en las dos personas porque ya después lo hacen y no es como al principio que uno quiere estar arriba no más de la mujer, pero que se satisface por un ratito. Después no porque uno ya empieza a hacerlo más pausadamente, me entiende, pienso que madura más uno”* (Choche 50 años, nivel socioeconómico bajo).

*“Eh, uno puede ya, a mi edad ya puede, mantener la cuestión, el equilibrio sexual. Ese día voy a tener, está bien, pero no la desesperación de que uno anda con la pistola así cargada y no haya a quién pegarle el balazo...”* (Carlos 56 años, nivel socioeconómico bajo).

Las mujeres mayores populares describen una vida sexual casi inexistente, a diferencia de lo que hablan los hombres de esa edad. Esta situación genera en ellas sentimientos encontrados. Por una parte, constatan el fin de su vida sexual sin dramatismo, la caída en la frecuencia es incluso vista como un alivio y el que los hombres dejen de ser “cargantes” una ventaja, no algo para lamentar. Sin embargo, simultáneamente existe molestia frente a la ausencia de relaciones sexuales y el desempeño de su pareja (sexual y/o afectivo), criticándolos desde los mandatos del masculino dominante. Podemos

hipotetizar que el deterioro en sus maridos les da por fin la oportunidad de expresar rencores antiguos y recuperar un espacio de poder en la relación.

*“Mira, más o menos satisfactoria. A estas alturas de mi vida todos los dientes se te fueron abajo, tú de qué hablas, cuántos dientes te faltan, que tienes que ir al dentista para tapártelos, que tienes que ponerte un nuevo diente, yo todavía tengo los míos por suerte, pero eso, eso hablas con tu pareja a estas alturas de la vida. Y lo sexual es más de caricia, son otros los placeres. Él nunca ha sido muy macho, te fijas, no, él es tranquilo, reposado, entonces si es una, es una, si es tres veces a la semana tres veces. Sí, yo tuviera menos edad no estaría satisfecha con él, me tendría que buscar otro”* (Fresia 55 años, nivel socioeconómico bajo).

Un punto que puede entregar luces en la relación que los géneros establecen con el placer sexual es la masturbación. La posibilidad de experimentar placer libremente, la autonomía relativa en la obtención de dicho placer y el valor que se le otorga al placer dentro de la vida personal se visualiza en la significación que hombres y mujeres otorgan a lo autoerótico.

Los relatos de nuestros entrevistados respecto a este tema, muestran importantes diferencias entre hombres y mujeres.

Entre los hombres, la masturbación está presente en el discurso de todos los entrevistados y en las prácticas sexuales de la mayoría. En este sentido no hay distinción de clase o edad. Sin embargo, al profundizar en los significados asociados a ella surgen las diferencias sobre todo por estrato socioeconómico. Hay también diferencias en la valoración que se le da, dependiendo del momento de la vida en se practique.

La adolescencia es el momento vital más asociado a la masturbación por los entrevistados hombres, lo que se expresa en la comodidad y libertad con que hablan de la práctica retrospectivamente. Si observamos las particularidades por clase, los jóvenes de estrato popular practican la masturbación durante la adolescencia sin culpa y disfrutaban del descubrimiento de su cuerpo y del placer. Pareciera existir mucha libertad para expresar y satisfacer sus deseos.

*“Bueno, históricamente surge como te lo explicaba a propósito de esto de la adolescencia, de sentir cosas distintas en tu organismo, que generai un proceso de tocarte, de reconocerte (...) De adulto ya la masturbación viene a ser como un escape súper sano. Claro, porque de repente tu sentís necesidad de hacer el amor, pero como sabes que no estai dispuesto para hacer el amor solucionai el problema por la vía de la masturbación y no hueveai a nadie, y te quedai tranquilo”* (Negro, 33 años, nivel socioeconómico bajo).

En el caso de los jóvenes de estrato medio alto, la masturbación en la adolescencia está muy cargada valóricamente, fuertemente asociada al pecado. Gran parte de los entrevistados se educaron en colegios religiosos y se vieron enfrentados a ejercer su sexualidad en un contexto en el que mucho de lo que hacían estaba prohibido. A pesar de eso, su actividad sexual (en esta etapa de vida, las prácticas autoeróticas) no se altera mayormente y pese a la culpa, la masturbación siempre está presente.

*“Sí, uno tenía que confesarse de eso. Aunque eso igual no te evita el proceso normal de todo adolescente, ni tampoco me producía traumas; lo que había que hacer para comulgar era confesarse de eso. Entonces uno se confesaba una vez a la semana de eso, de haber hecho cosas malas”* (Pablo, 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

Desde lo expresado por los entrevistados, es posible poner en duda la importancia y frecuencia de prácticas como la masturbación colectiva como parte habitual de la vida sexual en la adolescencia de los hombres. Ninguno de los entrevistados mencionó haber formado parte de estas actividades y la percepción es la de que era algo bastante lejano, escuchado como una anécdota.

Si bien durante la adolescencia la masturbación es considerada parte de la vida de los hombres, la valoración que se le da en la vida adulta es diferente, y las opiniones más tajantes. Hay un quiebre importante, particularmente en el discurso de los entrevistados de estrato popular entre lo que se le permite a los jóvenes y lo que es adecuado para los hombres adultos con pareja.

Así, en este estrato, los entrevistados en general definen la masturbación como una práctica que corresponde a un período vital específico (la adolescencia) o a situaciones de contingencia (celibato, soltería) pero no como componente permanente de la vida sexual de una persona.

*“Es algo que no debería ser, o sea que no debería hacerse.. para eso están las mujeres. No sabría explicártelo, pero hallo que es feo masturbarse”* (Koke, 32 años, nivel socioeconómico bajo).

Esta postura se acentúa entre los hombres mayores populares, los que sostienen no sólo que es algo propio de los adolescentes sino que además practicarla en la adultez, cuando ya se tiene pareja, estaría indicando un problema grave en el hombre, una enfermedad, algo aberrante y que se podría justificar solamente cuando la pareja no está disponible.

*“Si se masturba estando casado tendría que entrarse a preocupar, tendría que ser una enfermedad, no más. Porque si uno tiene la pareja,*

*para que va a querer la mano. Déjelas para trabajar” (Carlos, 56 años, nivel socioeconómico bajo).*

*“La masturbación es como una onda de escape para los deseos contenidos. Cuando ya se tiene pareja ahí sí que considero una aberración eso; si tiene su pareja para que se va a masturbar pues” (Locosoto, 69 años, nivel socioeconómico bajo).*

Los hombres de clase media, por su parte, muestran en sus discursos la tendencia a incorporar la masturbación, a medida que se va avanzando en edad, como parte de los juegos sexuales. Dentro de los hombres de este segmento encontramos algunas particularidades dependiendo de la etapa del ciclo de vida en que se encuentran.

Así, entre los más jóvenes la masturbación tiende a ser una práctica fuera de la sexualidad en pareja que permite reemplazar el coito. La valoración hecha no es positiva y sólo se lo ve como una versión menor y poco satisfactoria de lo “verdadero” que es el sexo en pareja.

*“Lo hacía más de niño. Actualmente poco, me molesta un poco, lo hago solo” (Mauricio, 32 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Los hombres de edad intermedia de esta clase se relacionan con la masturbación como con una práctica cada vez más ajena y la tendencia general es a alejarse de la noción de masturbación como práctica autoerótica. Lo que está detrás es que teniendo pareja, la masturbación pierde sentido.

*“Es una necesidad animal, normal, es como un recurso para cuando no se tiene pareja. Yo tengo pareja, así que no lo necesito” (Clark, 42 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Por ello, en este grupo de edad, se empieza a asociar la masturbación personal como un síntoma de que algo no está funcionando bien en ellos o en la relación, más que un acto de búsqueda de placer o conocimiento.

Los hombres mayores, por su parte, describen la masturbación como parte del juego amoroso y en ese contexto es muy valorada. Esto puede estar reflejando una cuestión más compleja, relacionada con el tipo de relaciones de pareja que se establecen dependiendo de la edad y la clase. Entre los entrevistados de clase media mayores, hay preocupación porque su pareja tenga sexo satisfactorio, y en este sentido, la masturbación puede reemplazar la penetración o prolongar la relación sexual de modo que la mujer tenga orgasmo. Esto es confirmado en la evaluación de la vida sexual que realizan

las mujeres de clase media mayores, quienes describen un gran incremento de la satisfacción con su vida sexual en relación al total de las mujeres entrevistadas.

*“Automasturbación no hay, no hay. Es masturbación mutua, es parte de las caricias sexuales. Yo supongo que alguna vez ni ha habido que hacerlo, en alguna relación sexual en que ella haya quedado satisfecha” (Alberto, 46 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Si bien, partir de lo anterior puede afirmarse que la masturbación es una práctica efectiva dentro de la experiencia sexual de los hombres, realizada tanto en solitario –durante la juventud principalmente– como formando parte del repertorio sexual de la pareja, debe destacarse que a medida que los hombres aumentan en edad, la masturbación como práctica autoerótica pierde centralidad dentro de su vida sexual, por lo menos a nivel declarativo.

Los significados asociados a esta práctica hacen pensar que en el imaginario masculino, esta representa, más que una búsqueda de placer autónoma, un espacio “preparatorio” para “lo verdadero” en la sexualidad, que es relacionarse sexualmente con una mujer. Por ello, la masturbación es tolerada durante la adolescencia, o cuando no está la posibilidad de acceder a una compañera sexual, pero apenas esa condición se da, la masturbación autoerótica comienza a ser vista como un exceso.

Tal parece que en los hombres, el paso a la adultez pasa por un tema de control, en este caso, de ajustarse a las formas legítimas en que se puede sentir placer y expresar la propia sexualidad; y un tema de dominio, ya que las formas legítimas implican la sexualidad con una compañera, contexto en el cual el desborde está permitido. Así, la vida sexual de los hombres, que desde la mirada tradicional suele estar marcada por un tinte de irrefrenabilidad y descontrol, tiene pautas claras respecto a lo que se debe o no hacer dentro de ello, la experiencia del placer sin referencia a un otro femenino es algo censurable. Podría aventurarse la identidad masculina en parte se juega en una sexualidad dirigida a un otro femenino. Así, la heterosexualidad como marca de la masculinidad puede verse amenazada por el placer de la masturbación, que se asocia al propio cuerpo.

En lo que toca a las mujeres, la masturbación es un tema ausente. No es posible establecer, como en el caso de los hombres, a partir de los relatos la manera en que esta práctica se inserta y va cambiando en el contexto de la vida sexual y de pareja.

Sólo un par de mujeres mencionó el tema y ninguna era joven ni de estrato popular. Quienes logran hablar sobre la masturbación, la presentan como una práctica secreta, poco compartida y no totalmente gratificante, sino

como algo con lo que tienen una distancia importante. Por los pocos casos en los que se habla al respecto, incluimos todas las citas de mujeres referidas a masturbación. "Poco, fíjate. Mira, ese fue un tema que por mucho tiempo lo tuve, lo tenía ... Por supuesto que si yo me masturbaba cuando chica, mi mamá me decía: "¡por favor!", casi se moría. Tenía que masturbarme a escondidas. Y en estos años en realidad no he tenido necesidad porque he tenido una vida sexual súper activa, además.

*"Yo creo que es un poco fome masturbarse. Siento que no es muy gratificante; o sea, es gratificante en el momento, pero la sensación posterior para mí nunca es muy grata. Yo he conversado con otras mujeres que dicen: "Mira, descubrí en mi cuerpo otra forma de darme placer". Te juro que no me interesa mucho meterme ahí, yo prefiero un placer más compartido; con un hombre me gusta más. No sé, no me he metido mucho en el espacio de explorar mi cuerpo a través mío; masturbarme o tocarme. ¿No sé por qué, ah? Me gusta más compartir ese espacio con una persona que me ame, que yo ame" (Mariela, 31 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Otra de ellas, una mujer con una disfunción sexual importante, con dificultades sexuales serias con su pareja, menciona el tema en este contexto, como al pasar.

*"Sí, siento que no hay una comunicación total. O sea que a mí me gustaría que tuviéramos más relaciones, a lo mejor todas las cosas se las he dicho de forma muy indirecta y muy poco clara. Si a veces yo me he masturbado tampoco le digo, me da... no podría decírselo" (Trinidad, 31 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Otra entrevistada, en el contexto de su historia sexual habla abiertamente de la masturbación, pero como algo que ella nunca ha hecho ni está considerando hacer.

*"Bueno, para mí nunca ha sido lo sexual así como fácil, limpio, que yo me sienta desinhibida. No es que me sienta inhibida, pero para mí el tema de la masturbación siempre ha sido un tema absolutamente tabú... absolutamente tabú. Yo lo he conversado con mujeres, con amigas, en situaciones muy especiales, donde ellas pueden hablar de la masturbación y pueden referirse a eso. Yo siento en mí una inhibición increíble, ¡incluso para masturbarme! ¡Es algo que yo no he practicado" (Ester, 38 años, nivel socioeconómico medio alto).*



Como se observa, en este tema, las mujeres no hablan y cuando lo hacen, lo mencionan como algo que no hacen o que no les atrae. Sin embargo, a través de los relatos de los hombres, sabemos que la masturbación está incorporada al menos como masturbación del otro, en las prácticas sexuales en pareja y que a medida que avanza la edad, adquiere mayor relevancia.

Por lo tanto, en este tema, más que trabajar con los discursos presentes, hay que entrar en las omisiones, en las ausencias.

Entonces ¿cómo explicar estas ausencias? Sería fácil pensar que si no se habla al respecto es porque no se hace, sin embargo, con lo que sabemos por los hombres, es posible pensar a la inversa. Podemos suponer que la vivencia del placer aislado, “puro”, sin referencia al afecto o a un otro concreto sigue siendo para las mujeres algo que atenta contra aspectos importantes de su identidad.

Como vemos, la masturbación para los hombres adultos implica una práctica rechazada y sancionada con mayor o menor intensidad dependiendo de la clase social. Más allá de que lo practiquen o no, el discurso sobre la masturbación en hombres adultos implica un límite entre lo aceptable y adecuado y lo “aberrante” o “abyecto” (Fuller). Esto es válido para las mujeres también. Mientras que para ellos, un hombre adulto debe ser capaz de procurarse y mantener una/s compañera/s sexual/es como contexto para obtención de placer y goce, y controlar otros desbordes –emocionales, homoeróticos– para ellas, una mujer debe descubrir su cuerpo desde la mirada y contacto de otro y experimentar placer como consecuencia de un desborde amoroso. El placer en referencia a otro y en el contexto del afecto es aquello “decible”, presentable ante un tercero que escucha, en este caso, la investigadora.

Así, nos encontramos que tanto para hombres como para las mujeres existe una limitación de los espacios y maneras de sentir placer y desbordarse en el goce. Volvemos a confirmar una vez más que la sexualidad no es este ámbito de lo “irrefrenable absoluto”, sino que está ordenada.

## **Frecuencia**

Si bien la evaluación de la sexualidad puede entenderse finalmente en función de los grados de placer obtenidos, el tema de la frecuencia con que se tienen relaciones sexuales resultó ser un tema muy importante al momento de evaluar, y en el cual se vieron diferencias por sexo y grupo de edad.

Así, los entrevistados jóvenes de nivel socioeconómico medio alto, que están en general satisfechos con su vida sexual, consideran que la frecuencia es el punto problemático al momento de evaluar. Independientemente del placer obtenido en las relaciones sexuales, ven con inquietud la disminución de la cantidad. Consideran que ésta ha sufrido una caída, producto de su

cansancio, por lo tanto es algo de su responsabilidad, y finalmente sienten que no están cumpliendo. No saben si esto satisface o no a la mujer, la satisfacción/insatisfacción del otro es la mayor parte de las veces una suposición, puesto que no siempre hay una comunicación explícita.

La presencia de los hijos también es un factor que introduce cambios en la frecuencia con respecto a lo que sucedía inicialmente. Estos afectan fundamentalmente a la mujer, a quien perciben cansada y exigida y con menos energía para la vida sexual.

*“Básicamente porque yo estoy agotado, ella está agotada. Porque no sé si la libido ha bajado o no, pero en el fondo es un problema de estímulo. Porque cada vez que tenemos relaciones sexuales, es extraordinario. No es menos rica. Es extraordinaria, yo por lo menos lo paso la raja, o sea es un problema de la chispa, de flojo no más. Cuando la cosa va disminuyendo baja la inseguridad. Como yo era el que tomaba normalmente la iniciativa, era obvio que yo estaba bajando mi frecuencia sexual a la mitad. Entonces llegó un momento en que ella se sintió como no querida o no deseada y tuvimos que conversarlo”* (Mauricio 32 años, nivel socioeconómico medio alto).

La idea de que la vida sexual debe ser muy activa, casi diaria, se contrapone así con la realidad que se vive, lo que incide en la evaluación: no se la puede definir como totalmente positiva si no cumple con el requisito de ser muy frecuente.

Las jóvenes de nivel socioeconómico alto, consideran la frecuencia con que tienen relaciones sexuales como normal o excesiva. Ninguna se quejó por encontrarla insuficiente.

Concretamente esto significa que tienen sexo con sus parejas 3 o 4 veces a la semana. Ninguna estaba insatisfecha, y muchas hablan de unos hombres que podrían tener sexo más frecuentemente. De este modo la baja en la frecuencia, que es el conflicto para la mayoría de los hombres, y por lo cual se sienten responsable, no está en los relatos de las mujeres y además ellas tienden a pensar que es más bien un tema doméstico el que altera el ritmo de lo sexual en su vida de pareja y algo que tiene que ver con ellas.

*“O sea por él se acostaría 10 veces al día, bueno, nunca 10 veces pero sí todos los días y yo no tengo cuerpo pa’ todos los días. Al final tiramos como 3 veces a la semana, 4 veces, si igual es harto, es harto, porque él quiere más. En el fondo querría todos los días y yo no puedo cachai?. El ya sabe que si un día sí, al otro día tiene demasiado claro que no, no me lo pide”* (Elisa 28 años, nivel socioeconómico medio alto).

Entre los jóvenes populares entrevistados la frecuencia es un tema menos importante. A diferencia de sus pares de nivel socioeconómico medio, solo unos pocos hablan de una disminución de la vida sexual producto en parte de la rutina y en parte el trabajo. Nunca se menciona a los hijos como elemento disruptor de su vida sexual a pesar de que en general viven de allegados, o en casas muy estrechas, dónde el dormitorio se comparte.

Las pocas veces que hablan de que la frecuencia es menor, dicha disminución es referida a una frecuencia inicial diaria, lo que sigue siendo bastante, comparativamente hablando.

*“No muy seguidas. Esporádicamente. ¿Porqué? No se, es que uno llega cansado de la pega y no tiene ganas de ninguna cuestión. Yo cacho que los dos estamos cansados. Entonces es esporádicamente, tres o cuatro veces a la semana”* (Yayo 25 años, nivel socioeconómico bajo).

Las mujeres jóvenes si bien reconocen una disminución, no lo consideran problemático. Por lo demás no está en duda la capacidad de los hombres; ellas consideran que sus parejas podrían incluso aumentar la frecuencia.

*“Mira con qué frecuencia en la semana... cuando no llega cansado que es una vez a la semana que no pasa porque llega cansado y que se duerme porque llega cansado y que son días que yo aprovecho porque yo entonces veo tele y duermo. Pero los otro cuatro días de la semana, yo tengo que correr. Yo lo noto al tiro, porque desde que llega empieza”* (Vilma 28 años, nivel socioeconómico bajo).

A diferencia de los hombres, ellas sí mencionan a los hijos, la falta de espacio o de intimidad, como factor limitante para tener sexo. Está siempre presente en sus relatos el cuidado que deben tener para que la actividad sexual de la pareja no sea notada por los demás miembros de la familia.

Los hombres del rango de edad intermedia de nivel socioeconómico medio alto no problematizan mucho el tema de la frecuencia. Al parecer la disminución producida en relación a lo que pasaba al comienzo del matrimonio es ya parte de la realidad de la pareja y no genera la culpa que a los entrevistados jóvenes de este nivel socioeconómico socioeconómico. El nacimiento de los hijos es mencionado como un momento clave que marca el límite antes-después, pero finalmente los relatos apuntan al trabajo como elemento que más influye. La frecuencia es de 2 a tres veces a la semana, concentrado en los fines de semana.

La normalidad de esta frecuencia es planteada por los entrevistados y también por las mujeres de este mismo grupo. Ellas describen una vida sexual con frecuencia "normal", muy determinada por factores laborales.

*"Bueno ha ido, por supuesto, disminuyendo la frecuencia, y la creatividad. Eso básicamente, porque en el fondo la preocupación por el otro, por cómo el otro lo está pasando, yo creo que se ha dado siempre. Probablemente más al principio de nuestra relación la cosa era más intensa, como todas las parejas supongo, pero en este minuto, ...ya empiezan otras cosas, otras preocupaciones, en la cabeza que sé yo, el trabajo, no sé, la plata. La frecuencia es variable en realidad, depende. Si nosotros estamos en buena onda podemos tener, no sé, todos los días y si estamos mala, de repente no nos tocamos en un mes no más"* (Silvia 38 años, nivel socioeconómico medio alto).

Los hombres populares de este rango de edad, al igual que los entrevistados de nivel socioeconómico medio alto no mencionan la frecuencia como un aspecto relevante al momento de evaluar su vida sexual, mientras que las mujeres de este grupo relatan una menor frecuencia asociada a la presencia de los hijos, a las condiciones de vida y al cansancio provocado por el trabajo.

*"Nosotros no somos muy adictos a tener relaciones muy seguidas. Yo creo que no es porque no queramos, sino que es por una cuestión además de, exceso de trabajo, de trabajar demasiado, de estar cansados, de que los niños también te quitan mucho tiempo, te agotas mucho, o de repente tener que esperar que el chicoco<sup>9</sup> se duerma, porque bueno, vivimos en unas condiciones donde estamos más o menos juntos, es fregado, por eso más que nada. Pero cuando las tenemos las disfrutamos. Yo creo que diría una vez a la semana, si es que es eso"* (Magdalena 33 años, nivel socioeconómico popular).

Los hombres mayores de nivel socioeconómico alto mencionan la disminución en la frecuencia y manifiestan la molestia que esto les produce. Sin embargo, y a pesar de que lo viven como un problema, o al menos como algo molesto, no hay intentos por comunicar las causas de esta baja en la actividad sexual. Ya no hay hijos chicos, el trabajo no tiene el peso que tenía en el relato de los más jóvenes. Las causas son más vagas, la edad algo que se toca muy al pasar, finalmente el gran ausente es el cuerpo que envejece. Ser hombre viejo, con todo lo que esto implica está en la base de esta ausencia de discurso.

---

<sup>9</sup> Chicoco: niño pequeño.

La disminución en la frecuencia que relatan las mujeres mayores no es algo crítico o complicado para ellas, simplemente una constatación que da cuenta de la etapa de vida en que están, pero que no afecta la calidad del sexo que tienen.

*“A lo mejor yo te diría que menos fíjate, yo creo que menos, por el hecho de que estamos más viejos, mi marido llega muy cansado, y yo también. Pero, encuentro que nos hemos unido mucho más, fíjate”* (Nadia 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

Los hombres populares mayores dan cuenta de una disminución muy drástica de la frecuencia, tanto que proyectan una imagen de un ciclo en una etapa terminal. Al leer los relatos surge como un fantasma la imagen de la declinación de las capacidades físicas. Nunca es mencionado directamente por los entrevistados; hablan de las enfermedades de sus parejas, pero no de las propias, y sobre todo enfatizan las alternativas que surgen en la relación en reemplazo de lo sexual.

*“No como antes sí porque pienso que ahora no solamente es la relación sexual la que mantiene a la pareja, sino que hay muchas cosas, he descubierto otras cosas, como dialogar con la pareja, conversar, compartir de repente una taza de té. Pienso que eso forma a la pareja también, no es solo irse a la cama y ahí hacerse tira, pienso que esa cuestión no es lo fundamental. Lo que sí es una de las cosas que nunca deben morir”* (Choche 50 años, nivel socioeconómico bajo).

## Iniciativa

Tomar la iniciativa, la capacidad para reconocer el propio deseo, expresarlo y buscar tener sexo está más presente entre los hombres, no es algo que tengan que desarrollar, que es lo que sucede con las mujeres.

Si bien en ambos niveles socioeconómicos los hombres toman la iniciativa más que sus parejas, esto no es algo homogéneo y hay diferencias por clase y edad. Los relatos de las mujeres apuntan en este mismo sentido.

Los hombres populares jóvenes relatan una vida sexual en la que tanto ellos como sus parejas son activos.

Describen además unas parejas que pueden negarse a tener sexo sin consecuencias. Al revés, sienten que para ellos es menos sencillo decir que no, y aunque a veces lo hacen, es un tema que está bastante problematizado.

*“Claro, porque no es muy bonito que tú siempre tomes la iniciativa, y a veces la señora no quiere hacer el amor, entonces te sientes de otra manera cuando ella toma la iniciativa. Si no tiene ganas, me dice, lo conversamos. Casi siempre no ocurre nada y ahí estoy mal porque a veces soy yo el que no quiere, pero tengo que apechugar igual no más”* (Chucho 27 años, nivel socioeconómico bajo).

Las mujeres entrevistadas de este nivel socioeconómico y edad, sostienen que son sus parejas las que toman la iniciativa, todas o la mayoría de las veces. De acuerdo a sus relatos, los hombres están siempre dispuestos a tener sexo, lo que explica en parte la falta de asertividad sexual de ellas: el deseo de los hombres no deja espacio al deseo de las mujeres. Si ellas están cansadas o no tienen ganas, no se sienten obligadas a tener sexo, y sus parejas respetan su negativa.

Todos los hombres de este grupo valoran la iniciativa femenina, sienten que es una muestra de interés y de amor, y consideran que es menos frecuente de lo que desearían.

En este sentido, las mujeres describen una rutina sexual, en las que ellas son más pasivas que sus parejas. La posibilidad de asumir un rol más activo no está presente en el discurso, no hay problema en la manera en que ellas ejercen la sexualidad. Tampoco parece ser un tema de la pareja, algo en torno a lo cual se hable. La opinión de la pareja al respecto, solamente fue mencionada en sentido negativo, es decir cuando la actitud más asertiva de la mujer puede generar problemas en la pareja.

*“Todavía como que me da vergüenza ser atrevida. Yo digo, si le salgo con algo bueno, capaz que diga ¿dónde aprendiste eso?”* (Carmen 24 años, nivel socioeconómico bajo).

Entre los jóvenes entrevistados de clase media alta, más que los entrevistados/as de clase popular, la iniciativa recae en los hombres. Ninguno considera que comparte esto con su pareja, situación que lamentan y que les afecta, porque sienten que la responsabilidad de la vida sexual recae en gran medida sobre ellos.

*“Es entretenido, a mí me gustaría que ella la tomara más seguido, porque a mí no me gusta que me rechacen, y tampoco me gusta forzarla, entonces de repente no tomo la iniciativa por eso”* (Patricio 32 años, nivel socioeconómico medio alto).

Mientras que para los entrevistados es consensual la visión de que las mujeres pueden decidir cuando tienen o no sexo y que no es algo que los hombres puedan imponer, las mujeres entrevistadas, si bien no manifiestan sentirse forzadas a tener sexo muchas veces lo hacen, aún sin ganas.

*“No obligada en el sentido de que no quiero, pero tengo que hacerlo, sino que porque digo pobre gallo, en realidad a mi me da pena. Yo a veces tengo sueño, cuando las niñas están enfermas, entonces yo lo único que quiero es dormir, Entonces me dice “te voy a violar igual”, bueno ya pero no te ofendas porque no voy a mover un dedo en hacerte cariño, y me dejo violar. Y yo fascinada, pero fascinada con él pero yo no me pidas que te haga cariño, porque yo no existo, no existo”* (Leonor 28 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Nunca ha pasado que yo tome la iniciativa y él no quiera. Y al revés, me ha pasado, no que no tenga ganas pero de que esté como agotada... Pero al final igual tengo relaciones, pero como “ya, le voy a hacer el favor porque me da no sé qué” Muy pocas veces le he dicho que no. Yo creo que es súper importante...”* (Francisca 28 años nivel socioeconómico medio alto).

Que los hombres puedan decir que no, es aceptado hipotéticamente por los entrevistados de ambos sexos, pero, en la práctica no es algo que ocurra muy a menudo. Debido a la mayor pasividad de las mujeres ellos no tienen mucha oportunidad de hacerlo, pero además, no pueden permitírselo.

*“Si él no quiere yo me enojo. O sea me da como más lata, porque supuestamente el hombre siempre tiene que estar como más dispuesto, es raro que no tenga ganas. Es raro que un gallo no tenga ganas. A pesar de que no es raro, eso es el mito que uno tiene, pegado, quiere decir que ya no te quiere, que no te desea”* (Ana María 27 años, nivel socioeconómico medio alto).

Así, tener sexo solamente cuando hay ganas no es una opción obvia para las mujeres, pero tampoco lo es para estos hombres. Aparentemente todos se sienten presionados a cumplir con unas expectativas que no son explícitas y tampoco vienen necesariamente de la pareja.

A medida que avanzan en la vida de pareja, las mujeres paulatinamente toman más la iniciativa y van mostrando más abiertamente su deseo. Las entrevistadas de edad intermedia de ambos niveles socioeconómicos

son las que más comparten con sus parejas este tema. Hay un cambio, que ellas reconocen entre el comienzo de la vida de pareja y el momento actual. No solamente pueden tomar la iniciativa, y han aprendido a decir que no, sino que también aceptan mejor que los hombres estén sin ganas, aún cuando sigue siendo poco frecuente que esto suceda.

*“Que yo quiera y él no. Muy pocas veces. Y yo diría que las primeras veces súper densa para mí; o sea, una cuestión que me ha bajoneaba absolutamente; me sentía pésimo. Ahora es más ‘¡Bueno, no tiene ganas! A mí también me pasa’. Como que no es más que eso. Pero diría que cuando yo tomo la iniciativa me ha pasado pocas veces que M. no enganche; en general, él engancha, se entusiasma fácil”* (Ester 38 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Yo de primera no, nunca. Dejaba que él tomara la iniciativa, y ahora no porque él siempre me decía a mí: ‘por qué siempre tengo que ser yo, no tú’. Entonces para que ahora no me diga, ahora ya no me dice eso, porque antes aunque yo tuviera deseo yo no le decía nada”* (Ana 32 años, nivel socioeconómico bajo).

La experiencia de los hombres de este grupo presenta grandes diferencias por clase: los de clase media coinciden con la visión de las mujeres pero aunque reconocen el cambio, quisieran que sus parejas fueran aún más activas de lo que han llegado a ser, mientras que los entrevistados populares dan cuenta de una vida sexual en la que ellos siguen siendo, a pesar de las preferencias personales, los activos.

*“De tomar la iniciativa siempre la tomo yo porque ella muy pocas veces, sí habrán sido desde que estamos casados unas cinco, seis veces sería mucho. Siempre le critico eso a ella yo, que de repente ella debería tomar la iniciativa también, porque en este aspecto no solamente del hombre nace, sino que también debería ella insinuar”* (Hermano 39 años nivel socioeconómico popular).

Los testimonios de los entrevistados mayores de nivel socioeconómico bajo muestran unas mujeres entregadas en su mayoría a los deseos de sus parejas, sin iniciativa ni mucha capacidad para decidir cuando quieren o no tener sexo. Es más, no hay una valoración explícita, cosa que sí sucede entre las mujeres más jóvenes, de un rol más activo. Por el contrario, la pasividad es descrita casi como una virtud femenina.



*“Yo tengo cuando él me pide no más. Yo no soy exigente. Yo jamás. Si tengo ganas no digo nada, me quedo callada, porque siempre tengo un poco de recelo, tengo como vergüenza. A veces yo no quiero, pero yo... me porto bien con él, para que él tenga lo que él desea”* (Sara, 44 años, nivel socioeconómico bajo).

En este sentido, manifestar abiertamente el propio deseo es percibido como una exigencia a la pareja, mientras que aceptar, independientemente del deseo propio no constituye una exigencia hacia sí misma, sino una manera de “ser buena” con el marido.

En este grupo de entrevistadas es donde más fuertemente arraigada está la noción de una manera de actuar sexualmente propia de las mujeres; respetar los límites es motivo de orgullo mientras que transgredirlos, siendo activa en mostrar deseo, provoca inseguridad, y daño en la autoimagen.

Los hombres de este grupo, si bien plantean que la iniciativa femenina es una muestra de cariño, siguen considerando la responsabilidad del hombre. Aceptan que sus parejas pueden decir que no, y eso no les genera conflicto. Por el contrario, lo respetan y justifican en la medida que los problemas de las mujeres para tener sexo, comienzas a estar asociados a cuestiones de salud o de cansancio propios de su condición.

*“Yo siempre soy el que toma la iniciativa. Ella nunca. Pienso que la mujer siempre espera eso, que el hombre la tome. La mujer es coqueta, sí. Pienso que la mujer inteligente es así. Si ella tomara la iniciativa pienso que lo aceptaría, pero me gusta como es actualmente. Si ella no tiene ganas, hace como todas las mujeres me imagino, porque siempre la mujer tiene dolor de cabeza, que está cansada, que tuvo un mal día, qué se yo. Entonces, pienso que ahí uno tiene que medirse y parar, no hacer nada porque ya después a la fuerza no es cariño. Pienso que si uno va a la fuerza es como violarla. Cuando ella no tiene ganas yo respeto su decisión, creo que la mujer tiene más problemas que el hombre. Porque la mujer tiene siempre problemas: que está enferma, que está cansada y todo eso, entonces uno tiene que superar esa parte y tratar de convencerla y al final logra lo que busca”* (Choche 50 años, nivel socioeconómico bajo).

Los relatos de estos entrevistados muestran una vida sexual en la que no ha habido muchos cambios. Sus parejas fueron y son pasivas, y ellos siempre han sido los que toman las decisiones en lo sexual, lo que no les provoca ningún cuestionamiento. Se sienten cómodos en este rol, que les parece natural.

Por su parte los hombres de clase media alta, dan más cuenta de cambios a lo largo de su vida sexual, los que involucran a sus parejas, pero también a ellos mismos y que se centran fundamentalmente en la capacidad de aceptar nuevos patrones de comportamiento. La iniciativa de la mujer, valorada por casi todos, puede, a la vez, ser amenazante y aceptarla es parte de un aprendizaje. Estar fallando, sentirse cuestionado, por una parte, y no poder decir que no, por otra, son sentimientos comunes frente a una mujer con iniciativa. Estos entrevistados, mayores, partieron su vida sexual en un contexto en el que los roles estaban claros, y eso fue cambiando para algunos, enfrentándolos a situaciones nuevas.

*“Más ella que yo, yo tengo la iniciativa de incitarle, de empezar con el juego sexual yo siempre, pero ella es la que me invita. Por eso, durante mucho tiempo yo sentía... inseguridad. No sé exactamente por qué, yo empecé a no estar seguro si iba o no iba a poder responder sexualmente y eso me provocó naturalmente más de un chasco y dificultades y angustia. Pero eso también se me pasó con ayuda ella”* (Alberto 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

Otro aspecto en el que los hombres reconocen un cambio es en su reacción ante la negativa de sus parejas. La irritación o el enojo que sentían al comienzo de la relación cuando la mujer no aceptaba tener sexo, se ha suavizado, y actualmente consideran que ambos pueden permitirse esa opción.

Las mujeres de este grupo describen unas parejas que toman la iniciativa más frecuentemente que ellas. También dan cuenta, en sus relatos de los cambios en el curso de la vida en pareja. Así, mujeres que nunca manifestaron su deseo, han podido hacerlo. Entre las entrevistadas que sí toman la iniciativa alguna vez, hay un énfasis en la “sutileza” de sus actos; ser activa no significa ser agresiva o muy directa sexualmente hablando.

*“En general mi marido toma la iniciativa. Yo soy como bien disimulada. Después de 29 años. O sea, la ridiculez misma, pero él se da cuenta. Emito señales, pero no es que me voy a tirar encima”* (Julia 50 años, nivel socioeconómico medio alto).

Sin embargo, para algunas de ellas, este es un tema muy complicado, y aunque sus parejas les insisten para que sean más activas, ellas no quieren hacerlo. Las razones son variadas, pero en definitiva han logrado una sexualidad que les acomoda, al menos más que al comienzo de la relación.

*“Él siempre. Yo para esas cosas sigo siendo como vergonzosa. El siempre. Y eso es lo que él me dice, tú nunca tomas la iniciativa, es verdad,*

*nunca. Nunca, nunca, nunca. Yo a veces pienso, si yo fuera separada, no sé si necesitaría tener relaciones sexuales, por que si pasan tres semanas y no pasa nada, yo soy feliz. O sea no es que yo lo necesite"* (Nadia 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

La posibilidad de decir que no está abierta para ellas, pero a la inversa, que el hombre no quiera tener sexo y lo diga, es complicado. No es algo que les haya pasado, pero ante la perspectiva, la respuesta sería de sorpresa e incluso enojo.

La imagen de un hombre siempre deseante y de una mujer dispuesta pero no activa está aún fuertemente arraigada.

## **DECISIONES REPRODUCTIVAS**

Hablar de decisiones reproductivas implica referirse a aquel espacio de la salud reproductiva que se refiere a la elección informada, libre y segura de cuándo, cómo y con quién tener hijos. El hecho que sean decisiones nos remite al hecho de que hay un sujeto que hace elecciones y que por lo mismo, hay una historia, una identidad y una posición desde la cuál dichas elecciones pueden ser hechas.

Desde la planificación de la PRS y la inclusión o no de anticoncepción en ella, a la decisión de la cantidad y el momento de los hijos, la elección del método, y el responsable del tema en una relación de pareja ya estable, todos son ámbitos en los que, explícita o implícitamente se dan negociaciones y juegos de fuerza entre hombres y mujeres.

Hemos estructurado el siguiente análisis en dos ejes: uno histórico, donde se explora la relación con las decisiones reproductivas desde el inicio de la vida sexual y otro desde los significados asociados a la reproducción y la anticoncepción. El elemento que cruza y cierra todo el análisis es la forma en que las relaciones de poder impactan esta esfera de la vida personal y de pareja.

### **Decisiones reproductivas en la primera relación sexual**

Tanto para hombres como para las mujeres, la primera relación sexual es un momento al que llegan sin una planificación previa, es algo descrito como un evento espontáneo e impredecible, por lo que la posibilidad de anticipar su ocurrencia y tener tiempo para decidir incorporar métodos anticonceptivos y prevenir embarazos no es frecuente.

Observando el total de las entrevistas, es llamativo ver como, de todos los entrevistados varones, sólo uno (joven de clase media alta) utiliza

anticoncepción en su primera relación sexual. Entre los varones populares, ninguno. Entre las mujeres, la situación no es muy diferente. Sólo siete entrevistadas declaran haber utilizado anticonceptivos en su PRS, entre las cuales sólo cuatro optan por pastillas anticonceptivas. Las otras tres mujeres que utilizan anticoncepción, eligen el método del ciclo.

*“Por esta amiga de medicina. Cuando yo le conté que yo, que habían pasado cosas, y que seguramente íbamos a, a acostarnos, entonces ella me dijo, sí, que bueno, que había esta doctora, y yo le dije ya, hazme una cita, una hora, y ella tomó la hora y yo fui. Y después me dio las pastillas, yo ya sabía cuales eran, las que me había dado ella, eh, cuando estaba pololeando tomaba esas mismas pastillas”* (Carla 34 años, nivel socioeconómico medio alto).

De estas siete mujeres, tres planifican la anticoncepción como parte de la vida sexual dentro del matrimonio, puesto que se casan vírgenes.

Una razón que tanto hombres como mujeres comparten respecto de esta actitud es que la primera relación sexual es una situación que para muchos llega por sorpresa y no se planifica. Llegar a ella contemplando anticoncepción implicaría anticipar su posibilidad. Esto tiene un doble juego. Por una parte, las mujeres no anticipan porque experimentan ambivalencias con respecto al inicio de su vida sexual. Para ellas es cruzar un límite cargado de supuestas consecuencias negativas producto del discurso cultural sobre la sexualidad y las mujeres. Para los hombres, en cambio, es algo que se desea, por lo que se podría pensar que en su caso, la posibilidad de anticipar e incorporar preservativos sería más simple, pero, como observaremos más adelante, existe un supuesto tácito (tan tácito que no es explicitado por ninguno de ellos) de que la anticoncepción es un asunto femenino, una responsabilidad de ellas.

Esta encrucijada condiciona una situación de vulnerabilidad para las mujeres, en especial las populares, que en un número importante se embarazan entre uno y dos años después de haberse iniciado sexualmente. Si a esto sumamos las presiones que las mujeres populares reciben de parte de sus compañeros sexuales, se confirma la idea de que el inicio sexual es producto de un momento de ceder, muy difícil de anticipar.

## **Decisiones reproductivas prematrimoniales**

A este respecto, encontramos notables diferencias de clase entre las mujeres. Las mujeres de clase media alta que tienen relaciones prematrimoniales, rápidamente incorporan anticonceptivos a su vida sexual, optando casi todas por el uso de anticonceptivos orales. Las razones de este uso pasan por asumir los

riesgos de su actividad sexual como consecuencia de los comentarios y consejos de otras mujeres con mayor experiencia. Así, la transmisión de información y las conversaciones que influyen las decisiones quedan concentradas en las mujeres, no siendo un espacio que, por lo menos de manera explícita, se refiera a la pareja.

*“Una hermana mía que me pescó cuando supo que yo tenía relaciones y me dijo ¿tú estás enferma de la cabeza o qué? Cuando mi hermana supo que yo tenía, me dijo tú eres tonta o te hacís, mi cuñada, una hermana de él igual, me dijo no puede ser y ahí atiné que no era el minuto de sacar cuentas poh”* (Francisca 28 años, nivel socioeconómico medio alto).

Las mujeres populares, en cambio, se mantienen sin anticoncepción, al igual que antes de iniciar su vida sexual, no habiendo diferencias significativas por edad (salvo en el hecho de que las mayores tienden a casarse vírgenes, por lo que encontramos menos casos), lo que, como veíamos, conduce rápidamente a un embarazo no deseado.

*“Yo antes me cuidaba pero después dije yo, ya no, tenía 22 años ya, así que después no me cuidé poh de no quedar embarazada (¿Y cómo se cuidaba?) No, no nada, él no usaba nada sino que cuando él terminaba yo me bajaba al tiro hacer pipí, pero así estuvimos un tiempo hasta que quedé embarazada, así que ahí ya jodí ya, poh”* (Mariana 31 años, nivel socioeconómico bajo).

Sin embargo, entre las mujeres de clase media alta, son las mayores quienes presentan la mayor cantidad de embarazos no planificados como producto de relaciones prematrimoniales. Al igual que en las mujeres populares, estos embarazos llevaron a precipitar una unión matrimonial, pero a diferencia de éstas, no encontramos madres solteras en el grupo.

Entre los hombres se da algo significativo. A excepción de un joven de clase media alta, el resto de los entrevistados, sin diferencias por edad y clase social, o directamente no utilizan anticoncepción antes del matrimonio o no logran dar cuenta del tema en relación a su vida sexual. Por la ausencia de información y la vaguedad en los relatos masculinos al respecto, se puede inferir el poco interés y la lejanía de ese tipo de decisiones para ellos en esa etapa. Considerando la inestabilidad de la relación, podría esperarse mayor temor frente a la idea de un embarazo no deseado, sin embargo, esto no aparece en su discurso.

A partir de las entrevistas, es posible observar que una mujer soltera sabe en qué condiciones está teniendo vida sexual, si es con o sin anticoncepción, y que lo que las hace o no utilizar anticoncepción tiene que ver con cómo evalúa dicha realidad y los recursos de información y apoyo que tiene. Los hombres, en cambio, pueden entrar en una relación sexual sin claridad respecto a las condiciones en que esta está ocurriendo. Puede pensarse que lo que está en juego es que en esos momentos los hombres asumen que es otro quien se está haciendo cargo de la responsabilidad.

## **Significados asociados a las decisiones reproductivas**

La muestra con que trabajamos estuvo compuesta primordialmente por hombres y mujeres casados y con hijos, por lo que la vida sexual actual y las decisiones reproductivas asociadas estuvieron referidas a un ámbito matrimonial, estable y de supuesta exclusividad sexual. Sólo una mujer y cinco de los hombres se encontraban separados durante las entrevistas.

En este contexto, las decisiones reproductivas adquieren ciertos matices particulares que vale la pena mencionar. Un primer punto es que, a diferencia de lo que sucede en las relaciones prematrimoniales, un embarazo es algo legítimo socialmente, elemento fuertemente destacado en los discursos femeninos, apareciendo asociado a mayor tranquilidad frente a la vida sexual. Esto no significa que los temores desaparezcan, sino que, al menos desde la mirada social, quedar embarazada ya no sería algo sancionable.

Por otra parte, al ser el matrimonio un proyecto de vida en común, sería esperable que la cantidad y el momento para los hijos fuera parte de dicho proyecto y un acuerdo común, ya que ambos miembros de la pareja estarían implicados. Como veremos a continuación, esto no se cumple totalmente.

En lo que se refiere a la planificación consciente y voluntaria de los hijos encontramos notorias diferencias entre los niveles socioeconómicos evaluados. Sólo una de las 24 mujeres populares declara haber planificado sus embarazos, lo que es consistente con lo que observábamos en los puntos antes tratados.

Comparativamente, las mujeres de clase media alta expresan mayor control al respecto, aunque encontramos diferencias sustantivas por edad en dicho grupo. Quienes declaran menor planificación son las mujeres mayores, muchas de las cuales se casan embarazadas o se embarazan al poco tiempo de estar casadas, sin planificarlo. Podría hipotetizarse que dicho patrón se relaciona con la falta de recursos e información en una generación que se socializó antes de la masificación de los anticonceptivos orales y de la "liberación sexual". Sin embargo, las mujeres de edad intermedia, que sí fueron socializadas en dicha etapa, muestran un importante número de embarazos no planificados.

Por lo tanto, dicha dificultad no puede ser explicada sólo en términos de socialización sino que probablemente remita a otro tipo de factores relacionados con la identidad femenina y el rol de la maternidad en ella.

En los entrevistados varones encontramos que, independiente de la clase o edad, la decisión respecto a cuándo ser padres no es algo que esté bajo su control y sólo unos pocos hombres de clase media alta declaran haber decidido y planificado un hijo. El resto de los entrevistados se divide entre la total ausencia de decisión o la ausencia de información al respecto. Vuelve a esbozarse la idea ya planteada de que para los hombres, este es un tema lejano, una responsabilidad ajena.

Otra diferencia es lo temprano que los jóvenes populares desean “cerrar la fábrica”. Todos los hombres populares jóvenes y la gran mayoría de las mujeres no desean otro embarazo, mientras que en el mismo grupo étnico de clase media alta, sólo una de las mujeres y la mitad de los hombres han decidido no tener más hijos. Esto puede explicarse por lo temprano que las mujeres populares tienen su primer hijo (alrededor de los 21 años, comparado con los 24 años de la clase media alta, en un grupo que ya hemos visto, es particularmente conservador).

## **Conocimiento y relación con los métodos anticonceptivos**

Si bien como grupo, las mujeres de clase media alta y las populares conocen y mencionan una cantidad relativamente similar de métodos (naturales y artificiales) de prevención de embarazos, encontramos diferencias entre las experiencias individuales.

Las mujeres de clase media alta tienden a cambiar más de métodos anticonceptivos y a probar más alternativas a lo largo de su vida reproductiva, por lo que muestran un mayor conocimiento y experiencia con las variedades existentes. Uno de los objetivos que guía este cambio de método es el intento por encontrar el formato que combine de la mejor manera inocuidad y efectividad.

Las mujeres populares, en cambio, mencionan en sus relatos un promedio de sólo dos métodos anticonceptivos utilizados en su historia reproductiva. En esta clase, es notoria la prevalencia del uso de DIU y a partir de lo expuesto por ellas, estos métodos aparecen como una elección que es consecuencia de un primer embarazo, ocasión que se asocia al primer uso. Así, éste es un procedimiento frente al cual son más bien pasivas y cuya elección se rige por acciones de intervención estatales. Por dicha razón, la gran mayoría de las entrevistadas populares se encontraba al momento de la entrevista, utilizando algún tipo de anticoncepción “formal”.

*“Yo tengo tratamiento. Me lo puse hace como cinco años, cuando nació mi hijo” (Marcela 31 años, nivel socioeconómico bajo).*

*“Tengo la... Tengo tratamiento, me entendís pero, además de cada vez que tengo relaciones voy corriendo al baño, me lavo y hago pichí y todo me trato de cuidar igual aunque tenga tratamiento y hago todo lo posible por no quedar embarazada. La “T” me la pusieron cuando mi hijo tenía dos años, no me la pudieron poner antes porque a mi no me llegaba la regla donde yo le estaba dando pecho al niño, no me llegaba la regla y el niño tenía casi dos años cuando recién me llegó, entonces no me podían poner la esta, tenían que esperar que yo menstruara para poder ponerme la “T”, así que ahí tuve que cuidarme así no más, o sea yendo al baño corriendo y todo lavándome y todo” (Ema 22 años, nivel socioeconómico bajo).*

Las mujeres de clase media alta también utilizan los DIU como principal método, sin embargo las píldoras anticonceptivas tienen un lugar relevante dentro de su historial anticonceptivo y, comparativamente, su uso es muy superior al que existe en la clase popular. Otro método relevante dentro de este grupo es la esterilización, que se concentra en los tramos de edad intermedio y mayor. En este grupo social, muchas de las entrevistadas mencionaron utilizar como anticoncepción los métodos naturales, especialmente el grupo más joven.

*“De mi primer y segundo hijo tomé pastillas, aunque me sentía pero pésimo, me sentí igual que si estuviera esperando guagua con asco, era pésimo. Y cuando nació el segundo tomé dos meses y me sentía pésimo le dije “sabés que tengo una cuestión mía” y él lo entendió por ese lado, yo no acepto las pastillas, yo me siento realmente mal así que algo hay que hacer. Yo tampoco quiero un método que sea solamente mío porque, es una cuestión también compartida entre los dos, no me dijo “ningún problema”. Y llevamos cuatro años con método natural y en realidad nunca he tenido problemas” (Paula 30 años, nivel socioeconómico medio alto).*

En lo que se refiere a los hombres, encontramos diferencias en su relación con el tema de la anticoncepción tanto entre clases como dependiendo del tramo etéreo. De partida, en la gran mayoría de los casos, nos encontramos que el tema de la anticoncepción, en la práctica, es algo que sus parejas manejan, independiente del nivel de injerencia que ellos puedan llegar a tener.



Sin embargo, los hombres de clase media alta como total, se muestran más informados de las decisiones reproductivas de sus mujeres que los hombres populares, pero muestran diferencias en su nivel de involucramiento con el tema reproductivo dependiendo de la edad.

Así, mientras más jóvenes, más conocimientos del método utilizado y más participación activa tienen en la anticoncepción. Entre los jóvenes de este grupo social se da el mayor uso de condones (de manera exclusiva o en combinación con métodos naturales) comparativamente con el resto de los hombres y es en esta clase social –en todas las edades– donde mayor contacto hay con el uso de anticonceptivos.

*“Bueno, lo comentamos, lo comenté hace un rato, no es un método, o sea es un método más que nada, es una fórmula mía rara entre Billings de sentido común y, y de tiempo, manejamos algunos conceptos de fertilidad y en función de eso ajustamos el calendario para no tener hijos” (José 30 años, nivel socioeconómico medio alto).*

*“¿Qué es lo que hacemos? Mi mujer tiene una... es muy regular en sus ciclos, de manera que nosotros sabemos perfectamente cuando se puede y cuando no se puede y los días que no se puede son muy pocos. Y eventualmente, si en esos días yo quiero hacer el amor tendría que usar un preservativo, digamos, eso es lo que hago” (Juan Pablo 38 años, nivel socioeconómico medio alto).*

A medida que se van haciendo mayores, los hombres de clase media alta se muestran menos al tanto de lo que se está haciendo en términos de anticoncepción al interior de su relación. Pueden saber en qué estado están las cosas, pero se muestran menos participativos y activos al respecto. Varios de ellos tienen mujeres que están entrando en la menopausia, por lo que para ellas la fertilidad es un tema que preocupa con menos intensidad que en etapas previas, pero que aún está presente. En ellos, en cambio, se percibe una forma de aproximarse al tema de la anticoncepción que puede haber sido similar en otros momentos vitales y que podría definirse como un “saber sin comprometerse”.

Aquellos hombres que se encontraban separados al momento de la entrevista y tenían relaciones ocasionales, utilizaban condón sin percibir dificultad en ello.

*“No, por supuesto, uso condón. Lamentablemente me he encontrado con mujeres que no usan y con otras que sí digamos, que tienen mas internalizado el tema, y me he encontrado con una cantidad importan-*

*te de mujeres que no tienen internalizado el tema. Pero lo uso igual”* (Eugenio 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Anticonceptivos. Los usa ella. En la decisión participo, pero poco. La “T” le producía molestias y por eso la eliminó. Yo nunca en mi vida he usado anticonceptivos ni sé cuáles son, ni cómo se llaman, además del condón, que jamás lo he usado con mi mujer. Yo creo que es por costumbre no más, inercia yo creo”* (Pablo 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

En el caso de los hombres populares, se reproduce lo descrito recién para la clase media alta, en términos de las diferencias por edad observadas, pero la distancia con respecto al mundo y las decisiones reproductivas es mucho mayor. Si bien los más jóvenes tienen una opinión y manejan información sobre el tipo de anticoncepción que sus parejas están utilizando, a diferencia de los jóvenes de clase media alta, no participan activamente en dicha área.

En los hombres populares, la participación va bajando a medida que se aumenta de edad. Fuera de eso, entre los mayores, la vida sexual disminuye considerablemente, por lo que el tema adquiere menor relevancia. De esta manera, entre los hombres populares son sus parejas quienes terminan haciéndose responsables de estas decisiones y controlando la presencia o ausencia de métodos, el tipo utilizado y el momento para tener hijos.

*“Mi señora tomó la decisión sola, pero me lo dijo, y yo le dije: que si bueno, te está haciendo sufrir el tratamiento, sácatelo y con píldoras. Está verde que yo me haga la vasectomía, no, no quiero hacerla, me va a tener que convencer si quiere. Una vez probamos, cuando estábamos en las probaciones probamos con preservativos, nunca lo habíamos hecho, le gustó porque no tuvo que ir al baño (risas) tuvo que ir a puro lavarse”* (Koke 32 años, nivel socioeconómico bajo).

Es por ello que, comparativamente, son muchos más los hombres de clase media alta que están usando o han usado sistemáticamente preservativos dentro de su relación de pareja, que los populares. Esta forma de anticoncepción no es practicada actualmente por ninguno de los entrevistados de esta clase y sólo los jóvenes y algunos de edad intermedia han tenido contacto con ella. Entre los hombres mayores populares, encontramos entrevistados que nunca han utilizado anticoncepción masculina.

Esto contrasta con la tendencia general entre los hombres de estar dispuestos a utilizar algún tipo de anticoncepción masculina. Sólo un hombre del

total de entrevistados rehusó encargarse personalmente de la anticoncepción en la relación de pareja. El resto se mostró bien dispuesto, pero condicionando su uso a que sean métodos no invasivos, reversibles y cómodos.

*“No, yo no usaría condón, aunque ella no pueda. No, es que yo tengo una política muy cabrona, muy machista”* (Hilarión 39 años, nivel socioeconómico bajo).

*“O sea, si hubiera una pastilla que yo me la tomo y se solucionan los problemas, me la tomo al tiro. No tengo nada, pero creo que no hay, creo que está la vasectomía y lo encuentro medio draconiano. No, no sé, estoy imaginando como que me están metiendo un cuchillo en un testículo, así una cosa extraña. Me da un poco susto. No, no me haría una vasectomía, ya el nombre me suena medio siniestro”* (Pablo 46 años, nivel socioeconómico medio alto).

El uso de anticonceptivos masculinos en los hombres con parejas estables, se asocia más que nada a una presión que las propias parejas ejercen para su uso que a una decisión que surja de ellos. Esta resistencia a un uso espontáneo, que comienza a ceder en la clase media alta, se vincula al tema de relación entre los géneros y la anticoncepción.

Las asociaciones establecidas con las distintas alternativas de anticoncepción y su incidencia en el uso de un método o en la sustitución de uno por otro, no se vincula con las controversias públicas.

Las restricciones religiosas, no aparecen como un argumento o crítica a este tipo de método. De hecho, es un tema que sólo se rescata entre las mujeres de clase media alta y, aún entre ellas es algo secundario. De haber problemas con este método, tienen más que ver con los efectos secundarios que con impedimentos éticos.

De partida, entre los hombres casados que no tienen relaciones paralelas, varios estiman que el utilizarlos es un acto de equidad con sus mujeres, pero muchos ven su uso como forzado y lo definen como una concesión.

*“Usamos solamente condón, preservativo, ella no usa anticonceptivos. La decisión de ocupar condón es suya. Igual preferiría que no se interponga algo plástico entre nosotros”* (Patricio 32 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Ahora uso condones, mi señora no nada, un año toma anticonceptivos, pero eso produce infarto, al otro año con condón, nunca hemos tenido métodos naturales. La última vez eso sí, no fue tan conversado, me dijo*

*que no iba a tomar más anticonceptivos no más” (Juan 32 años, nivel socioeconómico medio alto).*

Entre quienes se encuentran separados, es el principal método anticonceptivo, ya que les permite prevenir embarazos y ETS de manera conjunta.

*“No, por supuesto, uso condón. Pero sabes que lamentablemente me he encontrado con mujeres que no usan. Claro, me he encontrado, y con otras que sí digamos, que tienen mas internalizado el tema, y me he encontrado con una cantidad importante de mujeres que no tienen internalizado el tema. Cuando eso pasa, me siento mal, claro que lo uso igual” (Eugenio 46 años, nivel socioeconómico medio alto).*

*“¿Yo condón? muy poco. O sea, yo soy ingeniero ¿entiendes? yo sé que Chile ya es de bajo riesgo y si, además, yo escojo bien, es multiplicado por el otro bajo riesgo, entonces, estoy moviéndome en un bajísimo riesgo” (Pablo 46 años, nivel socioeconómico medio alto).*

## **Relaciones de poder y decisiones reproductivas**

Luego de esta revisión hay un primer punto que salta a la vista y que es la íntima ligazón que se da entre las mujeres y la planificación y control de la reproducción.

Si bien las decisiones reproductivas en una pareja estable, son un tema donde se esperaría que los efectos de su manejo impactaran a ambos miembros de ella (a diferencia de lo que podría suceder en encuentros ocasionales, donde es la mujer quien se ve afectada en las consecuencias de manera más directa), nos encontramos que la implicación y responsabilidad son diferenciales en relación al género.

Así, las mujeres casadas, independiente de su edad o clase social, son, desde su discurso y desde el de los hombres, quienes se “hacen cargo” y toman las decisiones reproductivas.

*“No, nunca, nunca preguntó, nunca influyó, nunca supo nada; más bien yo era la que tomaba decisiones de cuando quedar embarazada, de que hay que tener otro hijo, de que ahora no voy a tomar pastillas y todas esas decisiones las he tomado yo, esa es la verdad; no, nunca se ha vinculado a esa parte de la planificación familiar, no, no, ni siquiera hemos hablado cuando yo he decidido, o sea, cuando hemos decidido no tener hijos más bien ha sido por el lado mío que por el lado de él, a*

*lo mejor él quiere tener 20, claro pero yo quiero tener dos no más”* (Alejandra 33 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“Sí, la primera fue gol de media cancha así que, me entiendes o no, o sea fue error de cálculo, cualquier cosa fue increíble ah, nos acostamos una vez y yo le dije, pero yo estoy sin control, estoy sin nada, así urgido. Y me dice no te preocupes, yo no estoy ovulando. No hay ningún riesgo, no pasa nada, listo, ya, chao, chao. Nos quedamos esperando guagua. Así que no hubo ninguna decisión y la segunda fue una decisión absolutamente de ella, que me, ‘porque’ no tenemos otra guagua, ya. Nuestra primera hija tiene un año y medio o un año, entonces bueno, la hermana, seguida para que no sea sola. Fue como funcional, pero al máximo me entendís o no. Como que no había nada que no fuera absolutamente funcional, casi como que la ropa le queda chica y etc. Entonces la primera no, no planificada, la segunda planificada por un problema nada más que utilitario, me entendís fue idea de mi señora, a la cual yo accedí”* (Mauricio 32 años, nivel socioeconómico medio alto).

*“No. Ella no más se cuidó. Lo que pasa es que yo era muy ignorante en ese sentido, entonces nunca supe que el hombre podía hacer algo en ese sentido. A lo mejor si me lo hubiesen planteado lo habría hecho, pero no fue así”* (Choche 50 años, nivel socioeconómico bajo).

Para los hombres en general, este manejo aparece como algo casi evidente y sólo se observan diferencias, asociadas a edad y clase, en relación al nivel de participación parcial que muestran. De esta manera, uno podría establecer tres tipos de relación entre los hombres y la anticoncepción:

- a) Aquellos hombres que llegan a participar activamente de la anticoncepción (utilizando preservativo, por ejemplo) porque sus mujeres lo plantean como una necesidad (donde encontramos entre nombres de clase media alta, jóvenes y de edad intermedia).
- b) Hombres que están al tanto de las decisiones y cambios que ellas implementan, pero que no tienen decisión en ellos (los mayores de clase media alta y jóvenes de clase popular).
- c) Hombres que se desentienden totalmente del tema, al punto de ignorar si sus mujeres están utilizando anticoncepción y qué tipo están utilizando (algunos intermedios y los mayores populares).

Un aspecto importante entre los hombres, que cruza clase y edad, es el de delegar las decisiones reproductivas a sus mujeres. Tanto ellas como ellos mencionan en sus relatos como las mujeres son quienes definen cuándo suspender la anticoncepción y embarazarse y cómo esta decisión es comunicada a los hombres, más que decidida con ellos, situación que es considerada normal y natural por los varones.

Las mujeres, por su parte, pese a considerar la anticoncepción como parte ineludible de su vida cotidiana, muestran ambivalencias al respecto. Todas en sus relatos mencionan dificultades, malos ratos, temores y lesiones concretas derivadas del uso de anticonceptivos. Obviamente, no es un espacio neutro dentro de su cotidianeidad. Sin embargo, de manera paralela, se observa en su discurso que la anticoncepción es uno de los pocos espacios en que son ellas quienes lideran y en los que pueden tomar decisiones individuales y por ambos. Por esto, es posible afirmar que la anticoncepción es una esfera en la que se conjugan de manera sutil para las mujeres, deberes y poderes diversos. Por una parte el nivel de responsabilidad y las incomodidades de los métodos existentes generan molestia e incluso una cierta rebeldía; pero desde otro ángulo, obtienen un espacio de poder donde son ellas quienes tienen el conocimiento y el control, lo que les permite tener una herramienta de negociación.

*“Qué hice yo, ahí ya me puse en tratamiento cuando tuve al Américo me hice tratamiento, de vieja me puse a tratamiento y después de 4 años, me saqué el tratamiento pa’ tener otro hijo. Yo lo conversé con él, le dije ‘mira, sabís que’ dije yo, ‘voy a tener otra guagua’. ‘No’, me dijo, ‘no quiero guagua, no veís como me tenís con éste que no me puedo mover pa’ ningún lado, que me tiene tan amarrado’, ‘bueno’ le dije, ‘lo voy a tener yo’ y fui y me saque el tratamiento. ‘No, yo no te voy ni a tocar, ni a tocar porque yo no quiero tener más hijos’. Usted sabe que dicen no más, pero igual caen, ya poh, igual quedé embarazada” (Tita 50 años, nivel socioeconómico bajo).*



### III. UN LARGO CAMINO POR ANDAR

En el proceso de construir la propia sexualidad, hay experiencias que se suponen comunes a hombres y mujeres, pero que son vividas de manera diferente por unos y otros. Como vimos en los resultados de esta investigación, la relación y definición del propio cuerpo sexual, la primera relación sexual, la vida sexual en pareja y las decisiones reproductivas son ámbitos frente a los que hombres y mujeres se sitúan de maneras muy distintas y, en ocasiones opuestas.

En esta diferente forma de acercamiento y experimentación, un punto central son los mandatos que la identidad genérica dominante impone a los sujetos y al respecto, la socialización sexual y de género adquiere un carácter central. Si bien la sexualidad y el género son categorías diferentes e independientes, la forma en que la sexualidad se construye social e individualmente tiene necesariamente un anclaje en lo que se espera de un hombre o de una mujer.

En nuestra sociedad, los hombres son llevados a confirmar activamente a través de la sexualidad, que son aquello que deben ser para sí y para otros. Un hombre que es hombre, será capaz de tener sexualmente mujeres (ojalá varias) y no hombres, mantener una sexualidad activa y frecuente y experimentar un sexo gratificante en términos de placer individual.

Las mujeres, no tienen un guión sexual tan definido. Su ser mujer pasa por otros canales, y lo sexual es menos central que en los varones. De hecho, pueden tener una vida sexual activa, siempre y cuando se inscriba dentro de una relación de afecto.

Sería incorrecto plantear que el placer no es un criterio de evaluación de la vida sexual. Para ellas es importante sentirlo, está presente en su discurso, pero están dispuestas a relativizar los momentos en que el placer está ausente, privilegiando la ganancia general en la relación de pareja que la sexualidad puede entregar. En este sentido, el placer del otro es condición suficiente para que la relación se sustente. Para las mujeres, el placer pasa por otros aspectos además del placer físico y el orgasmo: la intimidad,



la sensación de cariño, el complacer al compañero son todos elementos que contribuyen a la satisfacción respecto a su vida sexual.

La virginidad hasta el matrimonio es un valor que ha perdido peso, siendo lo más relevante hacerlo con alguien que sea importante afectivamente. Pese a este cambio, más que la búsqueda del placer, los beneficios emocionales de la sexualidad siguen siendo centrales, mientras que aspectos más relacionados con el placer están relegados a un segundo plano. Esto marca a las mujeres identitariamente en el sentido de ser para otros.

Para las mujeres, la calidad de su vida sexual no pasa necesariamente por la frecuencia o el placer obtenido, y sí por el cariño o la profundidad de la relación, cuestión que podría ser interpretada como que, a pesar de que las mujeres no obtienen la satisfacción que esperarían del sexo, no les importa y buscan otras compensaciones.

La frecuencia, importante para los hombres, secundaria para las mujeres, genera en la práctica exigencias y presiones para ambos; para ellos, en el sentido de que deben ajustarse a un determinado estándar, para ellas, en que tratan de complacer a estos hombres exigentes y exigidos, todo en pos de una "armonía" de pareja.

Es en esta "armonía" donde podemos observar con claridad el operar de las relaciones de poder. Las mujeres ceden a la presión (abierta o encubierta) de sus hombres, cosa que para ellos se vuelve invisible, se naturaliza.

Por otra parte, el tema de la iniciativa es un punto en que hay desfase entre discursos y prácticas. Si bien se espera que sea compartido en la pareja y se valora que las mujeres sean activas tomando la iniciativa, en las prácticas descritas, sólo encontramos coherencia con esto en el grupo intermedio de clase media alta. En el resto, se mantiene de alguna manera la dinámica tradicional hombre-activo/mujer-pasiva. Ellas sienten que tienen el derecho a poder tomar la iniciativa, pero sostienen que los hombres dejan poco espacio para ello. La manera en que aparece este tema en las entrevistas es coherente con el mandato tradicional de una masculinidad sexualmente dominante. Ellos pueden decir que desean una pareja más activa, pero esto proviene de un lugar en el que ellos deciden.

Podría pensarse que si efectivamente se enfrentaran con una pareja que los igualara en iniciativa, la reacción sería fuera otra. Eso en el caso masculino, pero las mujeres ¿por qué no toman la iniciativa?. Si evalúan bien sus parejas y su sexualidad, ¿cuál es el freno?. Esto lleva a pensar que en realidad hay una brecha entre ciertos significados que se suponen asumidos por las mujeres pero que no están internalizados, por lo que su ejercicio entraría en contradicción con la identidad femenina normativa; mujer receptiva, madre, esposa.

Las relaciones de poder, en lo sexual y reproductivo corresponde a aquellas premisas naturales y evidentes con las que hombres y mujeres enfrentan una situación vinculada a esa esfera, le otorgan un sentido y generan conductas individuales o relacionales. Pueden extremarse y visibilizarse, como sucede cuando hay presión y fuerza, pero en general opera de manera mucho más encubierta, sólo haciéndose presentes cuando irrumpe la resistencia. Siendo la identidad genérica un filtro básico de la experiencia, y el poder algo inherente a la construcción del sexo social, cualquier relación entre hombres y mujeres está marcada por una relación de fuerzas.

Un ejemplo de esto es la noción que los hombres tienen, del placer sexual de sus mujeres. Ellos asumen que si cumplen bien su papel de hombres, si siguen el guión cultural (estar siempre listo, tener una alta frecuencia, no tener disfunciones evidentes), lo demás se dará por añadidura. Piensan que el placer tampoco es un elemento que sean tan relevante para ellas, terminando finalmente por no preguntarles directamente respecto a su placer. La actitud de ellas en su gran mayoría es complementaria. Al no ser el placer físico el objetivo central de la vida sexual, no comunican a sus esposos su satisfacción o insatisfacción en ese nivel, porque esta se modera si la cercanía aporta al vínculo de la pareja. Esto mantiene. Sin embargo, la penetración del ideario moderno del derecho al placer hace que, en algunos tramos etéreos y segmentos, las mujeres comiencen a pedir a sus maridos mayor intención de darles placer, es así como entre las mujeres populares jóvenes y las de edad intermedia en el estrato medio alto, el derecho al placer sexual es un objetivo legítimo y buscado.

El inicio de la vida sexual, como hemos visto, está marcado por objetivos diferentes para hombres y mujeres. Ellos presionan y buscan la instancia como una forma de legitimarse como hombres, y ellas resisten esa presión si no se acompaña por una garantía de afecto. Sin embargo, ya hay sectores que incluyen la expectativa del placer para dicho momento, siendo nuevamente, las mujeres de edad intermedia de estrato medio alto, quienes se acercan con una mirada más "moderna" a tener su primera relación sexual. En las mujeres populares, la presión y el uso del afecto para la consecución de una relación sexual por parte de los hombres, es decir, el libreto más tradicional, sigue presente, pero una vez iniciada la vida sexual, las más jóvenes buscan el placer como un elemento relevante en esa esfera de la vida.

También en el caso de los hombres, otro ejemplo de los poderes tácitos, es la total entrega que hacen del control de la fecundidad a sus esposas. Confían en que serán ellas quienes asuman la responsabilidad, confiando sus decisiones reproductivas a ellas. Esto, que desde un nivel puede ser visto como una manejo desigual de los efectos e incomodidades de la anticoncepción, a la larga significa el ceder un espacio de poder en el que ellas son totalmente autónomas.

Por todo lo anterior y, en términos generales, existe entre los varones una fuerte penetración del discurso moderno “políticamente correcto” respecto a lo masculino, la relación de pareja y el lugar de las mujeres.

Discursivamente, todos los hombres son “buenos padres”, siendo éste el ámbito donde se les está permitido hablar de afectos, emociones, deseos. El trabajo femenino es aceptado y estimulado, el placer y la libertad en la mujer respecto a la sexualidad son vistos de manera positiva etc. Sin embargo, la mayor parte de quienes viven con sus hijos no pasan más de dos horas diarias con ellos, lo que aún es menor entre quienes se encuentran separados de sus primeras parejas. Aunque una mujer autónoma económicamente les parece algo lógico, ello no debe llegar al extremo de “ser mantenidos” por sus parejas. Algunos juegan con la idea, pero la desechan rápidamente. Toleran la negativa de sus mujeres para tener relaciones sexuales, pero igual insisten un poco, por si logran convencerlas. Son partidarios de la creación de anticonceptivos masculinos, pero en la práctica el tema de la anticoncepción sigue siendo un ámbito de responsabilidad de las mujeres.

Las mujeres, por su parte, evidencian una inclusión del discurso moderno sobre la sexualidad, pero de manera fragmentaria, es decir, aplicado a algunas esferas de la vida sexual y de pareja, pero no a otras.

Así, el derecho al placer de a dos, a sentirse gratificada más allá de lo emocional en el sexo, es algo que está integrándose cada vez más como un hecho evidente. La capacidad de tomar la iniciativa también es algo que se ha instalado como un derecho femenino. Sin embargo, sigue siendo algo común a las mujeres la dificultad y ambivalencia de negarse a tener relaciones sexuales, aunque no se tenga ganas de hacerlo. La posibilidad de beneficios emocionales secundarios y la evitación del conflicto siguen primando por sobre el estado personal.

Obviamente, estas definiciones muestran fracturas y mezclas. En el caso de los hombres, el paso del tiempo los descentra de lo sexual, los hace buscar anclar su identidad en otros aspectos de la vida, a más viejo un hombre, menos se define por su capacidad sexual y más por otros valores menos “naturales” de la masculinidad. El factor clase también determina diferencias. Los hombres populares se ajustan más fielmente al guión sexual hegemónico que los de clase media alta. La sexualidad y la fuerza son los signos de prestigio a los que tienen acceso, para afirmar una identidad masculina y un lugar de poder que, desde otras claves, fallaría.

En las mujeres, la mayor independencia entre sexualidad y compromiso no hace desaparecer la idea de riesgo asociada a la sexualidad y a los hombres. La idea de transgresión sigue estando asociada a la sexualidad prematrimonial, aunque después se la integre y adecue a través del amor.

Así como la identidad genérica incide en la construcción de la sexualidad, también afecta la aproximación a la propia experiencia y la memoria. En los entrevistados fue posible observar una especie de “recordación diferencial” por género, en la que los hombres encontraban facilidad para recuperar su historia laboral y sexual, pero mayor dificultad para remontarse a su infancia o referirse a los vínculos afectivos. En las mujeres, en cambio, gran parte de los relatos giran en torno a relaciones afectivas, con los padres, los amigos, los hermanos, las parejas, los hijos.

En suma, las personas siguen construyendo y viviendo su vida afectiva y sexual enmarcadas en los límites establecidos por lo que tradicionalmente les corresponde en tanto hombres o mujeres, tensionadas por opciones más modernas de relaciones con su propio cuerpo y con otros.



## IV. BIBLIOGRAFÍA

- Amuchástegui, Ana (2001) *Virginidad e Iniciación Sexual en México: Experiencias y Significados*; Edamex y Population Council, México.
- Bertaux; D; (1980) *La Approche Biographique. Sa Validité Méthodologique, ses Potencialités*. En: *Cahiers Internationaux de Sociologie*; N° LXIX.
- Bunster, E. et.al. (1990) "Investigación cuasi-experimental: factores causales del aborto provocado", Seminario de título, Escuela de Trabajo Social, IPS, Santiago de Chile.
- Deleuze, G. (1995) citado en: Foucault, Michel, *Un diálogo sobre el poder*, Alianza Editorial, Madrid.
- Dixon-Mueller, R. (1993) "The sexuality connection in reproductive health". En: *Studies in Family Planning*, Vol. 24, No. 5.
- Edgar, D. y Glezer, H. (1994) "La familia y la intimidad: Las "carreras" familiares y la reconstrucción de la vida privada". En: *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N° 139 (139-162), UNESCO.
- Fuller, Norma (1993) "Dilemas de la Femeineidad. Mujeres de Clase Media en Perú". P. Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Fuller, Norma (1997) *Identidades Masculinas*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Fuller, Norma (2001) "Identidad Masculina en el Perú Urbano". En: Viveros, M, Olavarría, J. y Fuller Norma, *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, CES, Universidad Nacional, Colombia.
- Fuller, Norma (2001) *Masculinidades. Cambios y Permanencias*, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Foucault, Michael (1978) *Historia de la Sexualidad*, Vol. 1, Siglo XXI Editores, España.
- Foucault, Michael (1988) "La cuestión del sujeto ¿Porqué investigo el poder?". En: *Derecho y Sociedad, Revista de Ciencias Sociales*, N° 1, Mayo-Junio de 1988, Santiago, Chile.
- Foucault, Michael (1992) *Microfísica del Poder*; Las Ediciones de la Piqueta; Tercera Edición.
- Geertz, C. (1973) *The interpretation of cultures*, Basic Books Inc. Publishers, New Cork.
- Giddens, A. (1991) *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love & Eroticism in Modern Societies*, Polity Press, Cambridge.
- Giddens, A. (1983) *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.
- Goldani, A. M. (1994) "As Famílias Brasileiras: Mudanças e perspectivas". En: *Cadernos de pesquisa* N° 91 (7-22), Fundação Carlos Chagas, Sao Paulo.
- Heilborn, M. L. (1992) "Vida a Dois: conjugalidade igualitária e identidade sexual". En: *Anais do VIII Encontro Nacional de Estudos Populacionais*, Vol. 2. Sao Paulo: Associacao Brasileira de Estudos Populacionais.

- Heilborn, M. L. (1999) "Construcao de Sí, Genero e Sexualidade". En: ML Heilborn; *Sexualidades*; Jorge Zahar Editor, RJ.
- Kimmel, M. (1998) "El Desarrollo (de género) del Subdesarrollo (de género)". En: *Masculinidades y Equidad de Género*, Valdés, Teresa y Olavarría, José; FLACSO Chile.
- Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la Deriva?: Poder, Trabajo y Sexo*; Serie Libros FLACSO.
- Olavarría, José (2001) *Y todos querían ser (buenos) padres: varones de Santiago de Chile en conflicto*; Serie Libros FLACSO.
- Parker, R. (1994) "Sexual cultures, HIV transmission, and AIDS prevention". En: *AIDS*, N° 8 (suppl 1). Brasil.
- Quartin de Moraes, M. L. (1994) "Infância e Cidadania". En: *Cadernos de Pesquisa* N° 91 (23-30), Fundación Carlos Chagas, Sao Paulo.
- Rich, Adrienne (1999) La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana. En: Navarro, M. y Stimpson, C. (Compiladoras) *Sexualidad, Género y Roles Sexuales*. Fondo de Cultura Económica.
- Rodó, Andrea y Paulina Saball (1987) "Representación social del cuerpo y sexualidad en mujeres pobladoras". En: *Proposiciones*, vol. 13, N° 7 (109-164), Santiago de Chile.
- Salem, T. (1985) "Familia em camadas médias: uma revisao da literatura recente". En: *Antropología* N° 54, Museu Nacional, Rio de Janeiro.
- Salem, T. (1989) "O casal igualitário: princípios e impasses". En: *RBCS* N° 9 (24-37).
- Sen, G; Germain, A. y Chen, L. (eds) (1994) *Population Policies Reconsidered: Health, Empowerment, and Rights*, Harvard University Press: IWHC/HSPH, Boston.
- SERNAM, Departamento de Planificación y estudios, "La Violencia Sexual en Chile", Sernam, *Documento de Trabajo* N° 21 s/f.
- Valdés, Teresa (1988) *Venid Benditas de mi Padre: las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*, FLACSO, Santiago.
- Valdés, Teresa; Benavente, M. Cristina; Gysling, Jacqueline (1999) *El Poder en la Pareja, la Sexualidad y la Reproducción*, Serie Libros FLACSO.
- Valenzuela, S. y otros (1989) *Encuesta sobre salud reproductiva en adultos jóvenes. Gran Santiago 1988*. Universidad de Chile, Departamento de Salud Pública, Santiago.
- Viveros, Mara; Fuller, Norma; Olavarría, José (2001) *Hombres e Identidades de Género: Investigaciones desde América Latina*; Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros, M.; Garay, G. (eds.) (1999) *Cuerpo, Diferencias y Desigualdades*; Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

# ANEXO 1

## ANTECEDENTES METODOLÓGICOS

### TIPO DE ESTUDIO

El estudio del que presentamos los resultados, se basa en el trabajo sobre un material que es producto de una serie de investigaciones previas, desarrolladas y publicadas por el Área de Género de FLACSO<sup>1</sup>.

Dichas investigaciones con sus propios énfasis y resultados, dejaron paralelamente un amplísimo material en forma de entrevistas en profundidad, cuya orientación temática y riqueza, las hacen muy valiosas como fuentes secundarias.

Eso hace que el presente trabajo sea un estudio de fuente secundaria, en el que no hay producción directa de datos, pero sí un análisis de los datos existentes a través del diseño de un sistema de categorías para el análisis de discurso. Ellas permitieron recorrer vertical y transversalmente las entrevistas y rescatar sus particularidades y los aspectos en los que había recurrencia.

Por esta razón, los datos utilizados mantienen las modalidades de producción descritas en las revisiones metodológicas de las investigaciones antes expuestas:

- Abordaje cualitativo a través de la técnica de entrevistas en profundidad.
- Búsqueda de reconstruir la historia de vida de los sujetos participantes y de generar un discurso donde afloren las contradicciones, confusiones y también la coherencia en la recuperación de la propia historia.
- Manejo de la información a través del análisis de discurso.

---

<sup>1</sup> Gysling, Jacqueline y Benavente, M. Cristina (1996) *Trabajo, sexualidad y poder. Mujeres de Santiago*. Nueva serie FLACSO, FLACSO, Santiago. Olavarría, José; Benavente, M. Cristina y Mellado, Patricio (1998) *Masculinidades populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*, FLACSO, Santiago. Olavarría, José (2001) *Y todos iban a ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile*. FLACSO, Santiago. Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexualidad*. FLACSO, Santiago. Valdés, Teresa; Benavente, M. Cristina y Gysling, Jacqueline (1999) *El poder en la pareja, la sexualidad y la reproducción. Mujeres de Santiago*. FLACSO, Santiago.



La pauta de entrevista utilizada en los distintos estudios, poseía una estructura temática común que permitió la posterior comparación. Esto hace que la línea de trabajo desarrollada con mujeres, permita establecer un diálogo con los trabajos realizados por José Olavarría y su equipo en el tema de las masculinidades. Si bien cada estudio integraba nuevas variables y temas a la pauta, para efectos de este estudio, nos centramos en aquellos aspectos del discurso producido en la entrevista que se relacionaban más directamente con la sexualidad, la identidad y el poder.

El universo de entrevistas con que se trabajó consistió en 93 entrevistas distribuidas de la siguiente manera:

	MUJERES			HOMBRES		
	Popular	Medio alto		Popular	Medio Alto	
Joven	8	11	19	5	5	10
Intermedia	8	18	26	5	5	10
Mayor	8	8	16	6	6	12
<b>TOTAL</b>	<b>24</b>	<b>37</b>	<b>61</b>	<b>16</b>	<b>16</b>	<b>32</b>

Como se observa, las entrevistas analizadas corresponden a una muestra de hombres y mujeres seleccionados de manera intencionada, es decir, esperando que contaran con los siguientes requisitos:

- Tener hijos, pareja estable actual o haber estado emparejado por un tiempo con hijos de la convivencia.
- Pertenencia a uno de dos estratos socioeconómicos (nivel socioeconómico medio-alto y nivel bajo o popular). Esto se definió en su momento en base a un criterio operacional, en el que se consideró elementos económicos y de lugar de residencia. En consecuencia, se consideró como mujeres de clase media alta a aquéllas con residencia en el sector oriente de Santiago (lo que se denomina como “el barrio alto”), y con ingresos familiares mensuales superiores a \$1.000.000 (US\$ 1.500, aproximadamente); la estrato bajo integraría a mujeres residentes en el sector poniente y sur- oriente, con ingresos inferiores a \$200.000 (US\$300).
- Tener entre 25 y 55 años (se dividió este gran segmento en tres tramos etéreos. Joven: 25 a 30 años; intermedio: 31 a 40 años; mayores: de los 41 años en adelante).

El hecho de instalar a los sujetos en una serie de categorías, buscando relacionarlas y contrastarlas, hace de este estudio un *estudio comparativo*. Siendo su núcleo el tema de las relaciones de poder en la pareja y la sexualidad,

nuestro interés era observar si aquello que se había aprendido en las investigaciones que trabajaban exclusivamente con hombres o con mujeres, podía modificarse o enriquecerse al tener las voces de ambos géneros frente a un tema.

## ANÁLISIS SECUNDARIO DE LAS ENTREVISTAS

Teniendo ese enorme cúmulo de material cualitativo, uno de los principales problemas era encontrar el mecanismo metodológico que permitiera un análisis que fuera abarcativo, pero que conservara la frescura y profundidad del abordaje cualitativo, cuando este trabaja con pocos casos.

Por ello, decidimos realizar un acercamiento en pasos al material que cobró la siguiente forma:

- Se releyó cada una de las 93 entrevistas, haciendo una síntesis histórica y temática de la historia de vida, lo que nos permitía mantener nuestra mirada ligada a un sujeto con una historia y un proyecto, y minimizar el riesgo de fragmentación y distancia que puede darse en un acercamiento estrictamente categorial.
- De acuerdo a los preguntas de investigación y a los objetivos planteados se definieron categorías significantes que permitían abordar y descomponer las entrevistas una a una. Estas categorías fueron operacionalizadas de tal manera de servir como códigos de análisis computacional para el texto de cada entrevista. Es relevante mencionar que algunos de los códigos coincidían con aquellos utilizados en las investigaciones antecedentes, pero hubo que definir códigos nuevos sintetizar o descomponer otros existentes.
- Se recodificaron las entrevistas en base a los códigos construidos, utilizando para tal efecto, el programa computacional Ethnograph v 5.0. Así, se construyó una base de datos que permitía el análisis transversal y vertical de las entrevistas.
- Se realizaron síntesis por categoría respecto a los contenidos incluidos.
- Se realizaron comparaciones por sexo, edad y nivel socioeconómico en las diferentes categorías y la consecuente interpretación de los resultados.

## ANEXO 2

# CUADROS DE ANTECEDENTES DE LOS/AS ENTREVISTADOS/AS

Cuadro 1: General	Edad, nivel educacional y ocupación.
Cuadro 2: Vida sexual	Primera relación sexual, uniones.
Cuadro 3: Anticoncepción	Uso de anticonceptivos en la prs, prematrimonial y actual.
Cuadro 4: Decisiones reproductivas	Edad a 1ª unión, primer parto, nº de hijos, planificación, planes de hijos.

CUADRO 1: GENERAL MUJERES (estrato socioeconómico medio-alto)

Nombre	Edad	Nivel educacional	Ocupación
M-Mj 1 Catalina	30	E. universitarios (Párvulos)	Dueña de casa
M-Mj 2 Francisca	28	Estudios técnicos (Párvulos)	Dueña de casa
M-Mj 3 Ana María	27	Estudios técnicos (locutora)	Dueña de casa
M-Mj 4 Fernanda	26	Estudios universitarios (Párvulos)	Dueña de casa
M-Mj 5 Antonia	30	Estudios universitarios (Ingeniera)	Trabaja jornada completa
M-Mj 6 Elisa	28	Estudios técnicos (Publicista)	Trabaja jornada completa
M-Mj 7 Isabel	30	E. universitarios (Ed. Física)	Trabaja jornada completa
M-Mj 8 Consuelo	27	E. universitarios (Ing. Comercial)	Trabaja jornada completa
M-Mj 9 Paula	30	E. técnicos (Párvulos)	Dueña de casa
M-Mj 10 Josefina	29	Estudios técnicos (Párvulos)	Trabaja jornada parcial
M-Mj 11 Leonor	28	Sin estudios superiores	Dueña de casa
M-Mi 1 Verónica	36	E. universitarios (Párvulos)	Dueña de casa
M-Mi 2 Ruth	39	Enseñanza Media	Dueña de casa
M-Mi 3 Marta	35	Enseñanza Media	Dueña de casa
M-Mi 4 Mercedes	34	Enseñanza Media	Dueña de casa
M-Mi 5 Alicia	38	E. universitarios (Obstetricia)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 6 Carla	34	E. universitarios (Pedagogía)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 7 Silvia	37	E. universitarios (Medicina)	Trabaja jornada completa
M-Mi 8 Tatiana	40	E. universitarios (S. Social)	Trabaja jornada completa
M-Mi 9 Lorena	32	E. universitarios (Bioquímica)	Trabaja jornada completa
M-Mi 10 Paloma	35	E. universitarios (Historia)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 11 Pamela	32	E. universitarios (Pedagogía)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 12 Mariana	34	E. universitarios (Psicología)	Trabaja jornada completa
M-Mi 13 Patricia	38	E. universitarios (Ingeniería)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 14 Alejandra	33	E. universitarios (Filosofía, canto)	Trabaja jornada completa
M-Mi 15 Trinidad	31	E. universitarios (Pedagogía)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 16 Beatriz	33	E. universitarios (Kinesiología)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 17 Mariela	31	E. universitarios (Música)	Trabaja jornada parcial
M-Mi 18 Ester	38	E. universitarios (Socióloga)	Trabaja jornada completa
M-Mm1 Ursula	49	Enseñanza media	Dueña de casa
M-Mm2 Mabel	47	Enseñanza media	Dueña de casa
M-Mm3 Julia	50	Est. Univ. Incomp. (Economía)	Dueña de casa
M-Mm4 Luz	52	Est. Univ. Incomp (Comput.)	Dueña de casa
M-Mm5 Esperanza	41	Estudios universitarios (Vet.)	Trabaja ¾ jornada
M-Mm6 Luisa	48	E. univ. (Pedagogía y magister)	Trabaja jornada completa
M-Mm7 Marisol	42	E. universitarios (Obstetricia)	Trabaja horas
M-Mm8 Nadia	46	Estudios universitarios (Bibliot.)	Trabaja jornada completa

**CUADRO 1: GENERAL MUJERES** (estrato socioeconómico medio-bajo)

<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Nivel educacional</b>	<b>Ocupación</b>
M-Pj 1 Palmenia	28	1º Medio	Dueña de casa
M-Pj 2 Doris	30	1º Medio	dueña de casa
M-Pj 3 Nuria	28	8º Básico	Dueña de casa
M-Pj 4 Mirta	27	8º Básico	Dueña de casa
M-Pj 5 Vilma	28	Enseñanza Media	Trabaja P. (volantines)
M-Pj 6 Beatriz	29	Enseñanza media	Trabaja 3/4. (empleada)
M-Pj 7 Ema	22	2º medio	Trabaja 3/4. (empleada)
M-Pj 8 Carmen	24	2º Medio	Trabaja P. (empleada)
M-Pi 1 Mariana	31	Enseñanza media	Dueña de casa
M-Pi 2 Ana	32	6º Básico	Dueña de casa
M-Pi 3 Hilda	32	Enseñanza media	Dueña de casa
M-Pi 4 Marcela	31	Enseñanza Media	Dueña de casa
M-Pi 5 Marina	32	1º Medio	Trabaja C. (textil)
M-Pi 6 Leonor	33	3º Medio	Trabaja C. (Portera)
M-Pi 7 Vania	36	2º medio	Trabaja C. (Feria)
M-Pi 8 Magdalena	33	Enseñanza media	Trabaja C. (Func. colegio)
M-Pm 1 Sara	44	Analfabeta	Dueña de casa
M-Pm 2 Patricia	50	1º Medio	Dueña de casa
M-Pm 3 Margarita	49	5º Básico	Trabaja P. (empleada)
M-Pm 4 Manuela	48	6º Básico	Dueña de casa
M-Pm 5 Josefina	41	6º Básico	Trabaja C. (empleada)
M-Pm 6 Hortensia	52	8º Básico	Trabaja P. (empleada)
M-Pm 7 Fresia	56	3º medio	Trabaja C. (vendedora)
M-Pm 8 Tita	50	4º Básico	Trabaja C. (negocio)

CUADRO 1: GENERAL HOMBRES

Nombre	Edad	Nivel educacional	Ocupación
H-Mj1 José	30	Universitario. Abogado	Asesor sindical
H-Mj2 Juan	32	Universitario. Periodista, Cs. Políticas	Analista político
H-Mj3 Mauricio	32	Universitario. Ingeniero	Gerente
H-Mj4 Patricio	32	Universitario. Ingeniero	Gerente
H-Mj5 Jonás	33	Universitario. Ingeniero	Socio empresa
H-Mi1 Juan Pablo	38	Universitario. Abogado	Estudio privado
H-Mi2 Wally	40	Universitario. Psicólogo	Gerente
H-Mi3 Franco	41	Universitario. Estudia derecho	Oficial de Ejército
H-Mi4 Clark	42	Universitario	Profesor universitario
H-Mi5 David	43	Universitario. Ingeniero Comercial	Consultor
H-Mm1 Eugenio	46	Universitario. Incompleto	Encargado de personal
H-Mm2 Alberto	46	Universitario. Economista	Gerente
H-Mm3 Pablo	46	Universitario. Ingeniero	Gerente
H-Mm4 Neftalí	54	Universitaria. Arte	Artista café concert
H-Mm5 Fernán	66	Universitario. Pedagogía	Profesor universitario
H-Mm6 Lisandro	68	Universitario. Abogado, Pedagogo	Profesor universitario, Jubilado
H-Pj1 Yayo	25	Media completa	Obrero textil
H-Pj2 Chucho	27	3ª Medio	Guardia de seguridad
H-Pj3 Koke	32	Media completa	Empleado gráfico
H-Pj4 Fernando	33	Media completa. 1 año administración	Taxista
H-Pj5 Negro	33	Cursa periodismo	Albañil
H-Pi1 Jano	35	Media completa. 1 año administración	Comerciante
H-Pi2 Cano	36	1º Medio	Aseador. Mantención
H-Pi3 Hermano	39	6º Básico	Operario
H-Pi4 Hilarión	39	Media completa. 1º Derecho	Actuario
H-Pi5 Pelao	44	Primaria completa	Auxiliar
H-Pm1 Charly	48	4ª Preparatoria	Carpintero, cesante
H-Pm2 Choche	50	Media completa	Auxiliar
H-Pm3 Felo	52	Media completa	Guardia de seguridad
H-Pm4 Cochecho	56	6ª Preparatoria	Auxiliar
H-Pm5 Carlos	56	1º Humanidades	Dependiente, comerciante
H-Pm6 Loco Soto	69	Media completa	Auxiliar

CUADRO 2: VIDA SEXUAL MUJERES (estrato socioeconómico medio alto)

Nombre	Edad prs	Pareja prs	Relación con primera pareja sexual	Tipo de unión	Nº unión	Edad a la 1ª convivencia
Mj-1 Catalina	22	Marido	Noviazgo	ML	1ª	23
Mj-2 Francisca	20	Marido	Noviazgo	ML	1ª	20
Mj-3 Ana María	24	Marido	Noviazgo	ML	1ª	24
Mj-4 Fernanda	20	Marido	Matrimonio	ML	1ª	20
Mj-5 Antonia	20	Marido	Pololeo	ML	1ª	24
Mj-6 Elisa	17	Otro	Pololeo	ML	1ª	25
Mj-7 Isabel	19	Marido	Pololeo	ML	1ª	26
Mj-8 Consuelo	20	Otro	Pololeo	ML	1ª	21
M-Mj9 Paula	23	Marido	Matrimonio	ML	1ª	23
M-Mj10 Josefina	21	Marido	Matrimonio	ML	1ª	21
M-Mj11 Leonor	22	Marido	Noviazgo	ML	1ª	22
Mi-1 Verónica	18	Otro	Pololeo	ML	1ª	28
Mi-2 Ruth	18	Marido	Pololeo	ML	1ª	21
Mi-3 Marta	19	Marido	Pololeo	ML	1ª	20
Mi-4 Mercedes	19	Otro	Pololeo	C/ML	1ª	23
Mi-5 Alicia	19	Marido	Pololeo	ML	1ª	21
Mi-6 Carla	15	Otro	Pololeo	ML	1ª	26
Mi-7 Silvia	*	Otro	Pololeo	C/ML	1ª	23
Mi-8 Tatiana	24	Marido	Pololeo	ML	1ª	25
M-Mi9 Lorena		Otro	Pololeo	ML	1ª	23
M-Mi10 Paloma	19	Otro	Pololeo	C/ML	1ª	25
M-Mi11 Pamela	21	Otro	Pololeo	C/ML	1ª	26
M-Mi12 Mariana	18	Otro	Pololeo	C/ML	1ª	23
M-Mi13 Patricia	24	Otro	Pareja ocasional	ML	1ª	28
M-Mi14 Alejandra	21	Otro	Pololo	ML	1ª	25
M-Mi15 Trinidad	25	Marido	Matrimonio	ML	1ª	25
M-Mi16 Beatriz	23	Marido	Matrimonio	ML	1ª	23
M-Mi17 Mariela	15	Otro	Pololeo	C	2ª (1ª ML)	21
M-Mi18 Ester	19	Otro	Pololeo	ML	1ª	23
Mm-1 Ursula	22	Marido	Noviazgo	ML	1ª	22
Mm-2 Mabel	18	Marido	Matrimonio	ML	1ª	18
Mm-3 Julia	21	Marido	Matrimonio	ML	1ª	21
Mm-4 Luz	16	Otro	Pololeo	ML	1ª	28
Mm-5 Esperanza	18	Marido	Pololeo	ML	1ª	21
Mm-6 Luisa	22	Marido	Matrimonio	ML	1ª	22
Mm-7 Marisol	19	Marido	Pololeo	ML	1ª	22
Mm-8 Nadia	21	Marido	Matrimonio	ML	1ª	21

CUADRO 2: VIDA SEXUAL MUJERES (estrato socioeconómico medio-alto)

Nombre	Edad prs	Pareja prs	Relación con primera pareja sexual	Tipo de unión	Nº unión	Edad a la 1ª convivencia
Pj-1 Palmenia	19	1er Marido	Matrimonio	C	2ª (1ª ML)	19
Pj-2 Doris	24	1er Marido	Pololeo	C	2ª (1ª ML)	24
Pj-3 Nuria	20	Marido	Pololeo	ML	1ª	20
Pj-4 Mirta	23	Marido	Pololeo	C	1ª	23
Pj-5 Vilma	18	Marido	Pololeo	ML	1ª	21
Pj-6 Beatriz	21	Marido	Pololeo	ML (sin C)	1ª	24 <sup>1</sup>
Pj-7 Ema	17	Marido	Pololeo	C	1ª	17
Pj-8 Carmen	16	Marido	Pololeo	C	1ª	17
Pi-1 Mariana	21	Marido	Pololeo	ML	1ª	23
Pi-2 Ana	19	Marido	Pololeo	ML	1ª	24
Pi-3 Hilda	19	Marido	Pololeo	ML	1ª	19
Pi-4 Marcela	19	Otro	Pololeo	C	1ª	22
Pi-5 Marina	18-19	Otro	Pololeo	ML	1ª	29
Pi-6 Leonor	17	Marido	Pololeo	C/ML	1ª	17
Pi-7 Vania	14	Otro	Pololeo	C/ML	1ª	21
Pi-8 Magdalena	22	Marido	Matrimonio	ML	1ª	22
Pm-1 Sara	14	Otro (violación)	Cuñado	C	2ª (1ª ML)	17
Pm-2 Patricia	17	Marido	Pololeo	ML	1ª	18
Pm-3 Margarita	24	Marido	Matrimonio	ML	1ª	24
Pm-4 Manuela	29	Marido	Noviazgo	ML	1ª	29
Pm-5 Josefina	20	Marido	Matrimonio	ML	1ª	23
Pm-6 Hortensia	15-16	1er marido	Pololeo	C	2ª (1ª ML)	25
Pm-7 Fresia	18	Otro	Pololeo	ML	1ª	28*
Pm-8 Tita	12	Otro (abuso)	Primo	C	2ª (1ª ML)	17

<sup>1</sup> Se casa a los 21, pero no convive con su esposo hasta 3 años después.



CUADRO 2: VIDA SEXUAL HOMBRES

Nombre	Edad prs	Pareja prs	Relación con primera pareja sexual	Tipo de unión	Nº unión	Edad a la 1ª convivencia
H-Mj1 José	S/i	Otra	Pololeo	ML	1ª	S/i
H-Mj2 Juan	20	Pareja	Pololeo	ML	1ª	27
H-Mj3 Mauricio	14	Otra	Ocasional	ML	1ª	S/i
H-Mj4 Patricio	17	otra	Pololeo	ML	1º	26
H-Mj5 Jonás	14	Otra	Empleada	ML	Separado	22
H-Mi1 Juan Pablo	18	Otra	Pololeo	ML	1º	25
H-Mi2 Wally	26	1º esposa	Noviazgo	ML	2º	27
H-Mi3 Franco	17	Otra	Prostituta	ML	Separado	30
H-Mi4 Clark	18	Otra	Pololeo	ML	1º	26
H-Mi5 David	15	Otra	Ocasional	ML	1º	25
H-Mm1 Eugenio	18	1º esposa	Pololeo	ML	Separado	24
H-Mm2 Alberto	18	Otra	Prostituta	ML	2º	25
H-Mm3 Pablo	16	Otra	Prostituta	ML	1º	26
H-Mm4 Neftalí	16	Otra	Ocasional	ML/C	Separado	23
H-Mm5 Fernán	15	Otra	Pololeo	ML/ML	2º	33
H-Mm6 Lisandro	20	S/i	S/i	ML	1º	24
H-Pj1 Yayo	18	Otra	Ocasional	C	1º	23
H-Pj2 Chucho	18	Otra	Pololeo	C/ML	2º	20
H-Pj3 Koke	17	Otra	Amistad	ML	1º	23
H-Pj4 Fernando	15	Otra	Amantes	¿?/ML	2º	S/i
H-Pj5 Negro	16	Otra	Pololeo	ML	1º	25
H-Pi1 Jano	17	Otra	Prostituta	C	1º	21
H-Pi2 Cano	16	Otra	Ocasional (abuso)	ML	1º	23
H-Pi3 Hermano	22	Otra	S/i	C/ML	2º	20
H-Pi4 Hilarión	14	Otra	Polola	ML/C	2º	24
H-Pi5 Pelao	18	Otra	Pololeo	ML	1º	22
H-Pm1 Charly	17	Otra	Ocasional	ML	1º	21
H-Pm2 Choche	15	Otra	Prostituta	ML	1º	22
H-Pm3 Felo	15	Tra	Empleada	ML	1º <sup>1</sup>	20
H-Pm4 Cochecho	25	Pareja	Matrimonio	ML	1º	29
H-Pm5 Carlos	16	Otra	Ocasional	ML	1º	24
H-Pm6 Loco Soto	16	Otra	Prostituta	ML	1º	33

<sup>2</sup> Ha tenido 2 uniones.<sup>1</sup> Mantiene una relación paralela desde hace 30 años.

**CUADRO 3: ANTICONCEPCIÓN MUJERES** (estrato socioeconómico medio-alto)

Nombre	PRS	Prematrim.	Planifica hijos	Anticoncep. actual	Plan de hijos
Mj-1 Catalina	No	No	No	Esterilizada	No
Mj-2 Francisca	No	Pastillas	No (método natural)	Sin	Sí
Mj-3 Ana María	No	No	Sí	DIU/ Condón	Sí
Mj-4 Fernanda	No	Virgen	No (método natural)	Ciclo	Sí
Mj-5 Antonia	No	Ciclo	Sí	DIU	Sí
Mj-6 Elisa	No	Pastillas	Sí	Pastillas	Sí
Mj-7 Isabel	Pastillas	Pastillas	Sí	Pastillas	Sí
Mj-8 Consuelo	No	No	No (método natural)	Ciclo/condón	Sí
M-Mj9 Paula	No	Virgen	Sí	Ciclo	Sí
M-Mj10 Josefina	No	Virgen	Sí	Pastillas	Sí
M-Mj11 Leonor	No	No	Sí	Diu	Sí
Mi-1 Verónica	No	Pastillas	Sí	Pastillas	No
Mi-2 Ruth	No	Pastillas	No	SD	No
Mi-3 Marta	No	No	No	Esterilizada	No
Mi-4 Mercedes	No	No	No	Pastillas	No
Mi-5 Alicia	Ciclo	Varios	Sí	Esterilizada	No
Mi-6 Carla	Pastillas	Pastillas	Sí	DIU	Sí
Mi-7 Silvia	No	DIU	No	DIU/Condón	No
Mi-8 Tatiana	No	Pastillas	No	DIU	No
M-Mi9 Lorena	No	No	No	Pastillas	No
M-Mi10 Paloma	No	No	No	Ciclo	Sí
M-Mi11 Pamela	Sí	Sí	No	Ciclo/condón	Sí
M-Mi12 Mariana	No	Sí	No	Sin (plan emb)	Sí
M-Mi13 Patricia	No	No se sabe	Sí	Sin	No
M-Mi14 Alejandra	No	Sí	Sí	Diu	No
M-Mi15 Trinidad	No	Virgen	No	Sin	No sabe
M-Mi16 Beatriz	No	Virgen	Sí	Ciclo	No
M-Mi17 Mariela	no	Sí	Sí	Diu	Sí
M-Mi18 Ester	No	Sí	No corresponde	Sin, infertilidad	No
Mm-1 Ursula	No	No	No	Menopausica (DIU)	No
Mm-2 Mabel	No	Virgen	Sí	DIU	No
Mm-3 Julia	No	Virgen	No	Esterilizada (varios)	No
Mm-4 Luz	No	Condón, pastillas	No	Pastillas	No
Mm-5 Esperanza	No	Pastillas	Sí	DIU	No
Mm-6 Luisa	Pastillas	Virgen	No	DIU	No
Mm-7 Marisol	No	No	No	DIU	No
Mm-8 Nadia	Pastillas	Virgen	Sí	Menopausica (DIU)	No

**CUADRO 3: ANTICONCEPCIÓN MUJERES** (estrato socioeconómico medio-bajo)

Nombre	PRS	Prematrim.	Planifica hijos	Anticoncep. actual	Plan de hijos
Pj-1 Palmenia	No	Virgen	No	DIU	Sí
Pj-2 Doris	No	Inyecciones	No	DIU	No
Pj-3 Nuria	No	No	No	DIU	No
Pj-4 Mirta	No	No	No	DIU	Sí
Pj-5 Vilma	No	No	No	DIU	No
Pj-6 Beatriz	No	No	No	DIU	No
Pj-7 Ema	No	No	Sí	DIU (+ baño)	No
Pj-8 Carmen	No	No	No	Pastillas	No
Pi-1 Mariana	No	No	No	Pastillas	Sí
Pi-2 Ana	No	No	No	DIU	No
Pi-3 Hilda	No	No	No	Ciclo	No
Pi-4 Marcela	No	No	No	DIU	Sí
Pi-5 Marina	No	No	No	DIU	Sí
Pi-6 Leonor	Ciclo	Ciclo	No	DIU	No
Pi-7 Vania	No	Ciclo	No	DIU	Sí
Pi-8 Magdalena	Ciclo	Virgen	No	Condón	No
Pm-1 Sara	No	No	No	¿Operada? (no)	No
Pm-2 Patricia	No	No	No	Esterilizada (varios)	No
Pm-3 Margarita	No	Virgen	No	Esterilizada (no)	No
Pm-4 Manuela	No	No	No	"Preservativos"	No
Pm-5 Josefina	No	Virgen	No	Menopáusica (DIU)	No
Pm-6 Hortensia	No	No	No	DIU	No
Pm-7 Fresia	No	No	No	Menopáusica (no)	No
Pm-8 Tita	No	No	No	Menopáusica (DIU)	No

CUADRO 3: ANTICONCEPCIÓN HOMBRES

Nombre	PRS	Prematrim.	Planifica hijos	Anticoncep. Actual	Plan de hijos
H-Mj1 José	Condón	S/i	No	Método natural	No
H-Mj2 Juan	No	S/i	Sí	Condón	Sí
H-Mj3 Mauricio	No	S/i	No	Diafragma	No
H-Mj4 Patricio	No	S/i	Sí	Condón	No
H-Mj5 Jonás	No	Sí	No	Condón	Sí
H-Mi1 Juan Pablo	No	No	2 de 3	Billings y condones	No
H-Mi2 Wally	No	No	1 de 3	Sin	No
H-Mi3 Franco	No	No	S/i	Sin pareja	No
H-Mi4 Clark	No	No	No	Método natural	S/i
H-Mi5 David	No	No	No	No sabe	S/i
H-Mm1 Eugenio	No	No	Adopción	Condón	No
H-Mm2 Alberto	No	S/i	Adopción	No	No
H-Mm3 Pablo	No	S/i	S/i	S/i	No
H-Mm4 Nefalí	No	S/i	No	S/i	No
H-Mm5 Fernán	No	S/i	S/i	S/i	No
H-Mm6 Lisandro	No	No	Sí	No	No
H-Pj1 Yayo	No	No	No	DIU	Sí
H-Pj2 Chucho	No	S/i	No	DIU	No por ahora
H-Pj3 Koke	No	No	No	Pastillas	No por ahora
H-Pj4 Fernando	No	S/i	No <sup>4</sup>	Operada	Sí
H-Pj5 Negro	No	S/i	No	DIU	No
H-Pi1 Jano	No	No	Adopción	No	No
H-Pi2 Cano	No	No	S/i	S/i	S/i
H-Pi3 Hermano	No	No	No	Diu	No
H-Pi4 Hilarión	No	No	No	Diu	No
H-Pi5 Pelao	No	No	No	Operada	No
H-Pm1 Charly	No	No	2 de 3	Diu	No
H-Pm2 Choche	No	No	No	S/i	No
H-Pm3 Felo	No	No	No	S/i	No
H-Pm4 Cochecho	No	Se casa virgen	No	Infertilidad mujer	No
H-Pm5 Carlos	No	No	No	No	No
H-Pm6 Loco Soto	No	No	No	No (usó Diu)	No

<sup>4</sup> Tiene hijos con la primera pareja solamente. Su pareja actual no puede tener hijos.

**CUADRO 4: DECISIONES REPRODUCTIVAS MUJERES** (estrato socioeconómico medio-alto)

Nombre	Tº unión/1er emb.	Edad 1er parto	Nº de hijos	Planifica todos sus hijos	Desea más hijos	Anticoncep. actual
M-Mj 1 Catalina	1 año	25	4	No	No	Esterilizada
M-Mj 2 Francisca	7 meses	22	3	No (m. natural)	Sí	Sin. Desea embarazarse
M-Mj 3 Ana María	6 meses	25	2	Sí	Sí	Postparto
M-Mj 4 Fernanda	inmediatamente	20	4	No (m. natural)	Sí	Ciclo
M-Mj 5 Antonia	1 año	26	2	Sí	Sí	DIU
M-Mj 6 Elisa	8 meses	26	1	Sí	Sí	Pastillas
M-Mj 7 Isabel	2 años	29	1	Sí	Sí	Embarazada
M-Mj 8 Consuelo	inmediatamente	23	3	No (m. natural)	Sí	Ciclo
M-Mj 9 Paula	1 año	24	3	Sí	Sí	Ciclo
M-Mj 10 Josefina	3 años	25	2	Sí	Sí	Pastillas
M-Mj 11 Leonor	Inmediatamente	23	2	Sí	Sí	DIU
M-Mi 1 Verónica	2 años	30	2	Sí	No	Pastillas
M-Mi 2 Ruth	3 años	24	3	No	No	Ciclo
M-Mi 3 Marta	Embarazada	22	3	No	No	Esterilizada
M-Mi 4 Mercedes	Antes	23	4	No	No	Pastillas
M-Mi 5 Alicia	3 meses	23	5	Sí	No	Esterilizada
M-Mi 6 Carla	2 años	28	2	Sí	Sí	DIU
M-Mi 7 Silvia	Embarazada	24	3	No	No	DIU
M-Mi 8 Tatiana	1 año	26	3	No	No	DIU
M-Mi 9 Lorena	Embarazada	23	3	No	No	Pastillas
M-Mi 10 Paloma	7 años	33	1	No	Sí	Ciclo
M-Mi 11 Pamela	embarazada	27	2	No	Sí	Ciclo
M-Mi 12 Mariana	embarazada	24	2	No	Sí	Sin (desea embarazarse)
M-Mi 13 Patricia	2 años	30	2	Sí	No	Sin Anticoncepción
M-Mi 14 Alejandra	2 años	28	2	Sí	No	DIU
M-Mi 15 Trinidad	Pocos meses	26	3	No	No sabe	Sin Anticoncepción
M-Mi 16 Beatriz	Pocos meses	24	4	Sí	No	Ciclo
M-Mi 17 Mariela	3 años	24	2	Sí	Sí	DIU
M-Mi 18 Ester	adopción	33	1	No corresponde	No	Sin, infertilidad
M-Mm1 Ursula	embarazada	22	2	No	No	Menopáusica
M-Mm2 Mabel	inmediatamente	19	2	Sí	No	DIU
M-Mm3 Julia	inmediatamente	22	4	No	No	Esterilizada
M-Mm4 Luz	embarazada	28	2	No	No	Pastillas
M-Mm5 Esperanza	2 años	24	3	Sí	No	DIU
M-Mm6 Luisa	inmediatamente (falla)	23	2	No	No	No DIU
M-Mm7 Marisol	inmediatamente	23	5	No	No	Esterilizada
M-Mm8 Nadia	1 año	23	4	Sí	No	Menopáusica

**CUADRO 4: DECISIONES REPRODUCTIVAS MUJERES** (estrato socioeconómico medio-bajo)

Nombre	Tº unión/1er emb.	Edad 1er parto	Nº de hijos	Planifica todos sus hijos	Desea más hijos	Anticoncep. actual
Pj-1 Palmenia	inmediatamente/ inmediatamente	21	2	No	Sí	DIU
Pj-2 Doris	embarazada/ 3 años	24	2	No	No	DIU
Pj-3 Nuria	embarazada	20	3	No	No	DIU
Pj-4 Mirta	embarazada	24	1	No	Sí	DIU
Pj-5 Vilma	embarazada	21	2	No	No	DIU
Pj-6 Beatriz	embarazada	21	1	No	No	DIU
Pj-7 Ema	3 meses	18	1	Sí	Sí	DIU
Pj-8 Carmen	embarazada	23	2	No	No	Pastillas
Pi-1 Mariana	embarazada	23	2	No	Sí	Pastillas
Pi-2 Ana	embarazada	20	2	No	No	DIU
Pi-3 Hilda	embarazada	20	2	No	No	Ciclo
Pi-4 Marcela	2 años	25	1	No	Sí	DIU
Pi-5 Marina	madre soltera	20	2	No	Sí	DIU
Pi-6 Leonor	embarazada	18	3	No	No	DIU
Pi-7 Vania	antes	21	2	No	No	DIU
Pi-8 Magdalena	8 meses	23	3	No	No	Condón
Pm-1 Sara	violación	15	4	No	No	Operada?
Pm-2 Patricia	embarazada	18	2	No	No	Esterilizada
Pm-3 Margarita	inmediatamente	25	4	No	No	Esterilizada
Pm-4 Manuela	embarazada	30	2	No	No	DIU
Pm-5 Josefina	2 meses	24	2	No	No	Menopáusica
Pm-6 Hortensia	embarazada/ inmediatamente	21	4	No	No	DIU
Pm-7 Fresia	madre soltera/ 1 año	21	6	No	No	Menopáusica
Pm-8 Tita	embarazada/ inmediatamente	17	4	No	No	Menopáusica

CUADRO 4: DECISIONES REPRODUCTIVAS HOMBRES

Nombre	Tº unión/1er emb.	Edad 1er parto	Nº de hijos	Planifica todos sus hijos	Desea más hijos	Anticoncep. actual
H-Mj1 José	1 año	26	1	No	No	Método natural
H-Mj2 Juan	3 años	31	1	Sí	Sí	Condón
H-Mj3 Mauricio	1 año	28	2	No	No	Diafragma
H-Mj4 Patricio	1 año	28	2	Sí	No	Condón
H-Mj5 Jonás	1 año	29	1	No	Sí	Condón
H-Mi1 Juan Pablo	1 año	27	3	2 de 3	No	Billings y condones
H-Mi2 Wally	Embarazo	28	3	1 de 3	Sí	Sin
H-Mi3 Franco	2 años	32	2	S/i	No	Sin pareja
H-Mi4 Clark	Inmediatamente	27	1	No	S/i	Método natural
H-Mi5 David	Poco meses	26	4	No	S/i	No sabe
H-Mm1 Eugenio	5 años (adopta)	38	1	Adopción	No	Condón
H-Mm2 Alberto	11/2 año (adopta)	30	3	Adopción	No	No
H-Mm3 Pablo	1 año	28	3	S/i	No	S/i
H-Mm4 Neftalí	Pocos meses	24	5 <sup>5</sup>	No	No	S/i
H-Mm5 Fernán	2 años	36	3	S/i	No	S/i
H-Mm6 Lisandro	7 años	32	2	Sí	No	No
H-Pj1 Yayo	Embarazo	24	1	No	Sí	DIU
H-Pj2 Chucho	Inmediatamente	24	3 <sup>6</sup>	No	Aún no	DIU
H-Pj3 Koke	Embarazo	25	2	No	Aún no	Pastillas
H-Pj4 Fernado	S/i	21	2 <sup>7</sup>	No <sup>8</sup>	Sí	Operada
H-Pj5 Negro	1 año y medio	27	1	No	No	DIU
H-Pi1 Jano	Pocos meses	22	1	Adopción	No	No
H-Pi2 Cano	2 meses	24	2	S/i	No	S/i
H-Pi3 Hermano	Poco meses	28	2	No	No	Diu
H-Pi4 Hilarión	Inmediatamente	25	2 <sup>9</sup>	No	No	Diu
H-Pi5 Pelao	Inmediatamente	23	6	No	No	Operada
H-Pm1 Charly	Inmediatamente	22	3	2 de 3	No	Diu
H-Pm2 Choche	Inmediatamente	23	4	No	No	S/i
H-Pm3 Felo	2 años	23	6 <sup>10</sup>	No	No	S/i
H-Pm4 Cochecho	Inmediatamente	29	2	No	No	Infertilidad mujer
H-Pm5 Carlos	Pocos meses	25	4 <sup>11</sup>	No	No	No
H-Pm6 Loco Soto	Pocos meses	34	5	No	No	No (usó Diu)

<sup>5</sup> Dos con la primera pareja, los otros 3 con 3 parejas distintas.

<sup>6</sup> Uno con otra pareja.

<sup>7</sup> Con pareja anterior.

<sup>8</sup> Tiene hijos con la primera pareja solamente. Su pareja actual no puede tener hijos.

<sup>9</sup> Con Pareja anterior.

<sup>10</sup> Cuatro son con la esposa, 2 con la pareja paralela.

<sup>11</sup> Un hijo es de una relación paralela.